

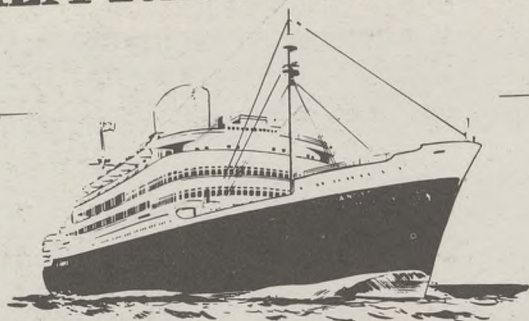
MUNDO HISPÁNICO

SEVILLA EN FERIAS
Y EVOCACION DE LA EXPOSICION IBEROAMERICANA
EL GAUCHO ARGENTINO O EL TRABAJO COMO DEPORTE
"MOROS Y CRISTIANOS": UNA FIESTA DE HACE SIETE SIGLOS
N.º 109

15 PESETAS



LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

Vapor	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Highland Chieftain. . .	16 de Abril	17 de Abril	19 de Abril
ANDES.	27 de Abril	28 de Abril	30 de Abril
Highland Princess. . .	4 de Mayo	5 de Mayo	7 de Mayo
ALCANTARA.	26 de Mayo	27 de Mayo	30 de Mayo
Highland Monarch. . .	28 de Mayo	29 de Mayo	31 de Mayo

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246

MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22-46-43 - 22-46-44 - 22-46-45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

SOBRINOS DE JOSE PASTOR
Edificio Pastor: LA CORUÑA y VIGO

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes trasatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS
PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

- | | |
|-----------------------------|---------------------------|
| "Reina del Pacífico" | "Reina del Mar" |
| De Santander: 4 de Agosto | De Santander: 28 de Junio |
| De La Coruña: 5 de Agosto | De La Coruña: 29 de Junio |

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

YA ESTAN A LA VENTA
LAS TAPAS
PARA ENCUADERNAR
LA REVISTA
«MVNDO HISPANICO»
DEL AÑO 1956

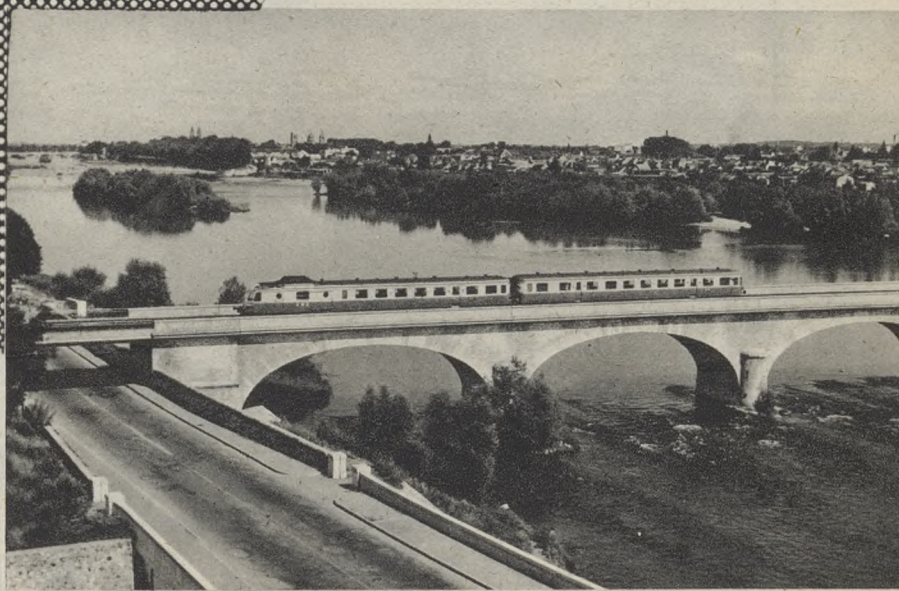
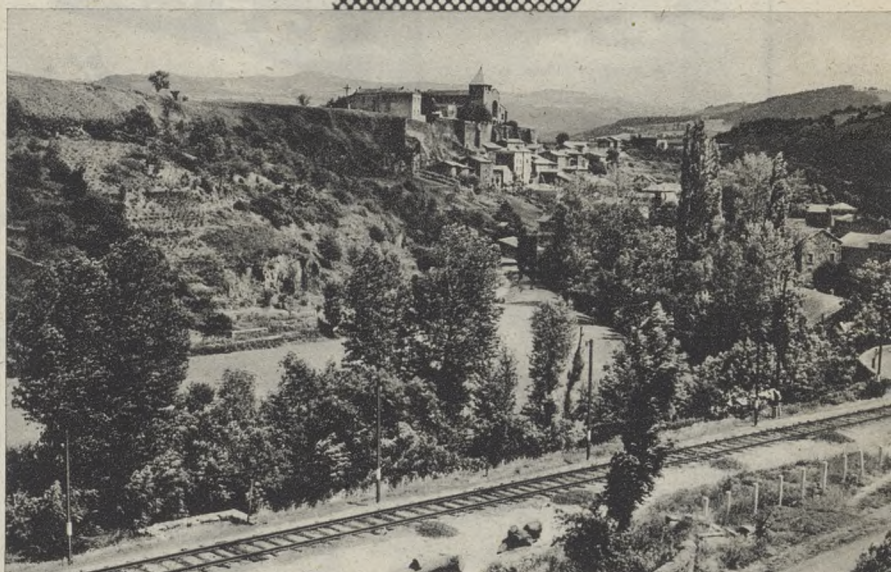
PRECIO: 60 PESETAS; A LOS SUSCRIPTORES
LAS SERVIMOS AL PRECIO DE 50 PESETAS

También tenemos a la venta las TAPAS de los años 1948 a 1955

Para pedidos, dirigirse a la Administración de MVNDO HISPANICO,
Alcalá Galiano, 4, Apartado de Correos 245, MADRID (España),
o a nuestros distribuidores: Ediciones Iberoamericanas, S. A.,
Pizarro, 19, MADRID (España)

FRANCIA

le encantará por la belleza y la
diversidad de sus paisajes



EN EL TREN o en los
autocares de turismo de
la SNCF viajará por todas
partes en condiciones
inmejorables



COMODIDAD,
EXACTITUD,
ECONOMIA

Reducciones del 20 al 40 por 100
con los billetes turísticos
y colectivos

FERROCARRILES FRANCESES

LOS MAS RAPIDOS DEL MUNDO

Avenida José Antonio, 57 - MADRID - Teléfono 47 20 20

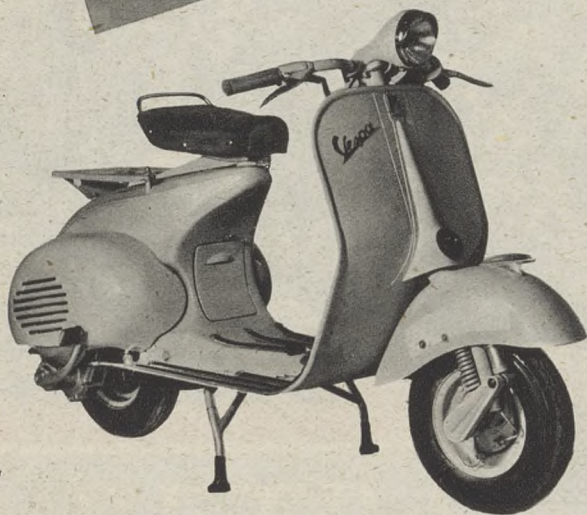
Vespa



PARA 1957

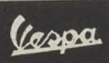
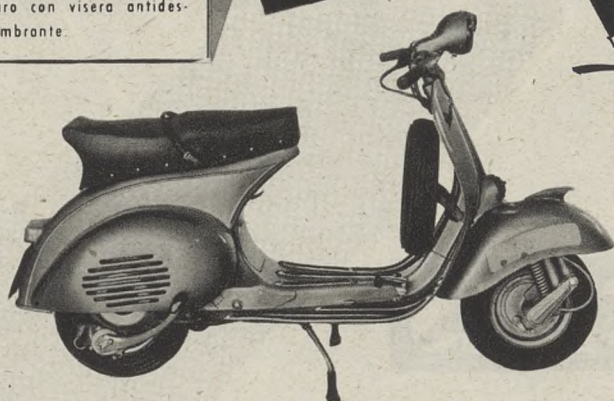
- Motor de elevado rendimiento.
- Velocidad 70 Kms. por hora.
- Depósito de 6 l. con cierre por palanca.
- Chasis monocasca de acero.
- Nuevo color gris marfil.
- Faro con visera antideslumbrante.
- Sillín en voladizo oscilante regulable.
- Nuevo conmutador de luz.
- Suspensión hidráulica.

MODELO "N"
125 C.C.



- Motor especialmente proyectado para turismo rápido.
- Velocidad 85 Kms. por hora.
- Depósito 8 l. con cierre por palanca.
- Chasis monocasca de acero, de construcción y forma especial.
- Tambores de frenos de aluminio con aletas de refrigeración.
- Suspensión hidráulica.
- Cuenta-kilómetros, rueda de repuesto fijada interiormente al escudo, sillín bplaza.
- Faro con visera antideslumbrante.

MODELO "S"
125 C.C.



satisface a más de un millón de usuarios

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 109 - 1957 - AÑO X - 15 ptas.
MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

RELIGION:

La Pasión de Cervera 15

POLITICA:

Nuevo Gobierno español 12

BIOGRAFIAS, SEMBLANZAS:

Castiella, ministro hispánico 13

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:

Himno de la resurrección de la carne, poemas de José María Souvén. (Dibujos de Acuaroni.) ... 21

Carta a Camilo José Cela, por Federico Díaz Falcón 27

Carta a Díaz Falcón, por Camilo José Cela. (Ilustración de Lorenzo Gofí.) 27

El paisaje de España en la obra de Camilo José Cela. (Ilustraciones de Lorenzo Gofí.) 55

ARTES PLASTICAS:

Los doce apóstoles en las vidrieras de Mariano Izquierdo. (Fotocolor: Lara.) 19

El arte de los «calvarios», por Pedro Torres Morell 18

GEOGRAFIA, COSTUMBRES, PAISAJE:

Evocación de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, por Juan José Gómez 5

La feria de Sevilla 10

Visiones de Hispanoamérica, por Ernesto La Orden. (Ilustraciones de Ortiz Valiente.) 24

Los esquimales, por Ejnar Mikkelsen 34

Moros y cristianos de Alcoy, por José Antonio Cortázar 39

Los gauchos o el trabajo como deporte, por Homero M. Guglielmini 42

TEATRO Y CINE:

¿Dónde vas, Alfonso XII? (de Juan Ignacio Luca de Tena), por Enrique Ruiz García 29

VARIA:

Condecoración española al obispo de El Paso 33

El Instituto Español de Emigración 47

PORTADA: La Virgen, del Greco. (Fotocolor: Fournier.)

COLABORACION FOTOGRAFICA:

Verdugo, Sánchez del Pando, Serrano, Lara, Cifra, Santos Yubero, Gómez Grau, Rico-Escobar, archivo Asociación de Pequeños de Barcelona, Keystone-Nemes, Studio Vicens, Hernández Olcino, Mosquera, Calvo, Gyenes, Basabe, Armando Mazza.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:

Redacción 37 32 10

Administración 37 03 12

Administración y Redacción ... 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heracio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1957, NUMBER 109. ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

ACABA DE
APARECER
EL NUMERO
EXTRAORDINARIO

DE

«MVNDO
HISPANICO»

DEDICADO A
MEXICO

UN PANORAMA COMPLETO
DE LA ACTUALIDAD
DEL PAIS

UN RESUMEN DOCUMEN-
TADO DE SU ECONOMIA

EL PENSAMIENTO, LA LI-
TERATURA, EL ARTE
DEL PAIS

GUADALAJARA, MONTE-
RREY, PUEBLA, VERACRUZ,
ACAPULCO, TLAXCALA,
GUANAJUATO, TAXCO...
LA MARAVILLA CIUDADA-
NA Y ARQUITECTONICA DE
ESTAS POBLACIONES

LA CABALLERIA CHARRA,
EL BALLET, EL TIANGUIS...
LA RIQUEZA Y VARIEDAD
DE LOS HOMBRES Y SUS
COSTUMBRES

PAGINAS A TODO COLOR
FOTOGRAFIAS EXCLUSIVAS
E INEDITAS
SELECTA COLABORACION

UN NUMERO
DE 120 PAGINAS

20 PESETAS



VERDUGO

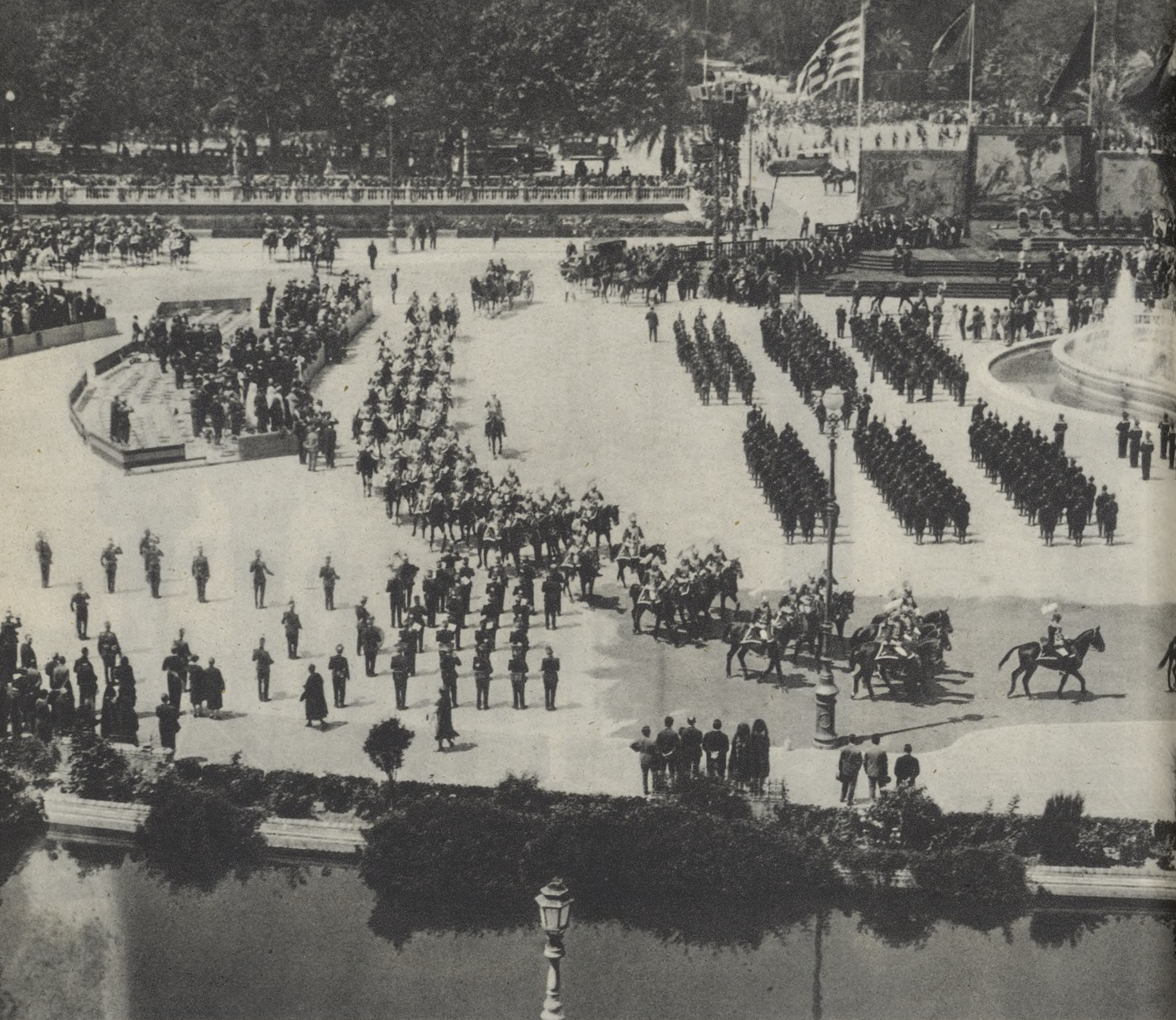
IBEROAMERICA EN SEVILLA

Por JUAN JOSE GOMEZ

**RECUERDO Y SUPERVIVENCIA
DE LA EXPOSICION DE 1929**

El 26 de junio de 1909, en ocasión de rendírsele un homenaje, lanzó el comandante de Artillería y gran sevillano don Luis Rodríguez Casso su iniciativa del magno proyecto de la Exposición Hispanoamericana. En 1910 la idea quedó canalizada. Sevilla se entregó de lleno a hacer realidad aquel bello sueño de hispanidad, de estrechamiento de los lazos amorosos que unen a los pueblos de nuestra estirpe. En principio se proyectó el certamen para 1914; pero el

**EL CERTAMEN PERMANECE EN LO FUNDAMENTAL;
SI SE DESEASE, PODRIA RESURGIR**



El bello sueño se hizo realidad en la mañana inaugural del 9 de mayo de 1929. La foto recoge la llegada a la plaza de España de la comitiva real.

Patio del espléndido pabellón de la República Argentina, inaugurado, como todos, por el rey. En la delegación argentina figuraba Enrique Larreta.



estallido de la guerra mundial en el verano de aquel año impidió la celebración, y sucesivas dificultades, las más de las veces de índole política, retrasaron la inauguración hasta 1929. Fué el general Primo de Rivera el impulsor definitivo de la idea, resolviendo las dificultades de tipo económico y otras que había planteadas. El general vislumbraba todo el alcance histórico que la Exposición podía tener.

Fueron, pues, veinte años justos de labor constante y apasionada. Durante ellos Sevilla se entregó en cuerpo y alma a ser digna de un paso realmente trascendente para su vida. En esos veinte años, sobre todo en los cinco últimos, la ciudad se transformó, adelantó en una veintena de años su desarrollo urbanístico y logró metas que no hubiera podido alcanzar al ritmo normal. La inmensa obra de pavimentación de calles, paseos y avenidas realizada convirtió en un verdadero océano de adoquines gran parte de la ciudad. Se hizo la gran avenida que va del Ayuntamiento a la Puerta de Jerez, con todos los derribos que hubo que efectuar, especialmente el que daba frente al Archivo de Indias, comenzando por el Gobierno Militar. Ensanches de las calles de Canalejas, Campana y Martín Villa; reforma de la Alameda de Hércules; ampliación de la calle de San Fernando; trazado del paseo de las Palmeras, de varios kilómetros; reforma del paseo de Catalina de Ribera y formación de los jardines de Murillo; nuevo Matadero; construcción de hoteles: el Alfonso XIII, considerado, cuando se inauguró en 1928, como uno de los más lujosos del mundo, con su vajilla de oro para los huéspedes

de alto rango; el Cristina, próximo a él, y, por último, el Colón, uno de los pocos rascacielos que hay en Sevilla. Se modernizaron a la vez todos los otros hoteles que había.

ESCENARIO DE LA EXPOSICION

Pero Sevilla supo, sobre todo, crear un maravilloso conjunto arquitectónico y artístico para su Exposición. Escenario elegido fué el universalmente cantado parque de María Luisa, al que se le agregaron, adquiridos para tal fin, los Jardines de San Telmo y el llamado Sector Sur, a continuación de aquéllos. Fué un trazado ideal, inspirado, armonioso, sobre el fondo exuberante y poético de los jardines. Primero se realizó la reforma a fondo del parque, a cargo del famoso M. Forestier. Medio millón de pesetas se invirtió en esta empresa, que comprendió el terraplenado general; construcción de bellos estanques, obras de albañilería y taludes para escalinatas, pórticos, jardinería, adquisición de plantas y arbolado, etc.

Sevilla, además, encontró su arquitecto. Don Aníbal González, a base de ladrillo y cerámica, dió una versión castellana de la construcción que fué y sigue siendo asombro de los visitantes. Estimaba que en Sevilla, la patria del color, el color debe tratarse de modo que realce los valores de la edificación. Creó, sobre todo, la grandiosa plaza de España, el edificio central básico de la Exposición, con su semicírculo de 200 metros de diámetro, como un abrazo gigantesco a los países



En la tribuna, frente al edificio central de la plaza de España, los reyes, el Gobierno en pleno, Cuerpo diplomático, corporaciones y representaciones.

Sus majestades abandonan la plaza de España tras los brillantes actos de inauguración del certamen. Al pie del coche, el general Primo de Rivera.



de América, en cuyos extremos triunfan dos altas torres. De esta arquitectura escribió Sánchez Mazas: «Nunca hubo, desde que se coronó la Giralda, un constructor más sevillano. Su arquitectura es ramo de flores y custodia de los Arfes, banderilla de lujo clavada en los cielos azules y candelabro ardiente en medio de la noche estrellada. Parece nacer de una escuela de platería y jardines.»

Y en el lugar de la antigua Huerta de la Mariana se creó la plaza de América, una de las más alegres y armoniosas del mundo, con su fuente central y sus paseos adjuntos elevados sobre el terreno circundante, y, en igual forma, sus tres bellísimos edificios, que prueban el arte vario y original de don Aníbal: esa joya del pabellón de Arte Antiguo, estilo mudéjar; el de Bellas Artes, renacimiento, todo blanco, y el pabellón Real, severo, en que el gótico y la cerámica se unen para brindarnos un curioso e inesperado efecto. Se construyó también a la entrada del parque el gran Casino de la Exposición, con su teatro anejo—el Lope de Vega—, de bella y lujosa presentación, e incluso se hizo un magnífico estadio para celebrar partidos internacionales.

Ese bello conjunto descrito, al ser exornado con la iluminación artística, presentaba un aspecto fantástico, que hacía sobrecoger de emoción a los visitantes. Aquel parque hizo exclamar a Sorolla cuando le visitó: «Ante él palidecen todos los jardines de Europa.» Y la prensa decía: «El Comité de la Exposición ha convertido lugares casi abandonados en zonas de expansión y de ensueño.»

MEMORABLE INAUGURACION

El bello sueño se hizo realidad aquella mañana riente del 9 de mayo de 1929. Un sueño que habían acariciado Madrid y Bilbao, que deseaban también celebrar esta Exposición. Fué la apoteosis de Sevilla en primavera, bajo la luz de su sol. El certamen se abría al mundo, y sobre todo al iberoamericano (por decreto de 1922 había pasado a ser tal, merced a la integración de Portugal en la Exposición). Sevilla entera—más de cien mil personas en el acto—se echó a la calle y se encaminó a la plaza de España, marco escogido para el acto inaugural. «Era maravilloso el espectáculo que se ofrecía a la vista», nos dice el entusiasta colaborador del certamen y fino escritor don Fernando Real Balbuena. En la tribuna regia, levantada frente al edificio central, los reyes, el Gobierno en pleno, Cuerpo diplomático, corporaciones y representaciones. La retina humana que tuvo la dicha de captar la estampa multicolor y optimista de aquellos instantes conserva como visión mágica aquel conjunto, magno poema de vida y grandeza. Tras el discurso del alto comisario regio, don José Cruz Conde, habló el general Primo de Rivera. «España, la vieja España—dijo—, la que por su esfuerzo y el de la fe de su incomparable reina Isabel, la también España de Lepanto, acoge hoy en su sin par Sevilla a los hijos de América y a su hermana Portugal, para mostrar al mundo cómo los años no han marchitado la lozanía de su espíritu.»

Cuando el rey declaró inaugurado el certamen, sonaron las salvas de la artillería y las bandas de



Plaza de América (al fondo, el pabellón de Arte Antiguo), construida para el certamen. Es una de las más alegres y armoniosas del mundo.

música de Madrid y Sevilla, así como el Orfeón Donostiarra y la Coral Bilbaína, fundidas para dicha realización en Orfeón Vasco, lanzaron a los aires por vez primera el himno de la Exposición: «Salud, americanos, del mundo juventud...», letra de los hermanos Alvarez Quintero y música del maestro Alonso. Después, un gran desfile, en el que participaron fuerzas de la marinería portuguesa de desembarco.

LOS PAISES AMERICANOS CONSTRUYERON PABELLONES FIJOS

«En todas las Exposiciones internacionales celebradas en el mundo hasta ahora, las naciones con-

currentes edificaron pabellones provisionales, que después se derriban. Esta regla general sólo ha tenido una excepción, y ha sido la de Sevilla», ha escrito el secretario general de la Exposición Iberoamericana, señor Sánchez Apellániz. Aquí todas las naciones edificaron una docena entre pabellones y palacios. ¿Por qué lo hicieron? «La contestación es muy sencilla—añade—. Primo de Rivera ambicionaba dar contenido económico y real a la Hispanidad. Deseaba que, como secuela de la E. I. A., quedara en Sevilla un contacto permanente con las naciones hispánicas. Que Sevilla fuera una feria muestrario permanente de esas naciones, no sólo con vistas a España, sino a toda Europa.» Pero los cambios políticos, de espaldas a esas ideas, malograron por completo el patriótico empeño.

Por eso en la Exposición de Sevilla construyeron sus pabellones, y aun la embellecen, las siguientes naciones: la Argentina, Brasil, Cuba, Colombia,

Guatemala, Estados Unidos, Chile, Portugal, Perú, República Dominicana, México, Uruguay, San Salvador, Paraguay y Venezuela. Sólo estos tres últimos desaparecieron.

Para la inauguración de esos edificios vinieron delegaciones especiales de los distintos países, figurando entre otros, por la Argentina, el escritor Enrique Larreta; por Cuba, el general Herrera, con el embajador García Kolly, y por el Perú, don Eduardo S. Leguía...

Todos fueron inaugurados con asistencia del rey, que los recorrió detenidamente e hizo grandes elogios de la aportación hispánica. Aportación entrañable, cuidada, expresiva de la riqueza, pero, sobre todo, de lo artesano, de las costumbres. Que al visitar cada pabellón, tanto como el conocimiento de sus yacimientos, de sus productos y progresos, nos llegara el latido de su vida íntima, de su modo de ser. En el pabellón del Brasil se exhibían 700 clases distintas de madera, y en los sótanos instalóse un bar, que durante toda la Exposición ofrecía gratuitamente el rico café brasileño a todos los visitantes. En el de Cuba se exhibía arena de la playa de Porto Santo, donde desembarcó por primera vez Colón.

Larreta dijo en el acto inaugural del pabellón argentino: «España rebosa de vida, de ánimo, de ingenio, de lirismo. No es aventurado augurarle nuevo señorío en el mundo. Pero esta vez será señorío mayor; será señorío de fuerzas inmateriales, restablecimiento enérgico del sentido interior de la vida, tirón de su concepto hondo, mucho más expuesto al dolor, pero tanto más salubre y vital que ese otro concepto al uso demasiado lejos de las fuentes primordiales y posiblemente más funesto que la barbarie para el alma del hombre.»

LA CARABELA «SANTA MARIA»

Nota destacada del acto inaugural fué la llegada de la carabela *Santa María*, recibida por los buques de la escuadra española llegados a Sevilla y por los de Portugal, también anclados en el Guadalquivir. Era una exacta reproducción de la famosa nave colombina que acababa de construirse en los astilleros gaditanos bajo la dirección del capitán de corbeta don Julio Guillén. Los visitantes quedaron admirados de la precisión en los detalles de la vida de a bordo, que parecían retrotraer al tiempo del Descubrimiento, e incluso las órdenes de a bordo se daban en el castellano clásico. La nave enarbolaba el pendón de Castilla y León y la bandera de Colón.

EL TREN MINIATURA

Un tren a vapor en miniatura permitía trasladarse de un lado a otro de la Exposición en simpático recorrido. Había diversas estaciones. Los vagones llevaban pintados los colores de las banderas de las diversas Repúblicas americanas y las locomotoras llevaban los nombres de las carabelas descubridoras. Hubo que poner en circulación una cuarta, a la que se denominó «Sevilla».

APORTACION NACIONAL

Además de las construcciones citadas, es hora de señalar la gran aportación de toda España, de los servicios oficiales y de particulares. Aquellos ocupaban todas las galerías de la plaza de España, que se iniciaba con la gran exposición histórica en dioramas del descubrimiento y colonización de América. Seguían las (Pasa a la pág. 54.)



Miniatra sobre marfil de 53 x 78 mm.

ORIGINAL



TRABAJO REALIZADO

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID
TELEFONO 31 35 13

De sus viejas fotos de familia, así como de las actuales, se podemos hacer estas artísticas miniaturas.

TRABAJO REALIZADO



Miniatra sobre marfil de 57 x 73 mm.

ORIGINAL



MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

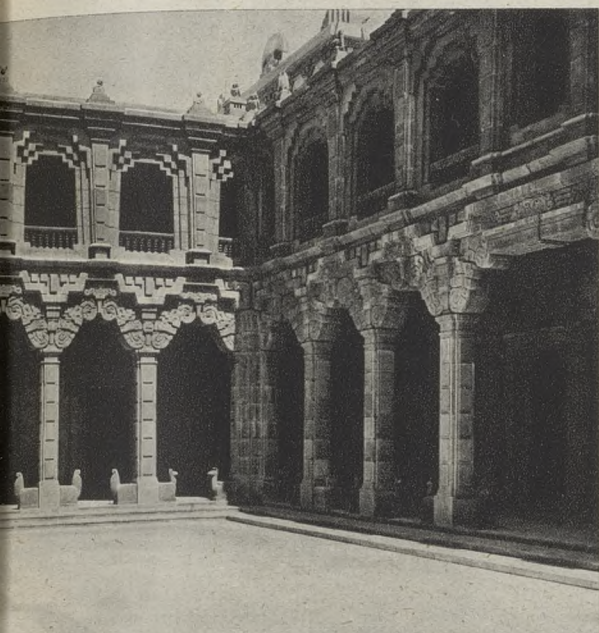
**CONSULENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**



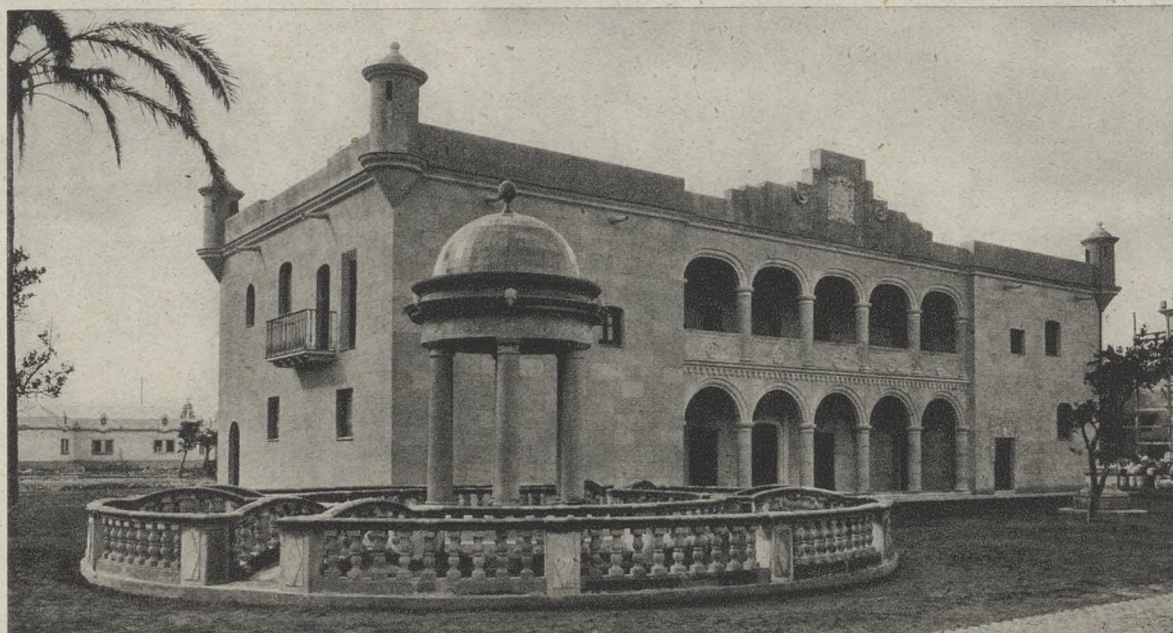
Interior del pabellón de San Salvador.



Pabellón de Chile.



Patio del pabellón del Perú.



Pabellón de Santo Domingo.



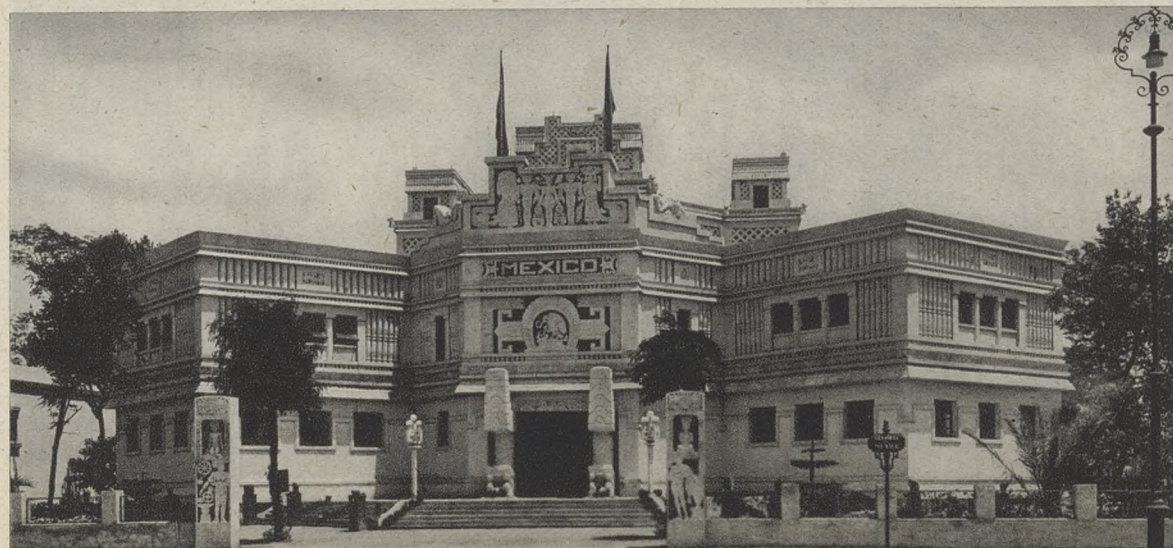
Pabellón de Cuba.



Pabellón de Colombia.



Pabellón de los Estados Unidos.



Pabellón de México.



En el real de la feria, por la mañana, bajo el sol, pueden lucir su habilidad el jinete o el conductor de un tronco enjaezado a la andaluza

Luego será el montar en los «tiovivos» y en las monumentales norias. Que la gente menuda gusta de pasear su temprana majeza por el real.



SEVILLA



SEVILLA se divierte y canta y baila en primavera, cuando ya se han apagado las luces de sus fervorosas procesiones de Semana Santa, entre rumor de saetas, y sus valiosas imágenes han penetrado en sus templos. Porque pocas cosas habrá en esta vida tan interesantes como ir a la feria de Sevilla.

Tiene sobrados motivos Sevilla para estar contenta en primavera, bajo su cielo azul, limpio y tirante, que disfrutan golosamente miles de turistas llegados de todo el mundo; y esta alegría, que comienza con las primeras flores, se desborda cuando se abre y se enciende su universal feria de abril.

La feria de Sevilla, fiesta grande en la que la ciudad y el campo se dan cita, tiene en cada hora del día una belleza distinta y una distinta alegría.

La feria de la mañana azul y radiante es para pasear por el real a caballo, para que luzcan su



En la sevillana plaza de España, camino del colorista desfile de la feria. No les falta a las guapas mozas el vistoso atavío para la fiesta. Ni su alegría.

Es la noche. Cuando parece que huelen mejor las flores y las mujeres son más hermosas. El real de la feria es el centro luminoso de la gracia.

habilidad el jinete o el conductor de un brillante tronco enjaezado a la andaluza. Es, sobre todo, para llevar a la grupa a la más guapa moza del mundo.

Las primeras horas de la tarde son para los niños, que reinan en los «tióvivos» y en las incontables diversiones del género.

Después, a la salida de los toros, otra vez el paseo. Y llega la noche. Ahora parece que huelen mejor las flores, que las mujeres son más misteriosamente hermosas y que el real de la feria es exactamente el centro luminoso de la gracia.

En estas noches incomparables de Sevilla triunfa la cortesía hecha pura cordialidad. Es el reinado de las casetas, adonde cada familia traslada los viejos y queridos recuerdos, con los exquisitos vinos en los esbeltos cañeros para obsequiar a los amigos.

El canto y la guitarra protagonizan en todo momento esta auténtica fiesta grande de la alegría.





NUEVO GOBIERNO ESPAÑOL

LA reforma administrativa del Estado y el aumento de la riqueza nacional constituyen las directrices fundamentales del cambio de Gobierno que ha tenido lugar en España a fines del pasado febrero.

La experiencia de los últimos años, en los que se ha multiplicado extraordinariamente la riqueza nacional y se ha robustecido la vida social del país, aconsejaba un nuevo paso en el proceso evolutivo de la administración. El decreto-ley de reorganización administrativa comporta la creación del Ministerio de la Vivienda, de la Dirección General de Energía Nuclear para fines no militares y de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Hacienda; el establecimiento de cuatro Comisiones delegadas del Gobierno en materia de Asuntos Económicos, Transportes y Comunicaciones, Acción Cultural y Sanidad y Asuntos Sociales, y la creación de la Oficina de Programación y Coordinación Económica, que elaborará los planes de la Comisión delegada de ministros económicos, teniendo en cuenta los informes del Consejo de Economía Nacional.

El nuevo Gobierno ha quedado constituido por los siguientes señores: ministro subsecretario de la Presidencia del Gobier-

no, don Luis Carrero Blanco; ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella y Maiz; ministro de Justicia, don Antonio Iturmendi Bañales; ministro del Ejército, don Antonio Barroso Sánchez-Guerra; ministro de Marina, don Felipe José Abárzuza y Oliva; ministro de Hacienda, don Mariano Navarro Rubio; ministro de la Gobernación, don Camilo Alonso Vega; ministro de Obras Públicas, don Jorge Vigón Suero-Díaz; ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio García-Mina; ministro de Trabajo, don Fermín Sanz Orrio; ministro de Industria, don Joaquín Planell Riera; ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas García; ministro del Aire, don José Rodríguez y Díaz de Lecea; ministro secretario general de F. E. T. y de las J. O. N. S., don José Solís Ruiz; ministro de Comercio, don Alberto Ullastres Calvo; ministro de Información y Turismo, don Gabriel Arias Salgado; ministro de la Vivienda, don José Luis Arrese y Magra; ministro sin cartera y presidente del Consejo de Economía Nacional, don Pedro Gual Villalbí.

Después de su primera reunión con el Jefe del Estado, el nuevo Gobierno español hizo una importante declaración, en la que

manifestó especialmente sus propósitos de reforma administrativa, estímulo de la vida económica, aumento de la riqueza nacional, mayor libertad del comercio exterior, fomento de las producciones agrícolas y pecuarias, perfeccionamiento del sistema fiscal y otros puntos de carácter económico. Subrayó también sus objetivos en el orden social mediante el perfeccionamiento de la legislación laboral, la resolución del problema de la vivienda y la atención a los problemas culturales y docentes.

En cuanto a la política exterior, el Gobierno afirmó su voluntad de estrechar la amistad con Portugal y mantener cordiales relaciones con Norteamérica en lo político, lo económico y lo militar, sin olvidar por ello nuestra situación europea. Se reforzarán los lazos de amistad con Marruecos, con los pueblos árabes y con la comunidad mediterránea, todo ello bajo la inspiración de la tradición diplomática española, atendiendo a las altas enseñanzas que provienen de la Sede Apostólica. Especialmente declaró el Gobierno español que "continuará en todos los órdenes la gran obra de solidaridad con las naciones hermanas que integran la familia hispánica".

CASTIELLA, MINISTRO HISPANICO

El nuevo ministro de Asuntos Exteriores de España, don Fernando María Castiella, embajador en el Vaticano desde 1951, negoció el Concordato entre España y la Santa Sede, firmado el 27 de agosto de 1953. Este hecho fué considerado por *Le Monde*, de París, en su editorial del 29 de agosto de aquel año, como «la mayor victoria alcanzada por el régimen del General Franco después de terminada la guerra civil».

Anteriormente, de 1948 a 1951, Castiella había sido embajador en el Perú. Durante su gestión, el Perú fué, en 1948, el primer país que normalizó sus relaciones diplomáticas con España, después de la retirada de embajadores acordada por la O. N. U. en 1946.

El señor Castiella estuvo al frente del Instituto de Estudios Políticos desde 1943 hasta 1948. Bajo su dirección, un grupo de jóvenes profesores y especialistas, entre los que figuraban los que luego hablan de ser ministros de Asuntos Exteriores y Educación Nacional, señores Martín Artajo y Ruiz-Giménez, preparó en 1944 el Fuero de los Españoles, parte dogmática de la actual estructura del Estado.

Castiella es vasco. Nació en Bilbao el 9 de diciembre de 1907, en la misma calle y en la misma casa que José Félix de Lequerica, actual representante de España en la O. N. U. y antiguo ministro de Asuntos Exteriores. Por las venas de Castiella corre también sangre tejana. Sus abuelos maternos fueron ciudadanos norteamericanos. Su madre nació cerca de la frontera de México.

Consiguió el Premio Nacional de Literatura «Francisco Franco» en 1941 con su libro *Reivindicaciones de España*, escrito en colaboración con el señor Areilza, actual- (Pasa a la pág. 52.)



La fotografía de esta página corresponde a la constitución del nuevo Gobierno español, reunido en el palacio del Pardo con el Jefe del Estado. En la página de enfrente, Su Santidad el Papa Pío XII recibe el saludo del señor Castiella

en una audiencia en el Vaticano. Debajo, los señores Castiella y Martín Artajo se dan un abrazo en el acto de la toma de posesión del nuevo ministro, que ha desempeñado hasta ahora la Embajada de España ante la Santa Sede.

Lucerna, en el corazón de Suiza



LA colonización de las orillas de lo que hoy se llama Lucerna data de muy antiguo. Según rezan escrituras antiguas, este emplazamiento figuraba ya en el año 840 de la Era Cristiana. Un siglo antes, o sea, por allá el año 740, aparece un convento que gozaba de la protección especial de la dinastía carolingia y que dependía de la abadía benedictina de Murbach, en Alsacia. A esta abadía pertenecían por aquel entonces gran número de tierras, pastos y propiedades de Lucerna y sus cercanías. Lo que en un principio fué un modesto poblado de pescadores, se transformó paulatinamente en un punto vital de progreso mercantil e intelectual, edificando casas, murallas y recintos para los mercados. En 1291 el condado de Habsburgo adquiere el dominio de la ciudad.

El individualismo de los habitantes se aviene con dificultad a la ocupación extranjera. En 1332 entra Lucerna a formar parte de la Confederación Helvética, sacudiendo para siempre el yugo de los Habsburgos.

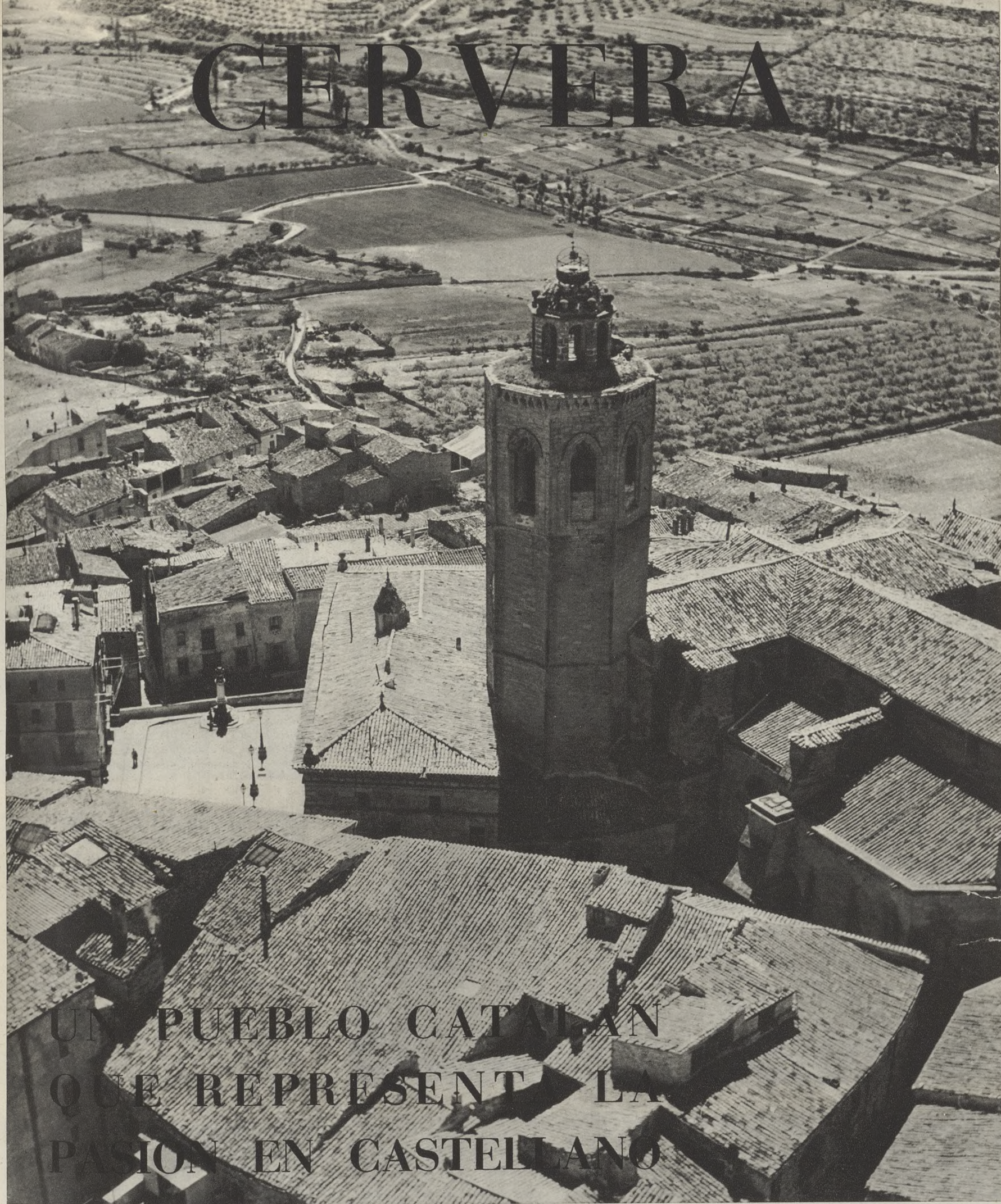
En los decenios comprendidos entre 1380 y 1415, la ciudad de Lucerna se desarrolla de una manera muy activa: ensancha por segunda vez el cordón de murallas, instalándose en la del Musegg (año 1408), cuyo recinto la ha protegido hasta nuestros días. Por medio de compras, contratos, herencias, y también por anexiones, va adquiriendo terreno, que hasta en 1798 es considerado propiedad exclusiva del alcalde y regidores de Lucerna.

A partir del siglo xv la ciudad va unida a la Confederación, compartiendo con ella alegrías y

penas, victorias y derrotas. Los descendientes de Lucerna supieron batirse como héroes en las batallas de Giornico, en la guerra de Borgoña, y en las cercanías de Murten. En la guerra de Suabia también se distinguieron los guerreros de esta región. Esta comunidad, en su vida interna, se transformó poco a poco en un Estado patricio, gracias a sus rígidas ideas. Lucerna se convirtió en enseña y vanguardia del catolicismo y en paladín de la Contrarreforma. Ludovico Pfyffer, llamado el «Soberano suizo», encarnó, como noble alcalde y coronel de la guardia francesa, el gran siglo del auge de Lucerna. Protegió los designios de la Iglesia, así como los intereses del rey, saliendo airoso de su empresa. La ciudad se benefició, naturalmente, del buen nombre y fortuna de sus patricios. Ni las interminables guerras de religión, ni las cruentas luchas entre campesinos, pudieron mermar su potencia. Unicamente la entrada en el país de las tropas de la Revolución francesa conmovió el apacible y antiguo régimen. Durante los cambios que caracterizaron los decenios del siglo xix, Lucerna se convirtió en cabeza de partido o distrito administrativo de un Estado confederado helvético, después en cantón independiente y soberano de la Confederación, más tarde en República patricia restaurada y, por último, en 1848, en cantón suizo, el tercero en categoría de la jerarquía. A partir de entonces sigue sus destinos políticos, económicos y culturales, al igual que los demás cantones confederados, dentro de la administración central de la Confederación Helvética.

Hasta mediados del siglo pasado Lucerna conservó sus características peculiares e idílicas de pequeña ciudad. Sus atractivos naturales eran tales, que el turismo, cada vez mayor, la transformó por completo. Se edificaron hoteles modernísimos, se construyeron paseos y muelles, teatros, locales de esparcimiento, etc., etc. Gran parte de la ciudad antigua y pintoresca se convirtió en centro moderno de tiendas y almacenes, como la Schwanenplatz, Grendel, la Kapellplatz y Weggisgasse. Al darse cuenta la gente de que Suiza era país ideal de vacaciones y reposo, lo que coincidió con los comienzos del movimiento turístico europeo, Lucerna fué región preferida y deseada. El libro de huéspedes de «la ciudad más bella en el lago más hermoso de Suiza» contiene nombres ilustres de todas las épocas, siendo innumerables los huéspedes desconocidos de todas latitudes que la han visitado y grabado el nombre de Lucerna en sus respectivos corazones. La ciudad tampoco ha sido ingrata, pues todo lo que se puede desear para el placer, bienestar y comodidad de sus huéspedes lo ha puesto de manifiesto en sus confortables hoteles, restaurantes, espectáculos, programas para cada época, bailes, deportes, playa, juegos, fuegos artificiales, exposiciones y, en agosto de cada año, las Semanas Musicales, de fama mundial, en las que cooperan los más célebres directores y artistas contemporáneos. El encanto de una serenata a la orilla del estanque que circunda el clásico monumento del León de Lucerna es algo inolvidable y que sirve de marco al cuadro insuperable de una estancia agradable en esta perla del lago de Cuatro Cantones llamada Lucerna.

CERVERA



UN PUEBLO CATALÁN QUE REPRESENTA LA PASIÓN EN CASTELLANO

«CRISTO, misterio de Pasión.» La cartelera del Teatro-Círculo de Cervera, un pueblo español de la provincia de Lérida, anuncia una obra de este título durante todos los domingos y días de fiesta de la Cuaresma. Por la mañana temprano llega a Cervera cada vez una muchedumbre popular, procedente de toda la Segarra, la comarca catalana circundante, y de numerosos pueblos de Lérida, Barcelona, Huesca y Zaragoza. Hombres y niños, portando casi siempre sus provisiones para la comida, oyen misa en las diferentes iglesias de la ciudad—porque Cervera es ciudad, y con muchos títulos—, y entran bulliciosamente en el teatro, donde se pasan casi todo el día. Al caer la tarde regresan a sus casas con un aire de religiosa solemnidad. Acaban de asistir, en un teatro, al sermón y los oficios más eficaces de la Semana Santa...

La Pasión de Cristo es conmemorada en España, como en todo el orbe católico, de una manera litúrgica, dentro de las iglesias. Es notorio, además, que las imágenes de nuestros retablos salen en procesión por las calles, sin-





gularmente en las ciudades de Andalucía y de Castilla, reconstruyendo ante el pueblo creyente todas las escenas del camino de la cruz. En algunas ciudades, como en Sevilla y en Lorca, se mezclan a las imágenes algunos personajes vivos, que representan a los soldados romanos, las santas mujeres, los demonios y los ángeles, pero nadie se atreve a encarnar en las procesiones al Hombre-Dios o a la Virgen Santísima. Mas he aquí que en Cataluña, región en que se celebran menos procesiones, son numerosos los pueblos en que se representa escénicamente la Pasión, bien sea al aire libre, como en Esparraguera y Olesa de Montserrat, o en un teatro, como ocurre en Cervera.

UN «MISTERIO» DE LA EDAD MEDIA

Los orígenes de la representación cuaresmal cervariense—o cerverina, pues de ambas maneras

se puede enunciar el gentilicio—corresponden a uno de los «misterios» latinos que durante la Edad Media solían celebrarse en las iglesias. Hay pruebas documentales de que en el año 1481 se representaban en el interior del templo de Santa María de Cervera unos pasajes de la vida y muerte del Señor, en los que todos los personajes, incluso los femeninos, eran interpretados por los sacerdotes de la parroquia. Al prohibir el Concilio de Trento las representaciones en el interior de los templos—prohibición de la que se eximió en España la Fiesta o Misterio de la Asunción, de Elche, en la provincia de Alicante—, el escenario se trasladó a la típica calle de la Cebollera, ante la fachada de la misma iglesia. Entonces comenzó el pueblo a tomar parte activa en la función, y no solamente entre los actores, sino también fuera del reparto. Una crónica de 1570 relata que en el pasaje de la Crucifixión del Señor se produjeron varios heridos porque las

gentes asaltaron el escenario para castigar a los soldados y a los judíos deicidas.

A lo largo de los siglos, el texto latino del «misterio» se vertió al catalán y recibió diversas redacciones. Desde hace pocos años es la obra de dos jóvenes poetas locales—Emilio Rabell y José María Sarrate—, que lo han escrito en castellano, en prosa y verso, y colaboran ellos mismos como actores en la representación. Los demás personajes son interpretados por obreros, oficinistas, agricultores y otros aficionados de la localidad, sin intervención de ningún actor profesional. El conjunto del enorme reparto, hasta un total de 292 personajes, está asegurado por el mismo pueblo de Cervera. De una manera u otra, ninguna familia cerverina deja de colaborar en la Pasión. Y, por supuesto, *gratis et amore*, gratuitamente y fervorosamente, pues todos los ingresos de la representación se consagran a los gastos de la misma obra, que son cuantiosos por las exigencias del vestuario y la tramoya.

ACTORES DEL PUEBLO

Ramón Bernaus, el artista que encarna la figura de Jesús, es un artesano ebanista que vive entregado plenamente a su papel. Lo representa con una entereza singular. En el año 1945, durante la escena de la Crucifixión, el soldado que clava la lanza en el costado de Cristo ya muerto tuvo que ser sustituido a última hora. El suplente cogió equivocadamente una lanza auténtica, en lugar de la preparada al efecto, y la clavó realmente en el pecho del actor colgado de la cruz, haciendo brotar sangre. El buen ebanista soportó impertérrito el dolor, sin mover un solo músculo. Su interpretación de Cristo es tan sencilla y eficaz, que le llaman el «buen Jesús», y una mujer de Huesca le escribió una vez para pedirle que curara a su hijo enfermo, «porque él tenía que estar forzosamente en gracia de Dios».

El papel más importante entre los femeninos es seguramente el de María (Pasa a la pág. 50.)



El prestigioso artista barcelonés, afincado en la capital de España, Pedro Torres Morell, especialista en el difícil arte de los dioramas, y que por sus méritos ocupa un primer lugar entre los más destacados belenistas, presentó el pasado año por Semana Santa, en la popular parroquia madrileña de San Ginés, un magnífico y monumental «Calvario», el primero de los construidos en Madrid. Pedro Torres ha escrito para «M. H.» este artículo sobre el arte de su especialidad.

EL ARTE DE LOS «CALVARIOS»

Las representaciones plásticas de la Pasión y Muerte de Jesús, llamadas comúnmente «calvarios»—del nombre del monte, que con las tres cruces figura como elemento principal en todos ellos—, que se construyen tradicionalmente en ciertas regiones de España, y también de otros países, por Semana Santa, son el equivalente de los «belenes» o «nacimientos», que tanto predicamento han conseguido en Navidad.

La tradición del «calvario» es menos difundida que la del «nacimiento». Es evidente que su tema, a pesar de su grandeza y sublimidad, presenta dificultades y limitaciones que el «nacimiento», con su risueña y sugestiva poesía, no ofrece.

El origen de esta tradición es posterior y menos precisa que la de los «nacimientos». Mientras éstos arrancan de aquel, maravilloso, que en el siglo XIII el seráfico San Francisco de Asís improvisó en la cueva de «Greccio», los «calvarios» más antiguos datan, probablemente, de fines del siglo XVII o tal vez de entrado el XVIII. Surgirían, sin duda, de las devociones y cultos de Semana Santa, de sus procesiones con sus múltiples «pasos» y numerosas comparsas, de las representaciones sacras y de otros actos alusivos a la Pasión y Muerte de Jesús. Manifestaciones todas ellas, como otras propias de otras solemnidades religiosas, nacidas en los últimos tiempos de la Edad Media y que en los mencionados siglos alcanzarían su máximo auge y esplendor, aunque buena parte de ellas, como las procesiones de Semana Santa en Sevilla o las representaciones de la «Pasión» en Cataluña, se mantengan todavía lozanas y cobren a cada año nuevos y mayores impulsos. A pesar de su origen distinto, no es posible desligar esta tradición de la de los «nacimientos», pues a su amparo se desarrolla el «calvario». Fueron con seguridad los belenistas quienes, inspirándose en las fuentes mencionadas, lo cultivaron con más ahínco, y a ellos se debe que la tradición se mantenga en nuestros días.

Hay noticias de antiguos «nacimientos» (siglo XVIII) en los que, además de la escena del «Misterio» y de las complementarias más próximas, como son «La anunciación a los pastores», «La caravana de los Reyes Magos» o «La huida a Egipto», incluían otras, como «El bautismo de Jesús», pertenecientes ya a la última época de la vida de Cristo.

En Europa Central, y muy especialmente en Alemania, es costumbre por Navidad incluir en el «nacimiento» una o varias escenas de la Pasión.

Testimonio del arraigo y popularidad que el «calvario» alcanzó en ciertas zonas de España es, por ejemplo, la feria de pe- (Pasa a la pág. 53.)

Fragmento del gran diorama central del «calvario» de San Ginés, realizado por el artista Pedro Torres Morell para la Semana Santa de 1956. El artificio se une al trazado de las figuras para el efecto final.



«La oración del Huerto», diorama del «calvario» oficial de la Asociación de Belenistas de Barcelona, realizado por Pedrosa con figuras de Castells.

«La calle de la Amargura», escena de una de las caídas de Jesús. También pertenece al «calvario» de San Ginés, del que es autor Pedro Torres Morell.



«El bautismo de Jesús» es el título de esta composición realizada por José M.^a Carrut con figuras de Castells. («Calvario» oficial, Cuaresma 1952.)



Valiosa vidriera construida por la casa Maumejean, sobre un diseño de Mariano Izquierdo Ribas, para la iglesia parroquial de Puente Genil. A través de la policromía de estos estilizados doce apóstoles, el duro sol de Andalucía llega a la intimidad umbrosa del templo, transformado en una vistosa catarata de colores.



"CERVANTES, S. A."

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6
MADRID

VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO
RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS



HIMNO DE LA RESURRECCION DE LA CARNE

Por JOSE MARIA SOUVIRON

1

Vivo apegado a las cosas, a cuanto veo,
a cuanto me rodea, a lo que recuerdo y, seguramente,
a lo que aun no he visto y ya se me anticipa.
No puedo dejar de existir como existe todo.
A mis oídos no solamente los conmueven
el ruiseñor, el rumor del agua o los violines:
también los ruidos de una ciudad que se despierta,
el ruido de platos que llega desde la cocina,
el paso de un tren, monótono en la noche, lejos.
Todo tiene su gracia y su valor, todo se queda
en mi mente, en mis sentidos, en mi memoria.
No es sólo la belleza de los ojos amados
lo que se me guarece dentro del corazón;
es el niño que pasa por la calle y se aleja,
la sonrisa del viejo a nadie, la mirada
de la pobre mujer que vende amor barato,
el caer de una hoja, el vuelo de un papel
de diario por el parque, entre rosas, con brisa.

2

¡Cuánto daría por ver de nuevo aquella rama
que se movía sobre el arroyo un día inolvidable!
¡Cómo quisiera estar otra vez—sin retorno—
en aquella montaña sobre el mar, que recuerdo
como una soledad combatida por vientos
desenfrenados, que no conseguían moverme!
Hay tantos bellos seres, Señor, que están pasando:
las matas de romero, las macetas floridas,
los altos abejarucos, que no se ven y raspan
el silencio del sol, las grandes nubes;
todo lo que has creado, tan bello y transitorio.

3

¡Qué bello es todo lo que has hecho! El mirlo, el gato,
la hierba con rocío y sin él, el rocío...
Desde el bicho de luz al álamo elegante;
y lo que han hecho—porque Tú los has hecho a ellos—
los hombres: el gran barco, el túnel, esas luces
que ponen misteriosas de noche a las ciudades,
aquel piano que un día sonaba en una isla
y que yo lo escuchaba desde un barco de vela.
Todo esto, ¿ha de morir? ¿Pasarán estas cosas
que Tú has hecho tan bellas? ¿Y esa mujer? ¡No, nunca
puede morir: con ella está la vida!
Con ella y con las cosas que ella ve, que yo veo,
con todo lo que vemos los dos, con lo que miran
los niños y los viejos, los enfermos, los sanos,
los leones aburridos en el desierto y las
águilas que contemplan de una vez el paisaje.

Pienso en los animales: en palomas y cuervos,
 en lentos estorninos y halcones presurosos.
 En los resbaladizos peces, siempre asustados,
 y en seres abisales que nunca se habrán visto.
 En el perro que salta, en el jilguero tímido,
 en el leopardo lento, de movimientos cautos,
 con esa piel que envidian las hermosas mujeres:
 vibrante, suave, tenue, cálida y fría, trémula.
 Pienso en las cabras tontas y las vacas ausentes,
 en los caballos tibios que erigen las orejas,
 oyendo tempestades que el hombre no percibe.
 Todo eso ha de morir. Y el olor de las flores,
 y los mundos astrales, grandes, remotos, muchos...

Un día llegará en que no habrá ciudades,
 porque todo estará frío tras fuego rojo.
 Pasaremos por una llanura y pensaremos:
 «Ahí estuvo París.» Sólo habrá unas paredes
 rotas y algún anuncio de cabaret, mojado.
 Donde estén unos montes frente a un mar retirado,
 que deje ver viscosas ostras, aún putrefactas,
 se dirá: «Aquí fué Málaga.» «Esto fué Siracusa.»
 ¿Y aquel cabello rubio que conmovía la brisa?
 ¿Y la voz que lanzaban mis pulmones sonoros?
 Nada; sólo estará un desierto. Acaso
 ni lo veremos, porque no estaremos nosotros.



Aquí había un camino con madreselvas, y
 más allá, una casa donde hubo amor un día:
 un hombre, una mujer, unos hijos. Al lado,
 un jardín por el que los niños paseaban
 de la mano. De todos, la mayor era hermosa,
 con dieciocho años de ojos para mirar.
 Antes, donde hubo un hogar, estuvo un templo antiguo,
 unas columnas rosa y un techo azul y blanco;
 abajo, donde ahora sólo se ven escorias,
 corchos quemados, hierros retorcidos, había
 una iglesia. Sobre esas piedras hubo un sagrario.
 No puede ser, no puede morir el mundo. ¡Dios!

Dios mío, yo sé que no te amo bastante,
 que nunca te amaremos como Tú lo mereces;
 pero no quiero ahora decir en mi poesía
 «Señor, Señor», como se ha puesto algo de moda;
 porque Tú nos has dicho que no se salvará
 el que sólo te diga «Señor, Señor», y basta.
 Yo sé que te ignoramos en la tierra, que somos
 pequeñísimos seres de vida y movimiento;
 pero sé que tenemos el reflejo en los ojos,
 el reflejo que no podríamos soportar
 de Ti, Creador, si no miráramos a Cristo.
 Y Cristo fué el que un día resucitó, y con El
 todos recobramos una vida. Y belleza.
 Y habrá no solamente nuevo cielo. También
 habrá una nueva tierra...

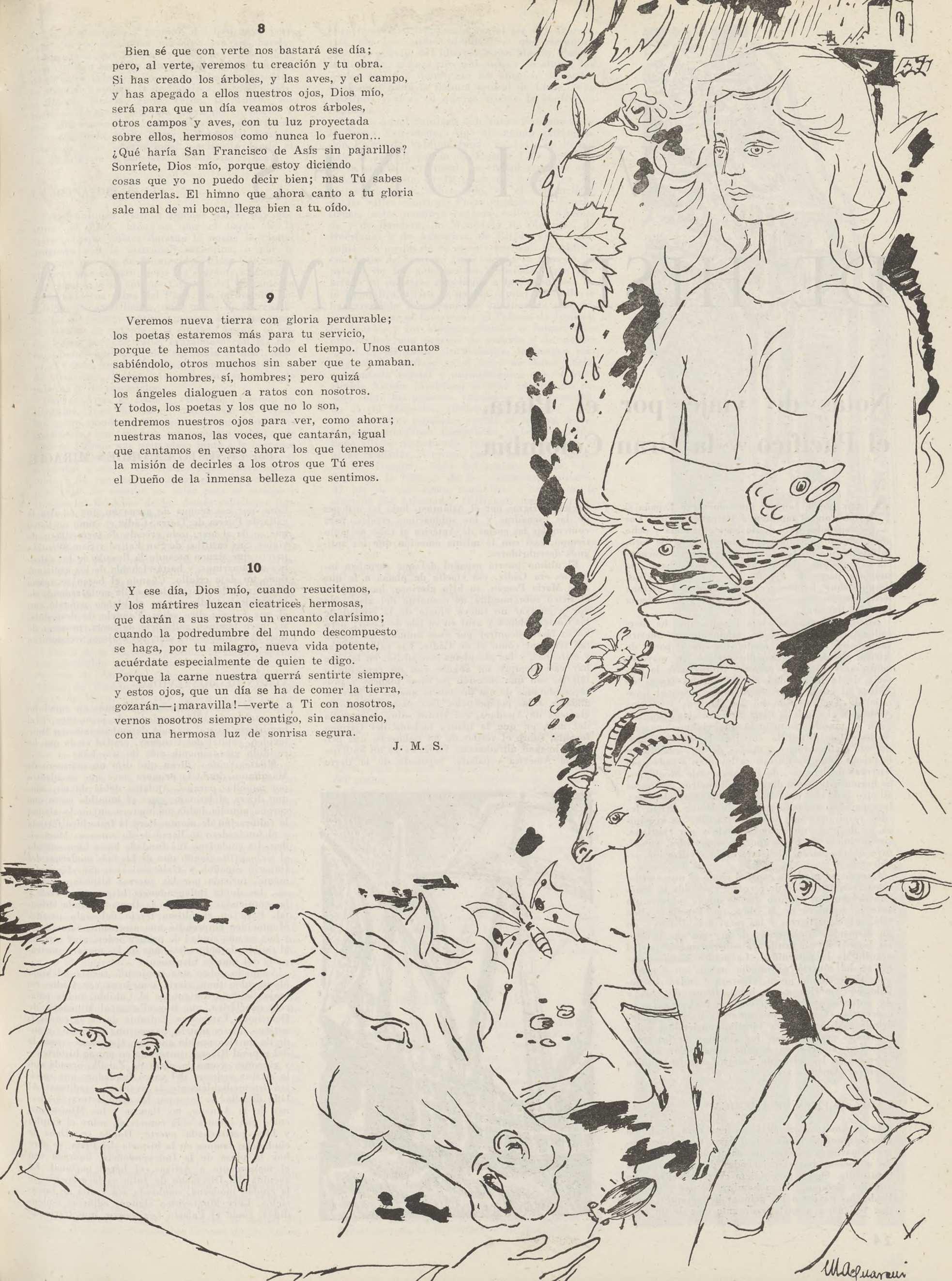


Bien sé que con verte nos bastará ese día;
pero, al verte, veremos tu creación y tu obra.
Si has creado los árboles, y las aves, y el campo,
y has apegado a ellos nuestros ojos, Dios mío,
será para que un día veamos otros árboles,
otros campos y aves, con tu luz proyectada
sobre ellos, hermosos como nunca lo fueron...
¿Qué haría San Francisco de Asís sin pajarillos?
Sonríete, Dios mío, porque estoy diciendo
cosas que yo no puedo decir bien; mas Tú sabes
entenderlas. El himno que ahora canto a tu gloria
sale mal de mi boca, llega bien a tu oído.

Veremos nueva tierra con gloria perdurable;
los poetas estaremos más para tu servicio,
porque te hemos cantado todo el tiempo. Unos cuantos
sabiéndolo, otros muchos sin saber que te amaban.
Seremos hombres, sí, hombres; pero quizá
los ángeles dialoguen a ratos con nosotros.
Y todos, los poetas y los que no lo son,
tendremos nuestros ojos para ver, como ahora;
nuestras manos, las voces, que cantarán, igual
que cantamos en verso ahora los que tenemos
la misión de decirles a los otros que Tú eres
el Dueño de la inmensa belleza que sentimos.

Y ese día, Dios mío, cuando resucitemos,
y los mártires luzcan cicatrices hermosas,
que darán a sus rostros un encanto clarísimo;
cuando la podredumbre del mundo descompuesto
se haga, por tu milagro, nueva vida potente,
acuérdate especialmente de quien te digo.
Porque la carne nuestra querrá sentirte siempre,
y estos ojos, que un día se ha de comer la tierra,
gozarán—¡maravilla!—verte a Ti con nosotros,
vernósnos siempre contigo, sin cansancio,
con una hermosa luz de sonrisa segura.

J. M. S.



VISIONES DE HISPANOAMERICA

Notas de viaje por el Plata, el Pacífico y la Gran Colombia

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

NADIE puede conocer enteramente a España si no conoce también a Hispanoamérica. Los españoles que, desde hace cincuenta y ocho años, vivimos confinados en nuestra piel de toro, lo mismo que los forasteros que con tanta frecuencia y gusto nos visitan ahora, no sospechamos la inmensa parte de España que no hemos visto, después que hemos recorrido desde el Pirineo hasta las Canarias y desde la verde Galicia hasta las islas Baleares.

Nuestra España, la vieja España, que ha marcado huellas gloriosas no solamente en nuestro suelo, sino en el de media Europa y parte de África, donde efectivamente realizó sus mayores empresas y ganó sus mejores títulos para la historia de la humanidad no fué en las Navas de Tolosa ni en Lepanto, en Flandes ni en el Concilio de Trento, sino en las Antillas y en los Andes, en el río de la Plata y en las islas Filipinas.

En el mundo conturbado que vivimos, cuando se hace tan difícil la convivencia entre contrapuestas civilizaciones y modos de ser, cuando en la misma pequeña Europa se levantan a cada paso barreras de lenguas, de intereses y de ideologías, es hermoso recorrer diez mil kilómetros de tierras al otro lado del mar hablando una sola lengua: la española; rezando a un solo Dios: Cristo Jesús; respirando una sola civilización: la hispánica, es decir, la que, por española y por cristiana, sin perjuicio de otros aportes respetables, constituye un trasplante felicísimo de la civilización occidental.

Cuando un modesto español como el que escribe tiene la oportunidad de recorrer casi toda la América del Sur, os aseguro que se queda sobrecogido ante la grandeza de la obra que España realizó allá, sobre las tierras y las razas más dispares, en un dispendio de sangre y de energía que parecería loco si no se justificara soberanamente por el orgullo de la paternidad. La madre España—que no se ha muerto ni mucho menos en Europa, pues sigue siendo joven, vigorosa y audaz—ha dejado en América a sus hijos, llenos de vida y de potencia, y los ve crecer con alegría y con esperanza. «Crecerán mis amores al crecer de los árboles», dijo el poeta Virgilio refiriéndose a los corazones grabados por los amantes en los troncos. Los amores de España, esculpidos en las sierras y en las selvas de América, crecen también mientras América crece.

CADIZ, PUERTA DE AMERICA

Ir a América en 1943 no era cosa fácil. La guerra mundial había echado por tierra ese progreso marítimo y aéreo que coloca al Nuevo Mundo a escasas horas o jornadas de nuestro viejo continente. Quien pretendiera cruzar el charco en aquellos tiempos, si era hombre de paz y no utilizaba los navíos o los aviones beligerantes, tenía que resignarse a navegar durante más de un mes,

haciendo zigzags por el Atlántico, bajo las órdenes de las escuadras y los submarinos rivales, para contemplar las costas de América al cabo de tanto tiempo, casi con la misma emoción que los antiguos descubridores.

El último puerto español del que zarpaban los barcos era Cádiz, esa «tacita de plata» a la que José María Pemán, su hijo glorioso, ha regalado el lírico sobrenombre de «señorita del mar». No voy a ensayar un nuevo elogio de la ciudad de las Cortes, blanca y azul en su isla de León; pero no es fácil encontrar por esos mundos un caserío tan seductor como el de Cádiz. Las calles, rectas y estrechas, y las plazoletas con jardín, en las que hay casi siempre un ángulo con un convento o iglesia, son una sucesión de casas blancas y prósperas, dotadas de esa prestancia que da el barroco andaluz a las perspectivas. Hay parajes, como la alameda de Apodaca, ese jardín sobre la muralla del mar, en que la blanca fachada del Carmen levanta, sobre el verdor de las palmeras, una primera imagen ultramarina. Cádiz es ya un anticipo de la América española. Separado de la tierra



firme por esa lengua de arena en que se alza la gallarda Puerta de Tierra, Cádiz es como un barco que se da al mar, todo erizado de torrecillas y de vigías. Sus castillos de San Felipe y San Sebastián parece que siguen oteando la llegada de los galeones ultramarinos, y hasta el habla de los gaditanos tiene un deje criollo. Cuando el barco se aparta de los muelles, coronados por la mole redonda de la catedral, Cádiz parece el blanco pañuelo con el que España dice adiós. Pañuelo de despedida, sí; pero también gallardete de fiesta, promesa de que, al otro lado del mar, los viajeros encontrarán otras Españas.

VISION DE MONTEVIDEO

A una de esas Españas arribamos en aquel fin de octubre de 1943, comienzo de primavera en el hemisferio austral, cuando desembarcamos en Montevideo, capital del Uruguay, ciudad en la que he residido gustosamente más de tres años.

Montem video, dicen que dijo un marinero de Magallanes desde la primera nave que se adentró por aquellos parajes. Andalúz debía de ser, aunque dijera el latinajo, pues el humilde cerro que corona aquella bahía no merece en modo alguno la calificación de monte. Pero la frase hizo fortuna y el fondeadero se llamó desde entonces Montevideo. La ciudad no fué fundada hasta bien entrado el siglo XVIII, siendo una de las más modernas del Imperio español, y vivió casi cien años lánguidamente, turbada por las guerras hispanoportuguesas, las de la independencia hispanoamericana y las contiendas civiles de la llamada Banda Oriental. Pero en el último tercio del siglo pasado, Montevideo emprendió una ascensión maravillosa, y hoy es una ciudad de primer orden, muy cercana al millón de habitantes, una de las mayores metrópolis del mundo hispánico.

Asentado sobre una península rocosa, el viejo Montevideo tiene cierta semejanza con Cádiz. Su mejor edificio antiguo es el Cabildo, noble palacete neoclásico, que hoy alberga al Ministerio de Relaciones Exteriores. Enfrente de él, la catedral, antigua iglesia matriz, parece una parroquia grande de un rico pueblo andaluz. Hay casas—como la del general Rivera, convertida en museo histórico—y rincones—como la plaza de Zabala, ornada con la estatua ecuestre del vasco fundador—que suscitan irremediablemente la evocación gaditana. Al lado de ellos se levantan las arquitecturas modernas de la Aduana, los Bancos y los Ministerios, entre una intensa vida comercial, sobre el amplio y bien pertrechado puerto. Donde se alzaba la ciudadela, famosa en la historia del Plata, se abre hoy la plaza de la Independencia, honrada con el monumento a Artigas, el héroe nacional. La avenida del Dieciocho de Julio es la gran vía de la ciudad moderna, sembrada acá y allá de rascacielos. Luce Montevideo algunos edificios espléndidos, como el Palacio Legislativo, muestrario de

los ricos mármoles y granitos del Uruguay; pero lo mejor de la ciudad moderna son sus barrios residenciales, sus parques y sus playas. Pocas ciudades tienen tantas y tan hermosas playas dentro de su casco urbano o en sus inmediatas cercanías: la playa de Capurro, la de Ramírez, las de Pocitos, el Buceo, Malvín, playa Verde, la Mulata, los Ingleses, hasta la soberbia playa de Carrasco. Y más allá continúan los balnearios en una cadena ininterrumpida, hasta llegar a Punta del Este, la playa de fama internacional, enclavada donde el río de la Plata se convierte plenamente en mar.

LA REINA DEL PLATA

Para continuar viaje a Buenos Aires, hay que cruzar el Plata, bien sea por el barco de la «carrera», que enlaza durante la noche la capital uruguaya con la metrópoli argentina, o por la carretera que va de Montevideo hasta Colonia, y el barco que recorre luego los cuarenta kilómetros que separan a la antigua Colonia del Sacramento de la moderna reina del Plata. En medio del anchísimo río amarillento, unas torres de hierro cubiertas de pájaros marinos marcan sobre las aguas los canales de entrada a la ciudad. Avanza el buque como por una calle, cruzándose con las embarcaciones que salen del río hacia el mar. Allí, en el fondo, sobre el primer plano de muelles y de almacenes, Buenos Aires levanta su telón de palacios y de rascacielos.

Buenos Aires es llana y rectilínea. Cuando su fundador, Juan de Garay, marcó con su espada los cuatro puntos cardinales, trazó en el aire una cuadrícula, que es hoy un inmenso tablero de ajedrez. Dibujó una gran plaza junto a la barranca del río, delante del fuerte en que se instaló el Gobierno, y marcó en ella los solares para el Cabildo y la catedral, es decir, para el pueblo y para Dios. Se reservó un solar para su estirpe y atendió los derechos de los demás caballeros fundadores. El seráfico padre San Francisco, el predicador Santo Domingo, los mercedarios y la Compañía de Jesús obtuvieron también sus buenos lotes. Todo ello, en las dimensiones modestas de una aldea, bien remota de las concepciones urbanas de una ciudad de México o de Lima. ¡Quién iba a decirle a Garay que su aldea de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires iba a dejar pequeñas, tiempo andando, a las metrópolis de los primeros virreyes y a constituirse en la ciudad más grande del mundo de habla española!

Donde Juan de Garay puso su casa se alza ahora el Banco de la Nación argentina. El fuerte español está sustituido por la Casa Rosada, que, al otro extremo de América, forma pareja con la Casa Blanca de Washington. La plaza Mayor se llama plaza de Mayo, y en ella siguen en pie las dos piedras esenciales del Cabildo y de la catedral. El núcleo urbano español mantiene su traza con las iglesias antiguas y las calles renovadas—Esmeralda, San Martín, Mitre, Maipú—, capitaneadas por la célebre calle Florida; pero las mallas de la cuadrícula han saltado en muchos puntos, abriendo paso a la Gran Vía de Mayo, a las dos Diagonales, a la calle Corrientes y a tantas otras arterias, ensanchadas para dar cabida a la plétora de vida y de riqueza de la ciudad. Cada edificio rivaliza con los inmediatos, y es fácil ver en una misma cuadra—como dicen allí castizamente—un palacio de estilo plateresco español y un palacete francés con buhardillas de Mansard junto a una mansión del gótico inglés de los Tudor o un edificio comercial de tipo alemán o norteamericano. Buenos Aires amalgama todas las influencias europeas y yanquis dentro de un urbanismo inteligente, que seguramente está inspirado en París, sobre todo en los barrios residenciales del noroeste—Alvear, Belgrano, Palermo—, en esos bulevares interiores que son las calles de Callao y Santa Fe, y en el gigantesco bulvar de cintura de la avenida del general Paz. Dentro del vastísimo perímetro que encuadran esa avenida y el Riachuelo, Buenos Aires es, en realidad, un conjunto de ciudades, enhebradas por innumerables líneas de autobuses y por la red del «subte», nuestro «Metro», cuya mejor línea, por cierto, es española y adorna sus estaciones con cerámicas talaveranas. La interminable calle de Rivadavia es el eje de este imponente caserío. Partiendo de la plaza de Mayo, ensarta centenares de manzanas y alcanza cifras fantásticas de numeración, hasta que, convertida en carretera, se pierde en el infinito de la Pampa.

PASO A CHILE

Yo no he atravesado la Pampa a caballo, como lo haría el gaucho Martín Fierro, sino prosaica y cómodamente en tren, en uno de esos convoyes que emplean casi un día en recorrer la inmensa planicie cereal y llegar a Mendoza, la capital del vino, al pie de la formidable barrera de los Andes.

Otro ferrocarril trepa entonces al pie del Aconcagua, por los mismos desfiladeros que vieron el paso del ejército del libertador San Martín. Pasada la divisoria, a unos tres mil metros de altura, los Andes chilenos despliegan un abanico de valles verdeantes hasta la llanura central de Chile, vega vastísima y rica, en que se asienta la ciudad de Santiago.

Este es aquel Santiago del Nuevo Extremo o de la Nueva Extremadura que el capitán extremeño don Pedro de Valdivia fundó en 1541, en homenaje al apóstol patrón de España y en recuerdo de su propia tierra natal. La ciudad española está todavía presente en la plaza de Armas, en las viejas iglesias y, sobre todo, en el nomenclátor de las calles céntricas. Pocas ciudades de España tienen tantos nombres castizos—calles de Ahumada y de Bandera, de Moneda y de Monjitas, de Huérfanos y de Agustinas, de Estado y de Compañía—en medio de su casco comercial. El edificio más bello de Santiago sigue siendo la Moneda, el palacio de los gobernadores españoles, que hoy brinda su prestigio neoclásico a la Presidencia de la República. Claro es que la capital de Chile se ha extendido inmensamente en tiempos más recientes, y que el Congreso y el Palacio de Justicia, los hoteles y los bloques oficiales y comerciales, ofrecen hoy una estampa de poderío y de modernidad. A mi gusto, sin embargo, la imagen más original de Santiago es el cerro de Santa Lucía, esa fantasía vegetal y arquitectónica que el buen alcalde Vicuña Mackenna levantó en el siglo pasado sobre los peñascos volcánicos que, dominando al río Mapocho, sirvieron de baluarte a los conquistadores españoles contra el ímpetu de los indígenas araucanos. Caupolicán, el héroe vencido, tiene allí su monumento, junto al de Valdivia, el héroe fundador, lo mismo que lo tuvo en el poema de *La Araucana*, obra del capitán Ercilla, caso único en la historia de las conquistas militares. Al pie de este cerro romántico y frondoso, la alameda del Libertador O'Higgins traza su curva populosa, y la ciudad crece en redondo, con bellos parques y barrios nuevos, con sus perspectivas coronadas por la blanca tiara de los Andes.

LA COSTA DEL PACIFICO

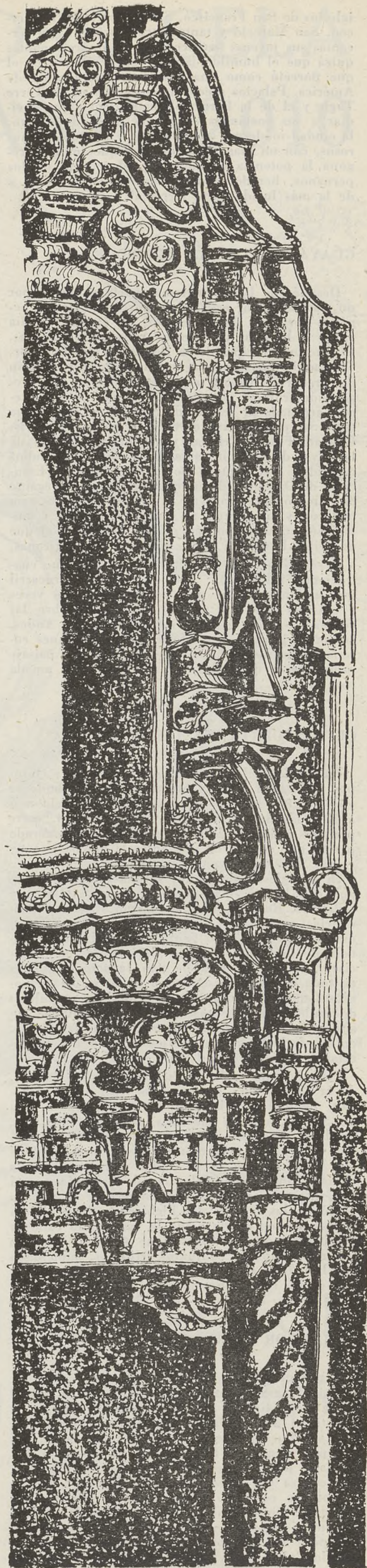
Desde Santiago a Valparaíso, los trenes eléctricos chilenos atraviesan la cordillera costera y atracan junto a los muelles más animados del Pacífico austral, en una faja estrecha al pie de los acantilados. Valparaíso es la ciudad de los ascensores, verticales o en rampa, que unen el puerto con las colinas y ofrecen sus vistas sobre la anchurosa bahía, base de una importante flota mercante y militar. De Valparaíso zarpan los buques chilenos que llevan, por una parte, a los fiordos y glaciares del Sur, hasta la Patagonia y la Antártida, y por el otro lado, a los desiertos del Norte, donde los puertos de Antofagasta, Tocopilla e Iquique lanzan al mundo la inmensa riqueza de los nitratos.

Este fué mi derrotero, con escala también en Arica, para bordear seguidamente la costa peruana del guano, con sus grandes bandadas de pelícanos, y atracar en el puerto del Callao. Unido a Lima por una excelente carretera, el Callao ofrece, junto a sus importantes instalaciones portuarias, la estampa dignamente restaurada del Real Felipe, el fuerte español que defendía contra los piratas a la célebre capital del virreinato. Lima se encuentra a poca distancia, tendida a los lados del río Rimac, que ha impuesto su eufónico nombre a la que fué bautizada por don Francisco Pizarro como la Ciudad de los Reyes. Los Andes no están lejos, ofreciendo la escalinata fantástica que condujo a los semidioses castellanos hasta Cuzco y el lago Titicaca; pero la capital del Perú se extiende largamente en una llanura, prolongándose por Miraflores, Barranco y Chorrillos hasta las playas del sur del Callao.

BELLEZA DE LIMA

Para quien haya leído las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, y tenga algún trato con la historia del Imperio español, el nombre de Lima promete tantas cosas seductoras, que es difícil no sentirse intimidado ante la posibilidad de una decepción. Pues bien, Lima es superior a su prestigio. La ciudad española está casi intacta, mejorada con oportunos ensanches y demoliciones, mientras que la ciudad moderna, de un urbanismo majestuoso, ha sabido no romper el enlace con la antigua; antes bien, la prolonga con unidad de estilo y de grandeza. Dudo que en España tengamos un caso semejante de continuidad y de acierto constructivo.

El núcleo virreinal se cuadrícula junto a la plaza de Armas, donde la catedral levanta su mole neoclásica, levemente abarrocada, junto a la admirable casa del arzobispo y los suntuosos palacios del Presidente de la República y el Municipio. Las



iglesias de San Francisco, Santo Domingo, la Merced, San Marcelo y tantas otras abren en las cercanías sus joyeros barrocos, menos impresionantes quizá que el humilde jardín, casi sevillano, en el que floreció como una rosa la primera santa de América. Palacios dieciochescos como el de Torre Tagle y el de la Perricholi nada tienen que envidiar a sus coetáneos europeos. Al lado de esto, la ciudad moderna, con avenidas y parques anchurosos, con un magnífico museo arqueológico, pregonan la potencia económica y el señorío de los peruanos, herederos del imperio de los Incas y de la más lucida corte virreinal.

GUAYAQUIL, CIUDAD VENCEDORA

Después de Lima singlamos hacia el norte, por un tranquilo mar ecuatorial, refrescado por la benéfica corriente de Humboldt, en el que un día vimos a lo lejos un enorme rebaño de ballenas. El puerto principal de la República del Ecuador, Guayaquil, nos esperaba en el fondo del estuario del gran río Guayas, salpicado de islotes y de vegetación tropical. En el dédalo verde de sus esteros, arrimada al cerrete de Santa Ana, que le ha dado su piedra para elevarse y para sobrevivir, Guayaquil es una ciudad vencedora del agua y de la selva, de la fiebre amarilla y de los incendios repetidos. Nada queda de la fundación de Francisco de Orellana, descubridor y primer navegante del Amazonas; pero Guayaquil levanta, junto a su malecón y su puerto, un caserío moderno y ambicioso, animado por un pueblo jovial, en el que es visible la mezcla de las inmigraciones africanas.

Desde Guayaquil a Quito no hay más que cuatrocientos kilómetros; pero el atrevido ferrocarril que las enlaza tiene que trepar dos o tres veces a más de tres mil metros de altura, sobre las verdes hoyas de la doble cordillera de los Andes, en un viaje casi estratosférico, entre volcanes coronados de nieve, hasta desembocar en el paisaje sobrenatural de Quito, la ciudad bien amada para mí.

QUITO, PUERTA DEL CIELO

Puerta del cielo me he atrevido a llamar a Quito por una razón física y otra espiritual. Cuando se vive a 2.800 metros de altura, bajo el cielo más azul y las nubes más blancas del mundo, entre praderas idílicas y flores perennes, no es exagerado pensar que se está en una antesala del paraíso terrenal. Y cuando se entra en las iglesias de Quito... ¡Ah las iglesias de Quito, verdaderamente dignas del cielo! Son más bien pequeñas, íntimas y ardientes, lindas y alhajadas como si fueran residencias particulares de los bienaventurados, camarines de la Virgen Santísima, garitas de centinela de los ángeles, celda gloriosa de San Francisco, púlpito de gala de San Ignacio y salones de toda la corte celestial. Son bellas en sus armoniosas moles barrocas, en sus cúpulas y cupulines de azulejos, en sus torres airoas y menudas, en sus perfectos claustros—ni trágicos ni frívolos—, en sus fachadas como encajes de piedra y en sus retablos como brasas de oro...

Pero hoy no podemos hablar de todo aquello, de la arquitectura barroca más refinada de América, de una escuela escultórica comparable a la de Sevilla, de los maestros pintores, tejedores, orfebres y tallistas que construyeron, en los siglos XVII y XVIII, ese monumento internacional de las Américas que es la capital del Ecuador. La ciudad, fundada por Sebastián de Benalcázar, está casi intacta, como una joya blanca en el estuche verde de las laderas del Pichincha, sin perjuicio de los nuevos barrios, que le van dando carácter de ciudad moderna. Quito sigue ofreciendo uno de los más completos conjuntos artísticos, aumentado con la belleza del paisaje natural y con la policromía de los campesinos indios.

ESPLENDOR DE BOGOTÁ

A mil quinientos kilómetros al norte de Quito, también a gran altura, entre los Andes, la capital de la República de Colombia, Bogotá, parece, en cuanto al arte antiguo, una hermana de Quito, con sus buenas iglesias y casonas españolas, del tiempo en que la llamada ciudad de Santa Fe, fundada por el licenciado Jiménez de Quesada, era cabeza del virreinato de la Nueva Granada. Bogotá se convirtió luego, bajo el impulso del libertador Simón Bolívar, en la capital de la Gran Colombia republicana, que agrupó durante algún tiempo a las que hoy son repúblicas independientes de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.

Conocí Bogotá en un mal momento, cuando la

revolución que estalló en 1948, en plena Conferencia Panamericana, arrasó gran parte de sus barrios centrales y causó a la ciudad terribles daños, que han sido amorosamente remediados después. Pude darme cuenta, sin embargo, en los días que precedieron a la catástrofe, de que la capital colombiana, tendida al pie de los cerros andinos, en el borde de la verde alfombra de su sabana, ha conseguido una espléndida urbanización moderna, sobre todo en el barrio residencial de Chapinero y en la gigantesca avenida de las Américas, que une el casco antiguo con el aeropuerto de Techo. En el mismo cogollo santafereño, que parece una estampa de Castilla levemente andaluzada, se alza un Capitolio dorado, digno de cualquier capital de Europa, y se suceden los bloques de ricos edificios comerciales a lo largo de las que allí llaman *carreras*. No pude acercarme entonces a Cartagena de Indias, que posee las fortificaciones dieciochescas más bellas de América, ni echar una mirada a Medellín, la dinámica ciudad modernísima; pero pude darme cuenta de la cultura y el buen lenguaje proverbial de los colombianos, así como del empuje económico de este país, que parece llamado, juntamente con Venezuela, a un próximo y risueño porvenir.

PANAMA Y SU CANAL

Para pasar del Pacífico al Atlántico, afortunadamente, no hay que imitar ahora a los hombres de Vasco Núñez de Balboa, que cargaron a hombros con sus barcas para atravesar el istmo de Panamá. El canal, previsto ya por Felipe II y emprendido con mal éxito por los ingenieros franceses, que acababan de construir el canal de Suez, es hoy una realidad gracias a la técnica norteamericana. Los buques más grandes se dejan levantar en volandas en las esclusas, limpias y sencillas como un juguete de precisión, y navegan luego en un lago inverosímil, en el espinazo de la cordillera del istmo, entre islotes que fueron picos de montañas. A un costado de esta visión casi futurista, la ciudad de Panamá, capital de la más joven de las repúblicas americanas, cuelga una estampa del siglo XVIII español con sus murallas y sus iglesias barrocas, prolongadas en un disperso caserío, en el que se dan la mano los recuerdos andaluces con los detalles tropicales y los *buildings* norteamericanos. Llegó a ser tan rica Panamá en el siglo XVII, cuando los galeones del Perú se congregaban en sus aguas para el transporte del oro al otro lado del istmo, que el pirata inglés Morgan la saqueó y destruyó hasta sus cimientos. Las ruinas de Panamá la Vieja se yerguen todavía, majestuosas y melancólicas, a pocos kilómetros del canal norteamericano.

ASOMBRO DE CARACAS

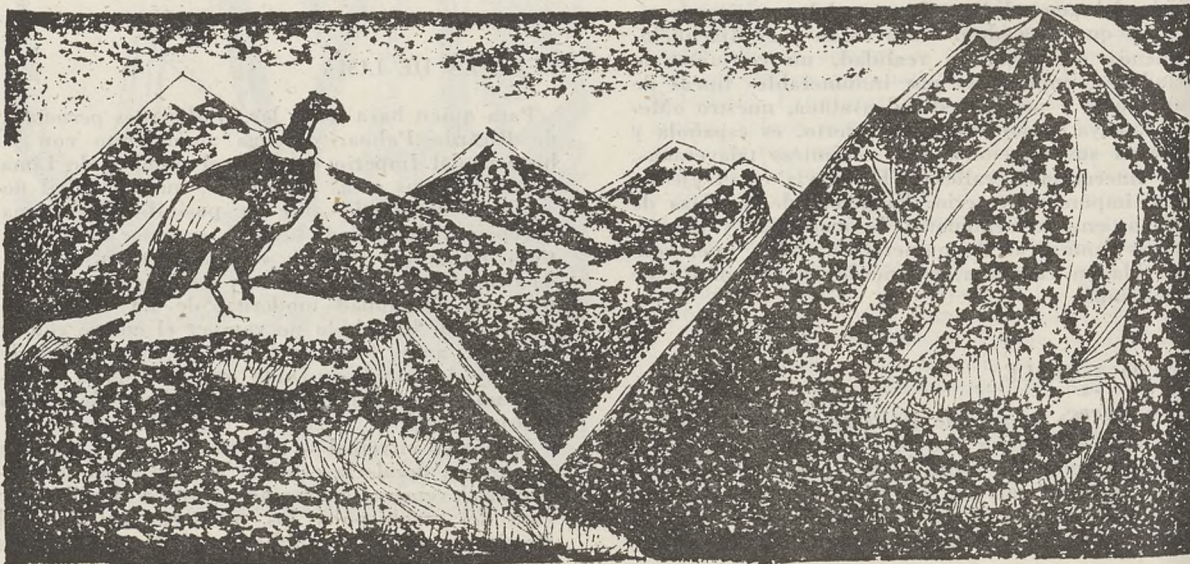
Desde las ciudades gemelas de Cristóbal y Colón, situadas en la boca atlántica del canal, nuestro buque hizo rumbo a Venezuela. Inolvidable panorama el de la costa y las islas venezolanas hasta llegar a La Guayra, el puerto cálido, por el que entra y sale copiosamente un doble río de emigración y de riqueza. Desde La Guayra a Caracas hay poco más de treinta kilómetros; pero es necesario elevarse desde el nivel del mar hasta mil metros de altura. Hicimos aquel viaje por una magnífica carretera, partida prudentemente en

dos ramales de dirección única para facilitar la impresionante ascensión. Ahora se hace el mismo recorrido sobre una de las mejores autopistas del mundo, digna entrada a una ciudad que ha realizado en los últimos años la más completa y asombrosa transformación. No es que haya desaparecido el viejo Caracas, acurrucado junto a la catedral y el palacio de los capitanes generales, hoy Ministerio de Relaciones Exteriores, en torno a una plaza llena de poesía, en la que cabalga sobre un bronce épico Simón Bolívar, el caraqueño libertador. Un poco más allá, medio aplastada por los edificios comerciales, está la casa en que Bolívar vió la luz, en el seno de una noble familia vascongada, con estancias y patios de sabor españolísimo. Lo esencial del antiguo Caracas sigue en pie, y es de esperar que se conserve y se hermosee cada vez más; pero a su lado mismo se abre la nueva avenida de Bolívar, una de las arterias más grandes y bellas que conozco, y se prolongan los barrios residenciales, los parques y la Ciudad Universitaria, modernísima; todo ello, en un lujuriante marco tropical, que se libra del calor gracias a su buena altura, al pie de la gran masa forestal del Avila. ¿Qué porvenir no espera a esa ciudad, capital del emporio del petróleo y el hierro, cabeza de un pueblo joven, que se enriquece cada día con la emigración europea? Contemplando Caracas se advierte hasta qué punto América está en creación, y nos sentimos inclinados a profetizar como augures sobre el porvenir de aquellos pueblos, a los que, hace más de cuatro siglos, llevaron nuestra lengua y nuestra fe un puñado de navegantes españoles...

CANARIAS: AMÉRICA EN ESPAÑA

Pero era necesario navegar; esta vez, de regreso a la madre patria. Hicimos escala en la isla de Trinidad, cuya capital se llama Puerto España, que hubiera formado parte del territorio venezolano si los ingleses no la hubieran ocupado durante las guerras napoleónicas, pocos años antes de la emancipación americana. Tocamos también en Barbados, una isla exótica con nombre español, lo mismo que Granada, Montserrat y tantas otras Antillas hoy no hispánicas. Traíamos en los ojos las visiones acumuladas de seis años de tierras americanas, desde el río de la Plata, casi europeo, hasta la cordillera de los Andes, con sus indios amables, y las orillas del Caribe, con sus mulatos alegres. Navegábamos muchas millas por unos mares más frescos hasta que un día divisamos la cumbre de un volcán, más alta que las nubes sobre una tierra invisible. No era la cima del Chimborazo, sobre la costa del Ecuador, sino la cabeza del Teide, sobre la isla de Tenerife. Al día siguiente desembarcamos en Las Palmas, capital de la otra gran isla canaria. Nuestra mente tardó algún tiempo en interpretar el testimonio de nuestros ojos y de nuestros oídos. Aquel caserío blanco y barroco, ¿no era de Panamá o de La Guaira? Aquellos plataneros, aquellas palmeras y buganvillias, ¿no los habíamos visto en Guayaquil? Aquel tonillo cadencioso de las gentes, ¿no lo habíamos escuchado en Venezuela? ¿Qué nueva ciudad del Plata, del Pacífico o del Caribe era la que pisábamos entonces? Y es que, al regresar a España, seguíamos encontrándonos en América, lo mismo que, al habitar durante seis años en América, no habíamos dejado nunca de sentirnos en España.

E. LA ORDEN MIRACLE



CARTA A CAMILO JOSE CELA PENSANDO EN EL AÑO 2010

POR FEDERICO DIAZ-FALCON

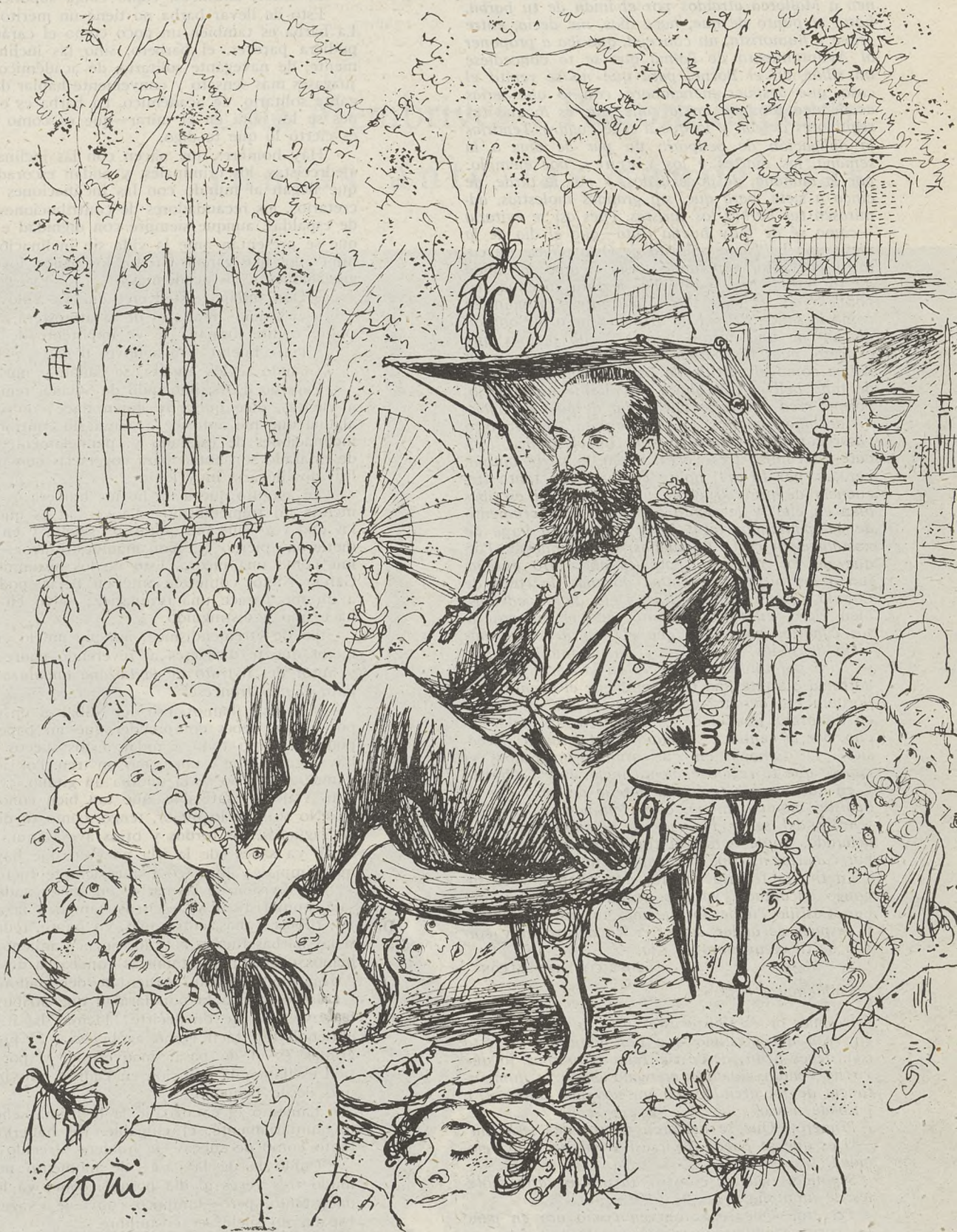
Querido compañero de isla:

Cuando hace años me dijeron que te estabas dejando la barba, pensé: "Peligroso, muy peligroso... Cela puede decepcionar a su público. Porque... ¿y si le sale barba de astrónomo, de terrateniente o de navegante solitario? ¿Cómo va a seguir haciéndoles creer a sus lectores que es un escritor con toda la barba?" Temía también que pudieras dar a luz una barba sietemesina, con la que demostrarías de manera ostensible que tu obra no estaba todavía madura. Temía incluso que te pudiese crecer una barba perfecta, académica y sabia, como la de don Ramón Menéndez Pidal, que viniese a desmentir tu tremendismo. Pero no; has tenido suerte también con la barba, pues es tan literaria, que cuando la vi retratada por primera vez en la revista "Ogi", exclamé: "Nobel habemus!" Yo no sé si para 1970 o para 1983. Pero los que tenemos un poco de olfato para intuir el porvenir y dijimos que a los cuarenta serías académico, afirmamos ahora también que la brújula de tu barba apunta al norte; concretamente, a Estocolmo, la ciudad del Nobel. Y esto hay que decirlo ahora, en febrero de 1957, no en febrero de 1977, cuando ya lo haya dicho todo el mundo.

Y ahora permíteme que te diga que ese instinto migratorio, de que nos hablaba ayer el doctor Marañón, que poseen algunos genios como el Greco, y que les hace encontrar el paisaje que necesitan para triunfar, has demostrado tú tenerlo también al venir a vivir a Mallorca. Porque creo sinceramente que a tus ásperas barbas carpeto-vetónicas les convenía remansarse en esta dulce isla de la calma, donde, sin duda, superarán su tremendismo y podrán ingresar en la Academia como Dios manda. Es decir, más limpias, fijas y esplendorosas, si me permites la expresión.

Además, esta isla es la Salamanca, el Oxford o el Cambridge de las barbas. Pues, como tú sabes muy bien, es ésta tierra de muy buenas barbas, bien hayan sido conquistadoras, como las del rey Don Jaime I; altruistas, como las de don Juan Sureda; filosóficas, como las de Ramón Llull; conservadoras, como las de don Antonio Maura; amantes del paisaje, como las del archiduque Luis Salvador; humorísticas, como las de Rusiñol, o ascéticas, como las de los eremitas. Pero es indudable que la Roqueta, a lo largo de su historia, le debe mucho a las barbas, y no es de extrañar, por consiguiente, que las tuyas hayan tenido aquí tan buena prensa. Pero lo inaudito es que estés batiendo el record de la celebridad, puesto que has conseguido ya lo que parecía imposible en Mallorca: que se hable más de la palidez del novelista que de la tisis del músico. Lo cierto es que tus barbas son un Torrent de Pareis de suplemento, o, mejor

Prensa, radio, televisión y cine han competido estas últimas semanas para hablar de Camilo José Cella, el nuevo inmortal que ocupará el sillón «Q» de la Real Academia Española. MVNDO HISPANICO cuenta con la suerte de ofrecer a sus lectores dos estupendos documentos inéditos, escritos exclusivamente para estas páginas. Federico Díaz-Falcón, otro escritor que vive algunas temporadas en Mallorca, como ahora C. J. C., pide para Camilo un sillón en el paseo del Borne. Y Cella contesta a este y a los demás puntos de la carta del amigo con minuciosidad notarial y con la gracia y el desgarro a que el novelista nos tiene acostumbrados. Goñi ha visto así, como aparece en el dibujo, a C. J. C., rodeado del entusiasmo de sus admiradores.



CARTA A DIAZ-FALCON PENSANDO EN EL AÑO 1957

Por CAMILO JOSE CELA

Mi querido compañero de oficio:

Paso a responder, punto por punto, y para nuestro común y mejor orden, todos los puntos de tu amable carta. Si notas que en alguno de mis comentarios no soy justo, haz lo posible para perdonarme. Los gallegos de la costa preferimos, con Goethe, la injusticia al desorden. No es por nada. Verás. El padrecito Nietzsche dejó predicado que había que vivir peligrosamente. Esto de las barbas, te

aún, unas grutas encantadas de Manacor que le han crecido a la isla; no es una conmoción geológica, sino una conmoción psicológica, pues es de suponer que las has traído aquí para que escriban con calma, como Dios manda, libres de la prisa del siglo y del hondo temblor del continente.

Lo inaudito también es que muchos turistas vienen a Mallorca atraídos por el imán de tu barba, hasta el punto de que, hace días, me decía, entre grave y humorista, un concejal, que iba a proponer al Ayuntamiento de Palma que se te concediese un sillón en el Borne, para que no se repita el caso, que después mencionaré, con lo que serías académico también en la calle, que es lo que tus seguidores desean y lo que a ti te cuadra. Tendrías la obligación de ocuparlo un par de días a la semana, los martes y los viernes, por ejemplo; por la mañana, de doce a dos, y por la tarde, de cinco a siete, para que, sin grandes molestias, admirasen tus barbas los turistas. Pues así se evitaría —como sé de muy buena tinta— que el día de la nieve una bellísima señorita de Oslo pillase un catarro por estar esperando largo tiempo la salida de tu barba, que, para ella, lectora ingenua del paralelo 60, es algo tan importante y romántico como la salida del sol de medianoche o la contemplación de una aurora boreal. Y no pienses que exagero, pues tus barbas son hoy tan famosas en Palma como el castillo de Bellver, aunque no sean de tan "bellver". Y ahora permíteme un consejo, porque creo que te lo puedo dar después de haber vivido años enteros en Valldemosa. No vaya a pasar con el novelista lo que con el músico. Múdase de camisa tres veces al día, si se te antoja, pero... ¡por favor!, no te cambies con tanta frecuencia de piso. Pruébate una casa, y si escribes bien en ella, y le sienta bien a tu temperamento de galopamundos fatigado, y no te está larga de nostalgias ni corta de sueños, no te muevas. Porque de lo contrario, para el año 2010 enseñarán a los turistas en Palma docenas de casas de Camilo José Cela apócrifas. Deja dicho, además, bien claro, en tu testamento, que el número de tus canarios eran tres; que el madrileño, el más viejo de todos, era de muy buena familia y que se libró por tablas de perecer en la sierra de Guadarrama durante una tormenta; que el canario mallorquín era de ilustre prosapia, y que el tercero en discordia, que vino por la puerta, o, mejor dicho, por la ventana, se llamó por tal razón "Expósito". Di también en qué armario guardabas el capote que te regaló el poeta inglés Ray Campbell y en qué mueble tenías la botella de jerez que te bebiste, mano a mano, con Hemingway, y la de whisky del señor Pla. Y así, dejando todo bien aclarado, no le darán al turista del 2010 jilguero por canario, ni capa por capote, ni casa por casa.

En fin, te felicito por tus dos sillones, y te supongo encantado, ya que, según le dijiste a José Luis Castillo Puche, lo que más te gusta es andar, y después de andar, sentarte. Un abrazo muy cordial de tu compañero de isla,

FEDERICO DÍAZ-FALCÓN

Valldemosa, 1957.

Después de escribirte esta carta he pensado que, en vista del prestigio que has adquirido en esta isla, debes pedir, desde tus famosas barbas, lo que yo he venido pidiendo en vano desde la inimportancia de mi afeitado, en mi novela "Mallorca, a paso de novio":

Primero.—Que se declaren delitos de "lesa isla"—si es que se puede decir así—el ruido y la velocidad.

Segundo.—Que se construyan uno o varios hoteles de montaña.

Tercero.—Que se conserven como oro en paño los carritos mallorquines de albos toldos, que para los novios son las góndolas de la isla.

Cuarto.—Que se erija en el Borne un monumento a una pareja de novios.

Quinto.—Que resulte incomprensible que, siendo Palma la ciudad de las mil y una novias y de los mil y uno hoteles, no haya uno siquiera que se llame "Hotel Romeo y Julieta" u "Hotel de los Enamorados".

Sexto.—Que se cree el "Luna de miel", es decir una especie de Nadal del amor, que se otorgará cada año a la pareja que mejor recorra la isla a paso de novio.

Séptimo.—Que un grupo de artistas y arquitectos de acreditado gusto se cuide de mantener celosamente la belleza del paisaje urbano y la de la naturaleza.

Octavo.—Que se cree, en el silencio y la paz de Porto-Petro, o en el puerto de Pollensa, la colonia de los sabios, de los científicos y de los pensadores, para que inventen ese mundo mejor que todos deseamos, y que no acertarán a darnos mientras trabajen entre el ruido, la prisa y la angustia de las grandes urbes.—(Vale.)

lo aseguro, no encierra peligro alguno. Una vez, en un determinado antro de Madrid, estaba yo tomando un traguito con el notario Roán y con el procurador Isorna, cuando se me acercó un señor, que me dijo:

—En esa mesa tenemos una apuesta. Nos jugamos unas copas: si le toco la barba, gano.

—Yo creo que es mejor que pierda usted—le dije—; si gana, puede ser que tengan que llevarle su copa a la Casa de Socorro.

El señor, entonces, como cabía suponer, me tocó la barba. ¡La que se armó!

Esto de llevar barba no tiene un mérito mayor. La barba, como el genio, es una larga paciencia. La barba es también un poco como el carácter, y quien la dibuja y conforma no es, contra lo que pudiera parecer, el barbero, sino las inclinaciones. Tú hablas de barbas de astrónomo, de terrateniente, de navegante solitario, de académico. A mí me parece una licencia excesiva, y preferiría que juzgases más sensato y conveniente hablar de «inclinaciones» de astrónomo, de terrateniente, de navegante solitario, de académico. La barba es el espejo del alma; pero hay mozos, aun imberbes, a quienes se les nota en el mirar—que es como la prebarba—la inclinación. Haz la prueba y verás cómo es cierto lo que te digo.

Hay hombres que nacen con las inclinaciones muy marcadas: son los toreros, los poetas, los ajedrecistas, los criminales, y andan escorados, aunque, a veces, jactándose y chulines. Hay gentes que llegan al mundo con las inclinaciones suaves y poco definidas: son los funcionarios, los subsecretarios, los recaudadores de contribuciones, los comerciantes al detall, y caminan algo cargadillos de espaldas, aunque siempre con dignidad e incluso con un cierto empaque. Hay seres, por último, que se presentan ante la vida sin inclinación: éstos, como podrás suponer, son los rectos, los ecuanimes, los que ganan a todos los paños, los que pasean su seriedad asnal por los senados, las congresaciones y las academias.

—Don Julián, ¿usted cree que va a llover?

—¡Extraño arcano el de la atmósfera, mi dilecto amigo; extraño e inescrutable arcano, que la pobre mente humana se ve impotente de descifrar!

—Pero, bueno, ¿va a llover o no?

Cuando se los aprieta, se callan y miran con desprecio. ¡Qué tíos!

Eugenio d'Ors, hablando de Solana, tema con el que ahora, por mor del discurso académico, ando a vueltas, dice que hay quien nace con vocación de estafado. Si esto es cierto—y no veo razón alguna que me autorice a pensar lo contrario—, también pudiera colegirse que hay quienes tienen inclinaciones de estafado y, paralelamente, barbas de estafado, si prueban a dejárselas. Las barbas de estafado son como para cogérselas con papel de fumar. Este es un punto cuyo solo somero análisis nos llevaría muy lejos.

Te aseguro que a mí no me hubiera quitado el sueño la idea de que mi barba «viniese a dementir mi tremendismo». La verdad es que, por ahora, no ha habido nada—salvo un dolor de muelas una vez—que me quitase el sueño, y en la cárcel, por ejemplo, saludable lugar, en el que me metieron—pienso que con manifiesto error—los tres últimos regímenes políticos españoles, solía dormir como una piedra. Esto de los insomnios y de los trastornos neurovegetativos—el poeta José García Nieto, conferenciante en Béjar, podrá darte más precisos informes; que lo haga si quiere—a mí me parece una ordinariez; salvo en el caso de las damas, como es lógico, en el que incluso hace fino y distinguido.

Lo de «tremendismo», aunque me lo cuelgan, tampoco sé bien lo que es. Para esto quizá fuera mejor que te dirigieses al reverendo padre don Francisco Delicado, vicario de Valle de Cabezuellas y autor del *Retrato de la Lózana andaluza* y de un aleccionador tratado de terapéutica para combatir *El mal francese*.

A lo que íbamos. Eso del Nobel es un cachondeo. Yo sé bien que me lo acabaré llevando, pero, por ahora, debes comprender que mi papel es no decirlo demasiado, ya que cualquier indiscreción podría echarlo todo a rodar. Estos suecos son muy susceptibles; las suecas ya son otra cosa, y hay algunas que están como un tren. Por aquí, por Palma, anduvo una, hace cosa de un año o año y medio, que no se la saltaba un gitano. ¡Qué criatura, querido Federico! En fin, qué te voy a decir a ti, viajero infatigable, que tan bien conoces aquellas remotas latitudes.

No sé si, a lo mejor, tengo, como tú dices, ese instinto migratorio característico de los genios, las cigüeñas, los tordos y otras aves. Aquí, en Mallorca, se está bien, es cierto, pero el clima—clima ideal, ya sabes—de la isla no creo que haya contribuido, ni poco ni mucho, a hacer mis barbas más limpias y fijas (cosa que siempre fueron) ni más esplendorosas (cosa que nunca serán).

Tu división de las barbas en conquistadoras, altruistas, filosóficas, conservadoras, amantes del paisaje, humorísticas y ascéticas, tampoco la admito. Perdóname. Las barbas son negras, castañas, rojas, rubias, canas, entrecanas, en punta, redondas, etc. Esa adjetivación que tú das a las barbas, como si las barbas fueran actitudes o pensamientos, está llena de escollos y también de excepciones. Todos hemos conocido prestamistas con barba de prócer, monjes con barba de fauno y filósofos con barba de marino mercante. Acuérdate del mallorquín Keyserling.

En cuanto a la popularidad que atribuyes, ¡con cuánta caridad y con qué noble fe!, a mis barbas, ¿qué he de decirte? Llamar la atención en Mallorca, a pesar de tus supuestos, es cosa que entiendo tan fácil como agobiadora. El propósito más firme que me sostiene en este valle de lágrimas es el de pasar inadvertido, y por ahora—no me desanimas—lo voy consiguiendo. Lo difícil es llamar la atención en Padrón, provincia de La Coruña, donde los transeúntes le conocen a uno desde pequeño.

Lamento el catarro de la bellísima señorita de Oslo y todavía más el haber sido yo, si bien involuntariamente, el culpable. De haberlo sabido a tiempo—y aunque de noruegas no entiendo tanto como de suecas—le hubiera ofrecido mis servicios de aficionado a la Medicina. ¡Lástima!

Cuido lo de la casa; de momento no hay síntoma alguno de traslado. La camisa no me la mudo tres veces al día porque, como ya le explicaba al señor Pla en otra carta, mi ropero no da para tanto, pero—tampoco conviene exagerar la nota—me la cambio cada mañana, cosa que en España no suele ser costumbre.

Lo de los canarios ya quedó explicado, precisamente en mi carta al señor Pla. El capote de Roy Campbell no creo que me sobreviva; el pobrecito está ya algo apollillado. Las botellas que me bebí con Hemingway y con el aludido señor Pla no ofrecerán jamás duda alguna al turista o al investigador del futuro, ya que oportunamente he ordenado que se tomaran todas las necesarias precauciones. Sobre este punto debes alejar todo temor.

Gracias por tu felicitación. Esto de la Academia, querido Federico, es algo muy serio, realmente, pero que ni tú—desde fuera—ni yo—desde dentro—debemos tomar como una meta. Lo posible es que, al menos en teoría, no haya habido jamás una meta seria ni merecedora de una decidida atención. Me refiero, claro es, a metas de esta vida, ya que en el berenjenal de las de la otra no me atrevo a entrar, no vaya a ser que me pase como a Papini. Lo importante, a mi entender, no son las metas, sino las etapas y las formas y las precauciones de dignidad que uno ponga en conseguir las. En este sentido te aseguro que entiendo a la Academia como una etapa muy señalada. ¡Pero anda, que, si después de conseguir el sillón, me tumbo y no vuelvo a escribir libros! ¡Voy listo!

Tus amorosas y variadas postdatas me parecen bien, o mejor dicho, no me parecen ni bien ni mal. Me haces excesivo favor pensando que pudiera influir en la consecución de tus honestos deseos, pero creo que debo advertirte, incluso sin rubor, que mis opiniones sobre los enunciados que propugnas no interesan a nadie. La experiencia, que es la madre de la conciencia, y la paciencia, que es hermana de la decencia, así me lo indican.

Y nada más. Un fuerte abrazo de tu devoto lector y buen amigo,

CAMILO JOSÉ CELA

Palma de Mallorca, 1957.

“¿Dónde vas, Alfonso XII?”

Lola Membrives y Pastora Imperio,
juntas ante las candilejas



Por ENRIQUE RUIZ GARCIA

SETE de la tarde. El telón del teatro Lara, de Madrid, se levanta. Una mujer de noble y arrogante porte está en escena. Amplio y luminoso el rojo de la seda. La actriz es Lola Membrives. El personaje, rotundo en su melancolía y en su énfasis castizo y dramático, Isabel II, reina de España, destronada.

Estamos en París. La revolución de 1868 ha roto la línea histórica. Es en

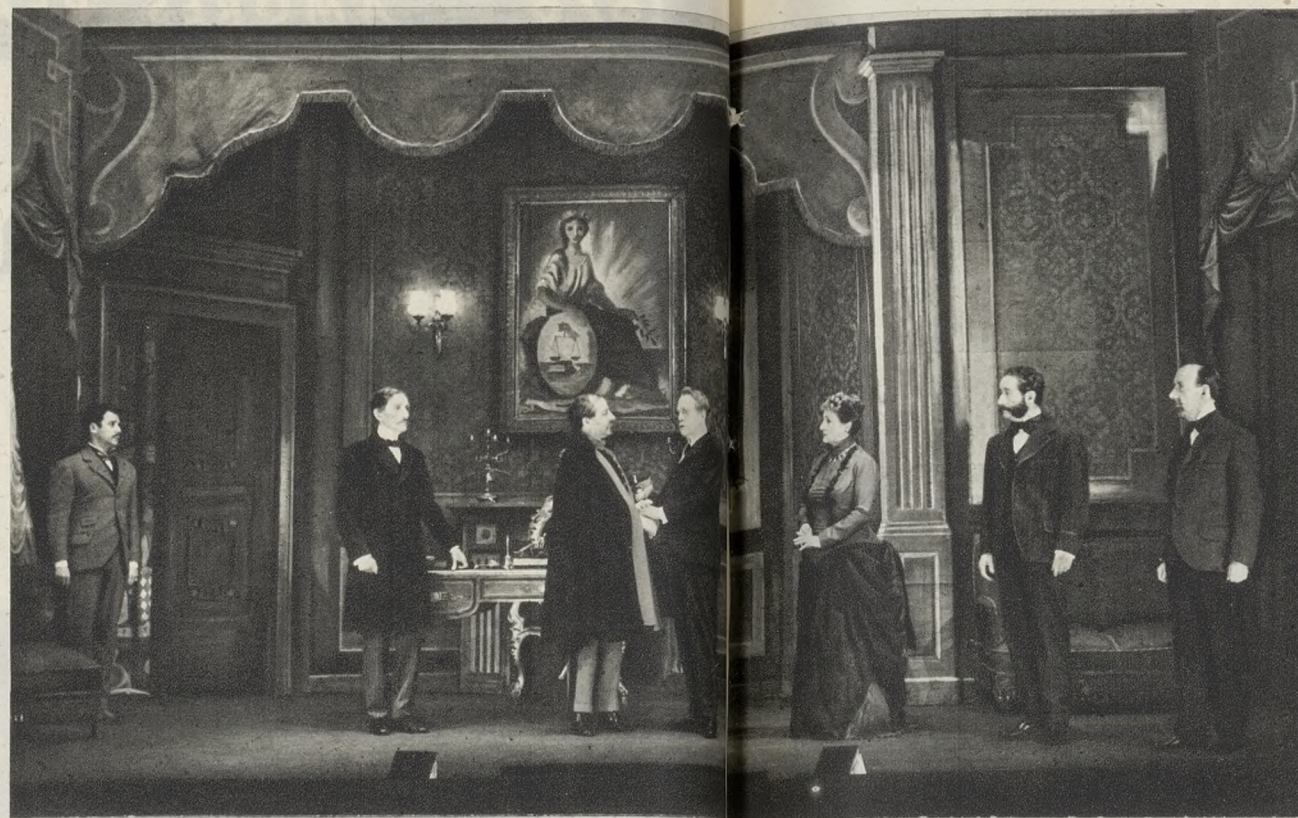
Vistiendo su traje de corte más suntuoso, la reina Isabel II, desterrada en París (Lola Membrives), conversa con su hijo Alfonso XII (Jorge Viço), momentos antes de la ceremonia de la abdicación que iba a poner fin a su reinado.

Francia donde Isabel II, después de abdicar, hace su primera reverencia a un nuevo rey: Alfonso XII.

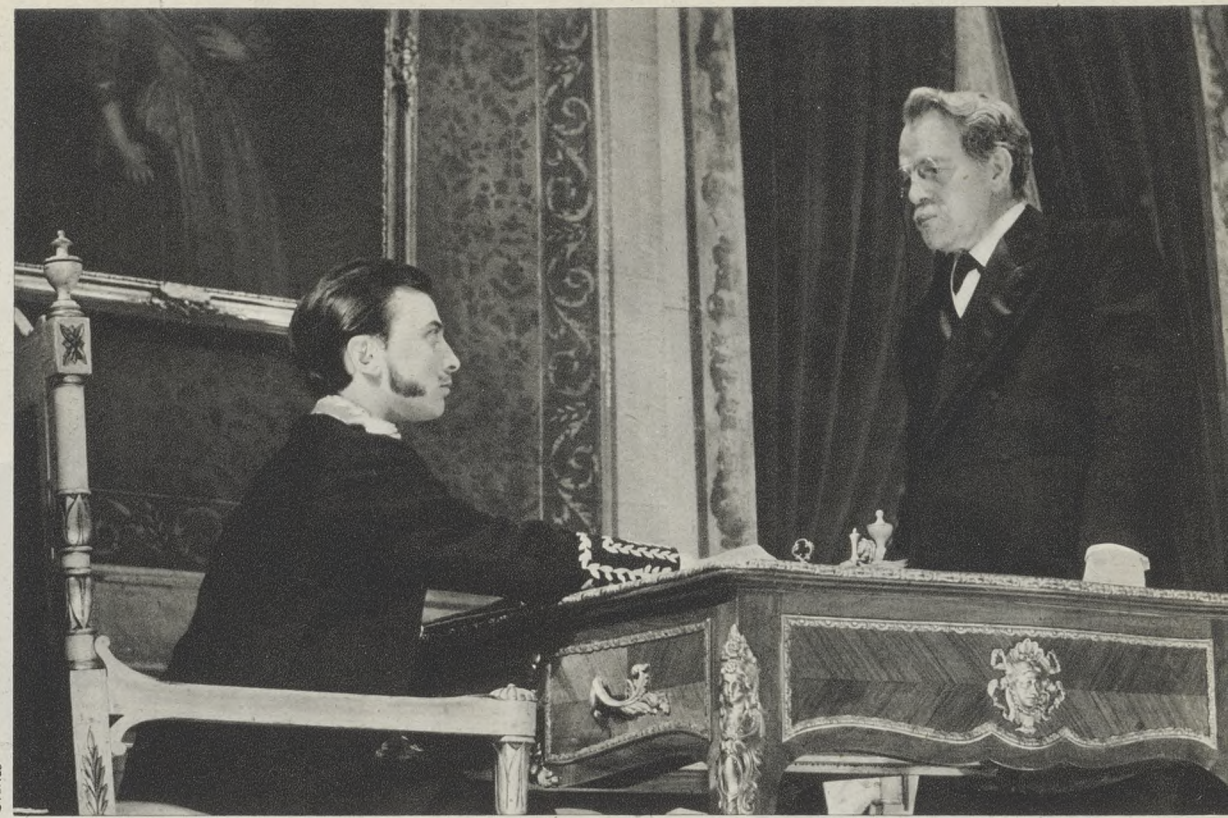
Esta es la síntesis de la obra de Juan Ignacio Luca de Tena, escritor, autor, hombre de toda una época. El dice que se trata de «estampas románticas». La obra recorre, con su espejo dorado, intenso, lleno de dulce latido, la presencia humana, el polvo del tiempo. Por el marco noble de la escena, como



El acta de la abdicación de Isabel II está sobre la mesa. Cánovas del Castillo (Francisco Pierrá) persuade respetuosamente a la reina para su sacrificio patriótico



Abajo: Isabel II lee el acta de su abdicación. Está a su derecha don Antonio Cánovas del Castillo. A su izquierda, el príncipe de Asturias, que en ese instante histórico se convierte en Alfonso XII.



Cánovas del Castillo—lealtad y dignidad—despacha con el rey Alfonso XII, sin temor a contrariar alguna vez las ideas del joven monarca español.

Final de la obra: desde el balcón de Palacio, Alfonso XII, en la tristeza de su viudez, escucha a un coro de niñas que canta el romance popular.

«¿DONDE VAS, ALFONSO XII?»

ventana y balcón, se levanta el pasado: abdicación de la reina, amores del príncipe, restauración y política. Pero todo así, levemente transido de melancolía y, a la vez, de fuerte sentido presente. El escenario se llena con Cánovas del Castillo, macizo y sutil, con el acento malagueño enderezando y haciendo poderes nuevos. Allí está Mercedes, infanta, luego reina, soñadora de sueños y repentina muerte. Los romances populares, cantados con bello temblor:

¿Dónde vas, Alfonso XII;
dónde vas, triste de ti?...

Ha muerto Mercedes, el primero y profundo amor de Alfonso XII. Amor hecho cuesta arriba, contra la corriente de la política y aun contra la no menos poderosa, ardiente y fogosa de Isabel II.

¿Dónde vas, triste de ti?...

Lo cantan las niñas españolas en su juego de cuerda y comba al saltar. Romance de amor. Después llegará el matrimonio de Estado.

ISABEL II, PERSONAJE Y DRAMA

Se hereda el pasado, lo que está detrás, hondo y enigmático, tenso y misterioso. Tenía tres años cuando murió su padre, Fernando VII, unas veces el *Deseado* y otras el *Vilipendiado*. Al morir, queda en el aire una guerra civil como herencia: de un lado, el carlismo, que considera que la corona debe ser llevada por Don Carlos, hermano del rey; del otro, Isabel II, a quien la Pragmática Sanción la ha convertido en la cabeza de la Monarquía.

Doña María Cristina se hace cargo de la regencia, y con ello, de la guerra: las partidas carlistas se levantan en el Norte, y en Castilla, trabuco bajo el brazo—que no sobre el hombro, que no podía resistir la prueba de aquella especie de morteros—, el cura Merino. Todo esto es la infancia de Isabel II.

Gobernar en un período tumultuoso y encendido. Las ideas cruzan y recruzan los caminos. Por una *década moderada*, como se decía, hay terribles períodos de violencia. La reina no puede huir de ese destino de encrucijada y juega también en el dilema. Su carácter, la descalificación de la vida política de los partidos, todo acentúa la tensión del tiempo. Agrios los matices. Nada perdura.

Por la vida española corre, literaria y físicamente, una gran impregnación de lo popular. La reina capta aquel ambiente y representa, por sí misma, el torrente vital de una época. Algo de ese desgarró, esencialmente cálido y humano, en sombra y luz, perfila en Isabel II, por encima de los defectos, el personaje de carne y hueso, siempre dramático y sorprendente, que le tocó vivir y representar.

El espejo teatral de Juan Ignacio Luca de Tena comienza cuando todo esto ha pasado. La reina está en París. En la escena, la chispa vital, el hallazgo caliente, sardónico, persevera, anclado en los hechos mismos de cada día.

El mejor vestido de corte para la abdicación. Lola Membrives comienza con un rotundo acento la lectura, pero le van ganando los trémolos del final: todo ha terminado. El joven príncipe, nuevo rey sin reino, Alfonso XII, está allí, a su lado; 1870.

ALFONSO XII; ESTAMPA, AMOR Y MUERTE

Príncipe, hijo de reina, nuevo rey. Su madre había salido de España, por las fronteras norteañas de San Sebastián, un día 30 de septiembre de 1868. Ahora se forma un nuevo partido: los *alfonsinos*. España quiere siempre personalizar las cosas, los nombres, los papeles a cum- (Pasa a la pág. 53.)



Alfonso XII gustaba de pasear de noche por Madrid de incógnito. Aquí, la calle es el pasillo del patio de butacas. El rey no conoce aún la ciudad. Pregunta a un transeúnte. Y el viejo madrileño le acompaña y, de paso, le habla de política. A continuación damos un extracto de este momento.

ALFONSO.—Usted perdone, caballero. Estoy desde hace pocos días en Madrid, de donde salí muy pequeño, y esta noche, al volver a mi casa, me he extraviado. ¿Podría usted indicarme por dónde se va a la plaza de Oriente?

TRANSEÚNTE.—Sí, hombre, sí; está muy cerca! Yo también vivo por allí. Si quiere, le acompaño.

ALFONSO.—Con mucho gusto. (Echan a andar.)

TRANSEÚNTE.—¿De modo que es usted forastero?

ALFONSO.—Forastero, no. Yo nací en Madrid, precisamente en la misma casa donde vivo ahora; pero he pasado en el extranjero muchos años.

TRANSEÚNTE.—Muchos no serán, porque es usted un chiquillo.

ALFONSO.—¿No tanto?

TRANSEÚNTE.—¿No? ¿Pues cuántos tiene usted?

ALFONSO.—Los suficientes.

TRANSEÚNTE.—Los pollos de ahora están ustedes muy pagados de sí mismos. Yo, a mis hijos, no les dejo salir de noche hasta que cumplen los veinticinco. ¿Usted no tiene a nadie que le riña?

ALFONSO.—Pues verá usted..., sí. Hay un señor, malagueño por más señas, que me suele reñir bastante. En cambio, hay otro, madrileño este último, que me deja hacer todo lo que yo quiero.

TRANSEÚNTE.—Y qué, ¿son sus tutores?

ALFONSO.—Algo así. (Pasa a la pág. 53.)

—¿Dónde vas, Alfonso XII;
dónde vas, triste de ti?

—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.

—Tu Mercedes ya se ha muerto.
Muerta está, que yo la vi.
Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid...



"¡AQUI, RADIO ANDORRA!"



En el momento de la puesta de sol, vista de la emisora de RADIO ANDORRA (potencia de antena: 60.000 vatios), que, en onda de 300,60 metros, es escuchada todas las noches por decenas de miles de radiooyentes del territorio español.

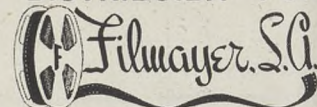


UNA PRODUCCION



LOS JUEVES, MILAGRO

DISTRIBUIDA POR



RICHARD BASEHART - JOSE ISBERT - PAOLO STOPPA - JUAN CALVO

Director: LUIS G. BERLANGA

PRODUCCION HISPANO-ITALIANA



El señor Areilza durante su discurso en el solemne acto de imposición de la cruz de Alfonso X el Sabio al obispo de El Paso y a su adjunto, monseñor Gaynor.

CONDECORACION ESPAÑOLA AL OBISPO DE EL PASO

Le fué impuesta por el embajador de España, señor Areilza

El embajador de España en Wáshington, señor Areilza, se trasladó recientemente a la ciudad de El Paso, en el Estado de Texas, donde impuso la cruz de Alfonso X el Sabio al obispo de la diócesis, monseñor Metzger, y a su adjunto, monseñor Gaynor, párroco de la iglesia de San Pío X, de El Paso, en un acto que revistió la mayor solemnidad. Estas condecoraciones les han sido concedidas por el Gobierno español en aprecio de su obra, altamente hispanófila, en la ciudad. El Paso del Norte fué fundado hace unos cuatro siglos por Juan de Oñate, y allí existen aún misiones franciscanas del Socorro de San Elizario, que constituyen un interesante núcleo en la historia de las tradiciones y hasta de las costumbres españolas en pleno territorio norteamericano. Fueron incontables y cordialísimas las atenciones dispensadas al embajador de España. Fué recibido en el aeropuerto por el alcalde, quien le presentó las llaves de la ciudad y le hizo entrega de un pergamino que lo declara «ilustre conquistador de la ciudad de El Paso, capital del Fabuloso Sur-Oeste»; después fué obsequiado con un almuerzo por las autoridades militares del Fuerte Bliss, donde fué acogido con los honores de ordenanza, revistió las tropas y tuvo ocasión de conversar con un grupo de oficiales españoles que se adiestran en aquel importante centro. Como dato curioso diremos que asistió a una ceremonia ofrecida por un grupo de indios tiguas, que le nombró su gobernador, cacique y adelantado honorario.

En el solemne acto de imposición de las condecoraciones españolas, en el que pronunciaron brillantes discursos el obispo Metzger, monseñor Gaynor y el alcalde de la ciudad, el señor Areilza glosó las tradiciones hispanas en Texas y, sobre todo, en la ciudad de El Paso del Norte, que, como su nombre indica, demuestra que la civilización cristiana entró en los Estados Unidos de sur a norte y no de norte a sur, como algunos pretenden, llevada por los españoles. El embajador subrayó la amistad entre España y los Estados Unidos y su unidad de acción en la lucha contra el comunismo.



Momento de la imposición de la condecoración española al obispo de El Paso, monseñor Metzger.

El cacique Tomás Granillo señala al señor Areilza con el distintivo de jefe de los indios tiguas.





CUANDO ruge la tormenta sobre las desoladas costas de Groenlandia oriental, y los torbellinos de nieve suben hacia el cielo, los esquimales se reúnen en sus pequeñas y mal ventiladas chozas para contar leyendas de antaño. Una de ellas habla de un famoso cazador que, volviendo desde la costa oeste de Groenlandia, donde las grandes montañas costeras impiden ver hacia el este, se alegró tanto al ver nacer el sol sobre el horizonte, que su corazón no pudo resistirlo. Es una extraña leyenda, sin duda, pero muy simbólica para los esqui-

males habitantes del este de Groenlandia, que llegaron allí en el siglo XIV, después de marchar cientos o posiblemente miles de generaciones desde un lejano lugar de Asia. Atravesaron el estrecho de Behring, siguieron la costa de Alaska y el Canadá y la cadena de extensas y desoladoras islas canadienses, hasta que divisaron la costa de Groenlandia a través del helado estrecho de Smith. Exploraron sus costas hacia el norte y hacia el sur hasta que llegaron a Groenlandia oriental; allí terminó su larga peregrinación. El mar, cubierto de témpanos, se extendía hacia el este, impidiendo que continuaran avanzando, y la tribu errante, de fuertes y diestros esquimales, había llegado, por fin, al término de su viaje.

Hallaron que Groenlandia oriental era un buen país para que ellos lo habitaran. La caza abundaba en tierra, sobre los hielos y el mar. La corriente polar les traía madera en grandes cantidades desde los bosques de Siberia. Allí encontraron todo lo que un esquimal deseaba y necesitaba para vivir su frugal vida.

La tribu aumentó en número, y, a juzgar por los restos de aldeas y chozas solitarias que se encuentran en ella, muchos esquimales deben de haber habitado la desolada pero hermosa costa este de Groenlandia, cazando focas, morsas y ballenas en las aguas costeras; renos, bisontes, liebres y aves en tierra.

Pero otros cazadores más efecti-

vos, los hombres blancos, con sus grandes barcos, despoblaban el océano de su fauna, cazando la enorme cantidad de ballenas y focas que una vez hubo entre Spitzbergen y Groenlandia oriental, exterminándolas por completo y dejando a los esquimales sin carne, pieles ni grasa.

Como consecuencia de esta despiadada competencia, vinieron tiempos muy duros para los esquimales, quienes no podían sobrevivir sin los mamíferos pobladores del océano. Antes de los tiempos históricos, ya ellos habían desaparecido de la costa oriental de Groenlandia, desde Scoresbysund hacia el norte, dejando tras de sí escrita su historia en forma de aldeas en ruinas, depósitos de carne y tumbas: triste cuadro en un país desolado. Y elocuente relato de lo que fuera una vez numerosa tribu.

Los esquimales que habitaban la costa sudeste de Groenlandia tuvieron mejor suerte, y cuando por primera vez fueron encontrados por los hombres blancos, en el año 1750, por una expedición danesa, eran tan numerosos, que se decía que los pobladores de una sola aldea eran capaces de comer una ballena entera en un solo día.

Pero las aldeas, en ruinas y abandonadas, contaban el mismo siniestro relato que las otras del lejano norte: el cenit de la tribu había pasado ya y ella disminuía rápidamente. Este triste destino se presentó claro a la siguiente expedición danesa, que en 1829 encontró solamente

581 esquimales viviendo en la costa, desde el cabo Farewell hasta aproximadamente 75° de latitud norte. En 1884 este puñado de gente se había reducido a 135 individuos.

Ese año, sin embargo, se descubrió un poco más hacia el norte, en Angmagssalik, el último grupo de los esquimales que primitivamente habitaban Groenlandia oriental. Eran 413 personas, cuya presencia se desconocía hasta el momento, y que estaban perdiendo la batalla por su propia existencia. El gran número de esquimales que en tiempos remotos habitaban la extensa costa este de Groenlandia se había reducido a sólo 548 individuos en total.

Esta última tribu descubierta había vivido por generaciones en el más completo aislamiento, con escaso o ningún conocimiento sobre la presencia de los otros esquimales que vivían al sur y al oeste. Ellos continuaban viviendo como sus antepasados, basándose a sí mismos en todo como en la Edad de Piedra, manteniendo escasamente una precaria existencia con lo poco que el mezquino y cruel país podía darles.

Gustav Holm, quien los descubrió, convivió con ellos durante un año, y a su regreso trajo el sombrío relato de la lucha de este puñado de hombres para sobrevivir.

Treinta o cuarenta años atrás la pesca había cesado y la reserva de focas disminuía de año en año en tal forma, que cada invierno la tribu enfrentaba la muerte por inanición.

LOS ESQUIMALES

DESDE LA EDAD DE PIEDRA HASTA LA ERA ATOMICA



Holm encontró que ésta era común y que los sobrevivientes muchas veces se veían obligados a alimentarse con los cadáveres para salvar sus propias vidas. Los niños recién nacidos, ancianos e inválidos eran abandonados en esas desoladas regiones cuando los que podían valerse por sus propios medios dejaban los viejos campos de caza en busca de alimento.

De acuerdo con la información recogida por Gustav Holm, parece ser que en los dos años anteriores a su llegada, alrededor del 16 por 100 de la población que vivía en Angmagssalik había muerto de hambre o de sus consecuencias directas.

Para cazar focas, morsas y osos sólo disponían de las antiguas armas de piedra. Aunque estaban fabricadas con mucha habilidad, los cazadores se veían obligados a luchar con los animales del océano casi cuerpo a cuerpo para poder matarlos, y generalmente sucumbían ellos; muchos jamás volvieron y sus familias murieron de inanición.

El Gobierno danés, al afirmar su soberanía sobre Groenlandia, no podía permitir que este puñado de esquimales, el último de una tribu tan diestra y fuerte, tuviera tan triste fin: la extinción total. Se dictó un conjunto de disposiciones y reglamentos para el manejo de la colonia, basados en la experiencia obtenida en los doscientos años de trabajo llevados a cabo para mejorar las condiciones de los esquimales de Groenlandia occidental, pero adaptados a

las modalidades de la primitiva población de Groenlandia oriental.

Las disposiciones principales establecían que la proveeduría controlada por el Gobierno debería vender solamente aquello que fuera absolutamente necesario para la nueva organización de los esquimales de Angmagssalik.

Se consideró necesario emplear los primitivos utensilios de la Edad de Piedra por toda clase de herramientas de hierro. Por ello se autorizó su venta a muy bajo precio, lo mismo que los utensilios de caza, rifles, municiones, etc. Al principio no se proveyó a los esquimales de cereales ni azúcar, los cuales, por supuesto, ellos no conocían, como tampoco tejidos y otras mercaderías importadas. La idea principal era que ellos continuaran viviendo como lo habían hecho hasta entonces, bastándose a sí mismos. Pero el director del establecimiento estaba autorizado para proveerles el alimento en caso de escasez, a fin de evitar la inanición y sus funestas consecuencias.

Por otra parte, a los nativos se les prohibía vender en la proveeduría todo aquello que fuera de vital importancia para su habitual manera de vivir; por ejemplo, grasa de ballena, necesaria para alumbrar y calentar sus chozas y utilizada también como alimento. Los cueros de foca sólo eran aceptados por el director cuando se aseguraba que el vendedor

FOTOGRAFIAS: KEYSTONE-NEMES





tenía bastantes para él y su familia, pues eran usados para hacer ropa, tiendas, «kayacks», etc. Los precios de las mercaderías los fijaba cada año el Departamento groenlandés, y, como eran muy bajos, generalmente por debajo del precio de costo, se entiende que el establecimiento no podía dar ganancia al Gobierno. Esto no tenía mayor importancia, pues el objetivo era salvar a los esquimales de Groenlandia oriental.

* * *

Como se ha dicho anteriormente, estaba prohibido vender a los esquimales productos tales como cereales, azúcar, textiles y, por supuesto, bebidas alcohólicas. Solamente en épocas de gran escasez podía el director darles harina de centeno, aunque estos períodos de necesidad eran cada vez más escasos, debido al uso de mejores equipos para la caza.

Lo que no podía evitarse era que, con el correr del tiempo, los nativos se acostumbraran—y desearan con anhelo—cereales y otras mercaderías. Las estrictas disposiciones dictadas al principio no podían—y no necesitaban—ser mantenidas largo tiempo. En 1910 las condiciones habían mejorado tanto, que se justificó una menor rigidez en la aplicación de las disposiciones referentes a la venta de las muy solicitadas mercaderías importadas. En 1916 se abolieron todas estas restricciones. Desde entonces los esquimales pudieron comprar toda clase de mercaderías importadas, salvo bebidas alcohólicas, pagándolas al contado o por trueque. Se prohibió terminantemente conceder créditos a los esquimales. Si se consideraba conveniente in-

ducir a los esquimales a participar en alguna ocupación en la cual no hubieran tenido interés hasta el momento, el almacén fijaba un alto precio de compra para los productos provenientes de esa ocupación. Por ejemplo, la pesca del tiburón.

Hay gran cantidad de tiburones en las aguas de la región y el hígado es de gran valor. Pero los cazadores no tenían interés en su pesca, la cual, pensaban, estaba por debajo de la dignidad de un esquimal; creían que era una ocupación adecuada para las mujeres, los niños o los ancianos que no podían ya salir a cazar.

Sin embargo, era de gran importancia para la comunidad tener los medios para aumentar sus ingresos. Se decidió entonces comenzar la pesca del tiburón, les gustara o no la idea a los cazadores.

Se almacenaron mercaderías muy buscadas en sitios cercanos adonde se suponía que existían muchos tiburones. Pero las mismas sólo podían ser adquiridas a cambio de hígados de tiburón. A los hombres les disgustaba la idea, pero transigieron, y actualmente la pesca del tiburón es muy importante en la región.

La demanda de mercadería importada aumenta año tras año; pero, desafortunadamente, el país ofrece posibilidades muy limitadas para el correspondiente y necesario aumento en las ganancias de los esquimales.

La ganancia media de un esquimal es muy pequeña. Pero a esta ganancia en efectivo se le debe agregar la ganancia indirecta proveniente de los productos naturales, como la carne y la grasa de foca (esta última no se puede vender en el almacén). A esta lista se puede agregar el oso, pescados y aves, que son la base real y natural de la existencia esquimal.

Pobres como son, los esquimales de Groenlandia oriental están probablemente en mejor situación que el promedio de las clases pobres europeas, ya que el valor en calorías de sus alimentos es indiscutiblemente muy superior al que come, en general, el obrero de Europa. Las ropas son aproximadamente iguales, pero los esquimales tienen siempre preparadas mudas de ropa para el invierno. Sus chozas son pequeñas e incómodas, pero casi todas las familias tienen una donde vivir. Son libres e independientes y pueden recorrer grandes extensiones de la costa a su placer; su existencia es bastante fácil y libre de cuidados, y sus necesidades para vivir son, afortunadamente, escasas.

Las nuevas generaciones se adaptan muy fácilmente al aprendizaje y práctica de los oficios. Los hijos de aquellas gentes que vivían como en la Edad de Piedra, hoy son herreros, mecánicos, carpinteros, etc. Algunos de ellos han aprendido el oficio bajo la dirección de maestros especializados, otros han seguido su aprendizaje normal en algunos de los talleres de Groenlandia occidental y unos pocos han recibido su instrucción técnica en Dinamarca.

Todos los trabajos usuales de la colonia son atendidos hoy por los esquimales, siendo algunos de ellos operarios muy capaces e inteligentes.

* * *

Ha sido muy difícil enseñarlos a ahorrar una pequeña parte de las sumas ganadas en los buenos períodos para usarlas en los días inciertos y difíciles que pudieran llegar.

Se usaron diferentes medios para

estimular el ahorro, pero con escaso éxito. Aunque era obligación del director indicar a los esquimales que ahorrasen en tiempos de abundancia, pasaron muchos años antes de que entendieran el porqué de este buen consejo.

La mayoría de ellos lo saben hoy en día. En 1938 se estableció un pequeño Banco de Ahorro en la colonia. El mismo paga un interés del 4 por 100 anual, y el hecho de que el dinero depositado aumente de alguna manera misteriosa, ayuda mucho a que los nativos utilicen cada vez más el Banco.

* * *

Otro adelanto, tan importante como el material, y que ha ido en constante progreso desde los lejanos días de la colonización, allá por 1894, es lo que llamaríamos el desarrollo «espiritual», aunque tal vez éstas sean palabras mayores. Este adelanto se ha realizado bajo la dirección del misionero y algunos maestros de Groenlandia occidental.

Fué una tarea muy difícil al principio, pues los esquimales tenían muy arraigado el dominante terror a los malos espíritus. En su lenguaje no había ninguna palabra que designara a un espíritu o un dios benevolente y misericordioso.

A pesar de ello, se aplicaron con gran voluntad a seguir hasta donde era humanamente posible las enseñanzas del misionero, que los instruía en la fe cristiana. La brutalidad de antaño para con los recién nacidos, ancianos, enfermos o inválidos casi cesó tan pronto como se hicieron cargo de la colonia el administrador y el (Pasa a la pág. 50.)



BANCO IBERICO

CAPITAL: 80.000.000 de pesetas
RESERVAS: 48.500.000 » »

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

CASA CENTRAL: MADRID - Avenida José Antonio, 18 - Teléfono 21 10 70 (8 líneas)
SUCURSAL EN BARCELONA - Avenida José Antonio, 629 - Teléfono 22 46 40 (5 líneas)

DIRECCION TELEGRAFICA: BANKIBER

(Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 1.965)



STUDIO VICENS



CALVO



CALVO



STUDIO VICENS



EDO MOSQUERA

"**M**OROS y Cristianos» de Alcoy es una fiesta única: única por su antigüedad de casi siete siglos, única por su colorido y brillantez excepcionales, única, en fin, por ser la encarnación genial del alma y del corazón de todo un pueblo. La fiesta, que todos los abrilés aflora del subsuelo lírico de Alcoy como los restos del naufragio de una época sumergida, levanta sus mejores banderines a los aires de la primavera, año tras año, en una constante afirmación de un pasado de gloria, pasado que no es agonizante crepúsculo ni lúgubre poniente, sino

trampolín de fe y optimismo vertido hacia la aurora. Porque Alcoy—a diferencia de otras ciudades históricas—no se ha petrificado en el pasado; cargado con el bagaje de una historia excepcional, ha sabido seguir el ritmo del tiempo y llegar a su actual perfil de ciudad moderna—industrial, comercial, de tono apresurado e intensa vida—que clava su noble ambición en la diana del futuro.

LA HISTORIA EN LA FIESTA

La fiesta de «Moros y Cristianos» es un bello poema épico de la «enor-

MOROS Y CRISTIANOS DE ALCOY

UNA FIESTA SIETE VECES SECULAR

Por JOSE ANTONIO DE CORTAZAR



STUDIO VICENS

Ultima fase del victorioso asalto de los moros al castillo. Ya la ciudad se ha vestido de pólvora. Pero a la tarde triunfará la cruz en las almenas.

La noche se ha arrojado sobre la ciudad y se van apagando las llamaradas de las últimas descargas. De pronto, el milagro: surge San Jorge vencedor.

CALVO



STUDIO VICENS

Por la calle de San Nicolás inician su marcha las comparsas moras, acribillando los aires con los estampidos de sus largas espingardas tragicómicas.



STUDIO VICENS

La fiesta de «Moros y Cristianos» es un bello poema épico de la Edad Media, que recoge la última sublevación mora contra Don Jaime el Conquistador.

me y delicada» Edad Media. Recoge en líneas generales la historia de la última sublevación de los moros contra Don Jaime el Conquistador. En 1276, el jefe moro Aladrach, vencido por las huestes de Don Jaime en la conquista del reino de Valencia, sublevó gran parte de la actual provincia de Alicante contra los cristianos y en el mes de abril atacó a Alcoy. Los alcoyanos, que estaban totalmente desarmados, se encontraban en el momento en que el caudillo moro asaltaba los muros de la plaza oyendo misa en la iglesia. Al ser avisados del ataque, después de encomendarse a San Jorge, y guiados por el sacerdote que celebraba la misa, mosén Torregrosa, atacaron valientemente a los moros, y con armas improvisadas, en terrible cuerpo a cuerpo, a pesar de su inferioridad numérica, lograron rechazar a las huestes de Aladrach. Cuando más recia era la pelea, cuenta la tradición, apareció sobre los muros de Alcoy San Jorge a la jineta—como Santiago en Clavijo—y acometió irresistiblemente a la morisma invasora.

LOS ELEMENTOS DE LA FIESTA

Las comparsas.—Constituyen el elemento humano en las fiestas. Son las diversas agrupaciones.



HERNANDEZ OLCINO

que, con trajes medievales—unas de moros y otras de cristianos—, rememoran a las diferentes mesnadas que intervinieron en la lucha de 1276. Pero la comparsa no es sólo una organización que desfila y participa en las fiestas de manera directa, sino también una hermandad—los hijos suceden a los padres en cada comparsa como tradición inmemorial—, que durante todo el año conserva sus lazos de amistad y camaradería entre las diversas clases sociales que la constituyen. La comparsa es, pues, una magnífica realidad de convivencia social. A punto de honor y gala de gloria se tiene entre las comparsas, en noble emulación, distinguirse en obras sociales y en espíritu benéfico. Cada comparsa tiene un domicilio propio, en el cual durante todo el año se reúnen sus miembros con litúrgica puntualidad.

En la actualidad las comparsas son 25: 13 de moros y 12 de cristianos. Las jerarquías de las comparsas son: el primer tró (es decir, el que dispara el primer tiro) y el último tró. Las comparsas de moros, vestidos a la usanza medieval musulímica, con riquísimos trajes, en los que predominan el amarillo y el verde del Profeta—cada comparsa tiene su uniforme—, reciben estos nombres: Abencerajes, Berberiscos, Córdón, Chanos, Domingo Miques, Judíos, Lana, Ligeros, Magenta, Marrakés, Mudéjares, Realistas y Verdes. Las de los cristianos—lo mismo que las moras, cada comparsa lleva un uniforme diferente de guerreros cristianos—son: Andaluces, Astures, Asturianos, Cides, Cruzados, Guzmanes, Labradores, Montañeses, Mozárabes, Navarros, Tomasinas Viejas y Vascos.

La música.—La música festera, constituida por pasodobles y marchas moras de antiquísima tradición, es uno de los elementos esenciales de la fiesta. Alcoy en fiestas es, ante todo y sobre todo, color y melodía. Músicas soterradas que suben del subsuelo entrañable de la ciudad se filtran a través de los siglos con una voz imborrable, como un eco lírico de romances sin nombres y de cadencias nostálgicas. La música palpita en la sangre de los «festeros» de ayer, de hoy y de siempre como los eslabones de una cadena que los enlaza con el pasado y los ancla en el futuro. Una música dulce y alegre a la vez, suave y rítmica, llena todos los aires primaverales de Alcoy, como surgida de los profundos senos de los hontanares del recuerdo.

El color.—Cuando los moros y los cristianos desfilan en el cortejo multicolor de sus clásicas «entradas», la calle de San Nicolás es un gigantesco bergantín empavesado al viento con los mil colores de la alegre y audaz comparsa. (Pasa a la pág. 51.)

La fiesta, que todos los abriles aflora del subsuelo lírico de Alcoy, es única por su antigüedad de siete siglos, por su colorido y brillantez excepcionales.

La fiesta se transforma en una batalla metafísica entre el bien y el mal. Es casi un auto sacramental con un fondo de terribles estampidos de fusiles.

STUDIO VICENS



LOS GAUCHOS

O EL TRABAJO COMO DEPORTE

Por HOMERO M. GUGLIELMINI - FOTOGRAFÍAS: ARMANDO MAZZA



*Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!,
tanto gaucho pialador
y tironiador sin yel
—¡ah tiempo!—, pero sin él
se ha visto tanto primor.
Aquello no era trabajo,
más bien era una junción.*

Estos versos del canto II de *El gaucho Martín Fierro* definen el sentido que en el ánimo y la experiencia de aquellos rústicos de la Pampa asumía la diaria faena. Una «función» era el trabajo para esos pastores recios y ejercitados; vale decir una fiesta, un deporte, una exultación. El vocablo está tomado allí en la

significación que le es grata al paisano cuando se trata de ponderar las excelencias de un espectáculo, demostración o alarde. El contexto de los versos transcritos subraya su alcance preciso. El rapsoda criollo, ahora decaído y castigado, al narrar a su auditorio la innumerable cadena de sus tribulaciones, comienza evocando los tiempos dichosos:

*Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
—y sus hijos y mujer—.
Era una delicia ver
cómo pasaba sus días.*

Situación patética la del cantor, que en pe-

rfrasis dantesca rememora el tiempo feliz desde la desgracia.

Con hesiódica prolijidad, el poeta enumera los varios «trabajos» de la jornada, anotando, entre tanto:

*Y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.*

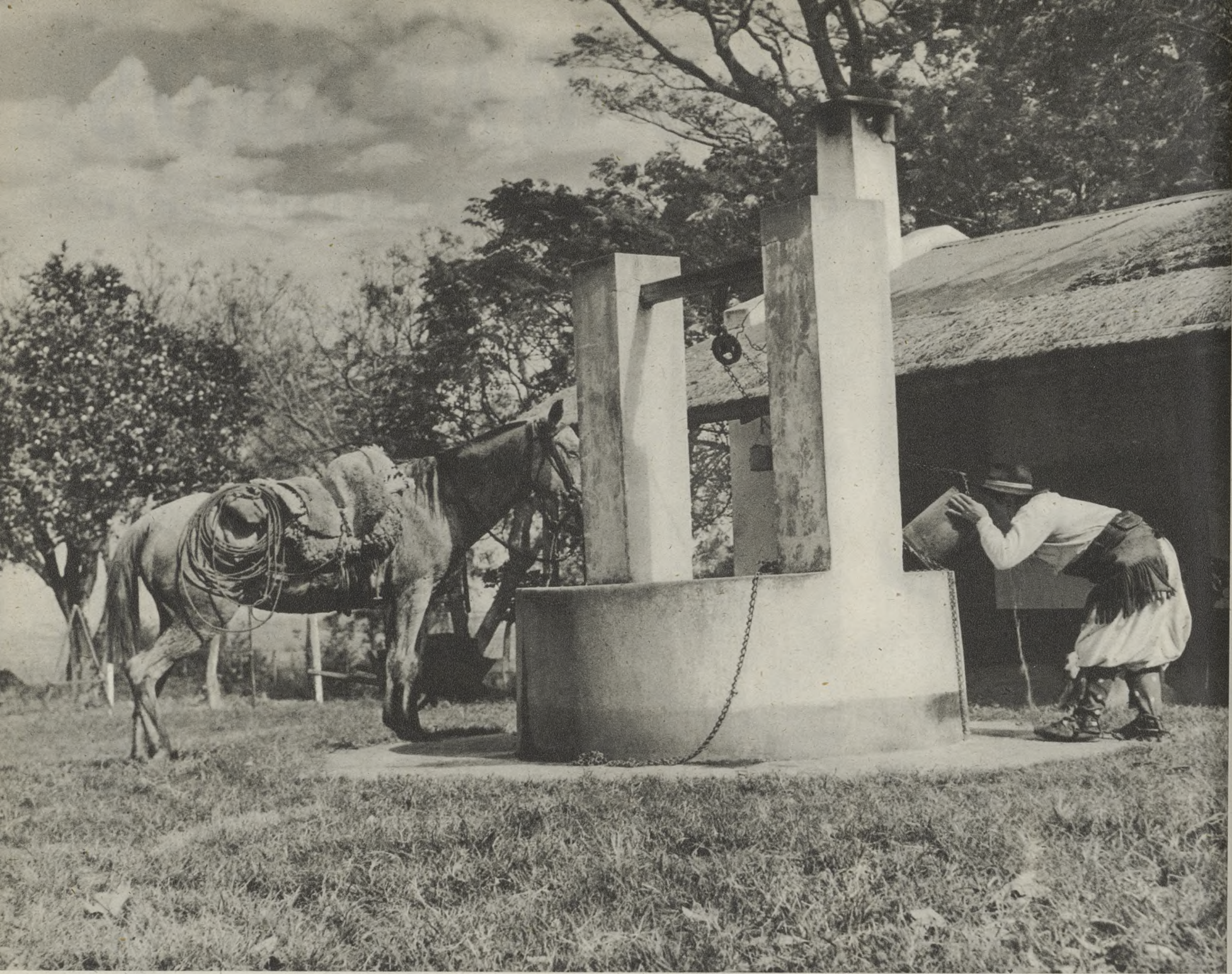
*Para empezar al día siguiente
las faenas del día anterior.*

Así, pues, aquello no era trabajo: era mejor «entretenimiento», diversión.

En la actualidad esta noción del trabajo entendido como juego o esparcimiento puede pa-

recernos extraña, y en todo caso se nos ocurre realmente anacrónica. Nuestra época, o por lo menos la «masa» que habita nuestra época, ha colocado el valor económico productor de bienes materiales en la cima de la esfera de los valores. El trabajo, por lo tanto, resulta ser la actividad más apreciada, la ocupación más venerada. Pero hubo épocas, algunas de ellas por cierto más dilatadas y universales que la nuestra (hasta donde podemos medirlo ahora desde nuestra posición), en las que no fué el trabajo la actividad más apreciada, ni siquiera la más retribuida, épocas en que el hombre ejerció preferentemente la caza, el juego, el estudio, la sabiduría o la mera y simple contemplación.





Max Scheller intentó, con todo éxito a mi modo de ver, una estimativa según la cual los bienes no adquiridos por el trabajo, sino los inherentes a la persona misma, que le pertenecen por una especie de gracia, y que, por lo tanto, no pueden comprarse, ni fabricarse, ni transferirse, son los más altos y dignos de admiración, aun desde un juicio ético severo. Así son la belleza, la inteligencia natural, la bondad de alma, el coraje personal, etc.

Volvamos ahora a la modesta esfera de nuestro gaucho. Los testimonios indiscutibles que hemos conservado acerca de su edad dorada, a la que se refiere José Hernández en el canto citado, nos prueban el sentido deportivo que el gaucho infundía a sus quehaceres pastoriles.

Aun en estos días de predio alambrado y tractor mecánico, ya tan distante aquella época ecuestre de faena a campo abierto y a lomo de caballo, nos es dado sorprender al paisano criollo, en circunstancias excepcionales, repitiendo la actitud ancestral de sus abuelos, deportiva y festiva, ante el compromiso rutinario de la tarea pecuaria. Las operaciones de la recogida, del aparte y del rodeo, aun cuando aplicadas a la mansedumbre de las actuales haciendas apacibles, suelen encender el viejo espíritu de emulación y competencia entre los jinetes, que se exceden superflua-mente en la empresa por mero afán de lujo y ostentación. Y se trata de pialar o bolear, en algunas estancias a trasmano de las rutas trilladas, a su juego lo llaman, diríase, y es de ver el gusto con que se entrega el peón a una actividad que mejor puede definirse como esparcimiento cinagético que como trabajo propiamente dicho.

Después de barajar las innumerables y contradictorias definiciones que se han ensayado



sobre la incierta y vaga entidad llamada «gaucho», hemos caído en la cuenta de que la única valedera es la que describe al personaje en función de su actividad. Ningún concepto racial ni de ubicación social o política aciertan a definirlo cabalmente. Pero, eso sí, su consagración exclusiva al trato con las haciendas chúcaras y cerriles desde el caballo, perfila su estampa esencial en un denominador común, cualquiera que sea el color de su tez, su localización regional o su *status* social o político.

Y para el paisano criollo la «función» pastoral era un deporte, una competencia; su faena, un juego—generalmente peligroso—, y en ciertas ocasiones culminantes, como la yerra, una fiesta dionisiaca con palestra y baile, con enorme concurso de gente—todos los gauchos del pago—, lujo de atavíos y chapeados, y, si era menester, pendencia y sangre como condigno remate trágico.

El gaucho primitivo se formó y fué acuñando su personalidad clásica en las antiguas vaquerías, o sea, el libre ejercicio en campo abierto del faenamiento de las haciendas cimarronas sin dueño, que andaban sueltas a la buena de Dios en vacajes inmensos y ariscos. Bravo empeño deportivo, que requería vaquía, actitud ecuestre sin par, intrepidez a toda prueba. De aquel bandidaje surgió el cuatrismo, delito típico argentino. A esos remotos antecesores se los llamó «gauderos», voz de la que provino, presumiblemente, el nombre corriente de «gaucho». Advuértase la connotación festiva y jocunda del viejo vocablo.

El inglés MacCann, que visitó el país en los tiempos de Rosas y publicó un libro sobre su viaje, anotaba: «He podido observar que todos los criollos nacidos o criados en el campo, ignorantes de la vida y hábitos de la





ciudad, muy raramente sienten inclinación por ningún otro trabajo que no se relacionase directamente con los caballos y las vacas. La única ambición de los paisanos es la de ser buenos jinetes.»

El desdén por la actividad agrícola fué inveterado en el criollo, acaso porque ella implica trabajo rutinario y disciplina sistemática, y aun subsiste entre mucha gente de campo tradicional. Ese desprecio se extendió a cualquier tarea que tuviera algo que ver con la tierra. Abrir zanjias, cosa muy necesaria en aquellos tiempos sin alambradas ni cercos ni canales, era menester reservado a los «gringos». Por eso nos habla Martín Fierro con retintín de «un inglés zanjador» (muchos irlandeses eran zanjeadores). Y, sin embargo, tales oficios reeditaban pingües salarios, que el gaucho rechazaba, porque no concebía ninguna actividad que no fuera a caballo. Forma parte de ese complejo la resistencia del paisano a montar en yegua. Se expresaba en todo ello un concepto de la varonía arraigado en el sentimiento deportivo, en el valor supremo otorgado al coraje y al riesgo, en una noción de la vida máscula centrada en el equino y en la brega con la hacienda chúcar.

Veamos otro testimonio, y esta vez de un ilustre español. Se remonta a 1801, y se trata de un párrafo de Félix de Azara en su *Memoria rural del Río de la Plata*: «¿Puede darse ocupación tan agradable y análoga al capricho, estado y gusto de estas gentes, cuyo encanto es estar siempre a caballo y correr tras de los toros?»

E. E. Vidal, el autor de los famosos grabados del Buenos Aires de 1820, nos dice, por su parte, al describir la «Estancia de San Pedro»: «Sienten los gauchos una gran antipatía por cualquier ocupación que no pueden desempeñar a caballo. Todo lo que hacen es hecho a caballo. Casi podría jurarse que el caballo y el jinete forman un solo cuerpo.»

La actividad ecuestre y pastoril selló con impronta indeleble la fisonomía argentina desde la Conquista hasta el período de la Gran Inmigración, el otro acontecimiento liminar de nuestra historia, el último *turning point* en la economía, la sociabilidad y las costumbres del país. Hubo una Edad del Cuero, una historia hecha a caballo. Durante ese largo período, el trabajo en el campo era juego.

José Hernández e Hilario Ascasubi, entre otros poetas y payadores de parecida extracción, veían la cosa por dentro, la vivían. Pero dos grandes escritores de lengua inglesa, uno de ellos argentino de nacimiento, la contemplaron y saborearon estéticamente: Cunningham Graham y Guillermo Hudson.

El primero, hombre de a caballo si los hubo, sintió la hazaña gaucha con un espíritu y un *humour* en cierto modo deportivamente británico. Con Hudson, el naturalista y el poeta, se consumó la apreciación estética de la Pampa, el «piso verde del mundo», donde galopaban caballos y se movilizaban ingentes rebaños.

La voz gruñona de nuestro Sarmiento decía en *Facundo*, no sin cierta recóndita nostalgia: «Las atenciones que el ganado exige se reducen a correrías y partidas de placer. La hieira, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transporte de júbilo; allí es el punto de reunión de todos los hombres de 20 leguas a la redonda; allí la ostentación de la increíble destreza del lazo. El gaucho llega a la hierra al paso lento y mesurado de su mejor parejero, que tiene a distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad del rayo a cuarenta pasos de distancia; lo ha cogido de una

uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a arrollar su cuerda.»

En algunas apartadas estancias es fácil asistir hoy todavía a la boleada de los avestruces, deporte favorito de los antiguos «choiqueros». La boleada, ya sea con las «ñanduceras», para capturar avestruces o venado menor, o con las «bagualeras», destinadas a los yeguarizos y otros animales de gran porte, era una habilidad que indistintamente se aplicaba al trabajo, la caza y la diversión. En realidad, las tres cosas iban juntas, y ésta es una instancia demostrativa de que el trabajo por sí mismo no se destacaba claramente en carácter de una actividad autónoma con valores propios definidos, separada del resto de la existencia humana, tal como lo concebimos actualmente.

Casi todos los juegos del paisano criollo estaban determinados y modelados por su ocupación ecuestre y pastoril. En realidad, sus juegos prolongaban su comportamiento en el trabajo. Para decirlo mejor, el juego podía revertirse a trabajo, y viceversa. Como que en el fondo ambas cosas—juego y trabajo—eran una y la misma. Tales la cinchada, la carrera a costilla, el rayar y el vistear, la maroma, la corrida de sortija, la taba, el pato...

Lo mismo puede afirmarse de los viejos suplicios, cuyo repertorio no es más corto que el de los juegos. Desde el degüello hasta el enchalecamiento y el cepo, ellos fueron puestos en práctica en las guerras civiles, en la lucha con el indio y en la vida fortinera, y son la versión, proyectada a la escatología, de los modos y habilidades de la actividad pastoril.

Una singular especie poética, la «refalosa», surgió del degüello y le sirvió de acompañamiento.

Este sentimiento de la ocupación campestre, como una actividad libérrima, individualísima y deportiva, es una de las notas definitorias, a mi juicio, de la imagen clásica del gaucho.

HOMERO M. GUGLIELMINI

España ha creado un instrumento eficaz para regular la emigración

62.000 españoles fijaron su residencia en América en 1956

En noviembre de 1956, cuando casi todos los países del mundo se prestaban a dispensar acogida a los 170.000 húngaros que huían de su país, don Alberto Martín Artaño, entonces ministro de Asuntos Exteriores, explicaba en la tribuna de las Naciones Unidas que España estaba presta a hacer cualquier sacrificio, pero que consideraba que era preferible que se nos entregara, para su cuidado y protección, a los niños. Con leal sinceridad explicó las razones: España es un país donde existe todavía una gran corriente de emigración...

En otras palabras, era más difícil para España encontrarles trabajo a unos millares de hombres que paz y esperanza a los niños en los hogares españoles. No era la primera vez que se recibían, por otra parte, a millares.

España crece en trescientas mil personas anuales. Es la onda demográfica de su existencia. Ahora bien, que un pueblo como España tenga entre una de sus misiones la emigración, no debe entristecernos demasiado. Hay pueblos—ha dicho un escritor español al hablar de algunas dramáticas áreas de Europa—que parecen haber nacido para que otros pueblos pasen por ellos. En el caso de España se podría decir que tiene el deber de mantener, con su sangre y su presencia, una cardinal inclinación histórica: el Descubrimiento. Como éste, hoy, no es practicable, debe caber a las emigraciones españolas que se inclinen por América colaborar, con sencillez, con cariño y con lealtad absoluta, al engrandecimiento e independencia de aquellos países nacidos de un mismo tronco común.

Tampoco, no obstante, las emigraciones pueden ser como lo fueron antes. Se necesita otro sistema, otras luces, otro universo de conocimientos. Por esa razón, el 17 de julio de 1956 se fundó el Instituto Español de Emigración.

CARACTERÍSTICAS DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE EMIGRACION

Las funciones del Instituto, a la vez simples y complicadas, caben en este sencillo razonamiento: información y distribución.

Informará el Instituto sobre todas las materias que tienen relación con la emigración en sí, pero dedicará gran parte de su trabajo a dar a conocer y sistematizar las condiciones y posibilidades inmigratorias de los distintos países.

Otra de sus funciones recaerá sobre un aspecto fundamental de la emigración, es decir, siempre y cuando se trate de la organización y ordenamiento de una emigración colectiva. Este es, pues, un asunto concreto e importante, porque en muchas ocasiones, previos acuerdos con los Estados, surge la po-

sibilidad de ampliar la cuota de la inmigración normal, o se trata, simplemente, de un hecho excepcional. Séase uno u otro caso, se precisa el instrumento adecuado que delimite funciones y que elija, de una manera correcta, el más

alto porcentaje idóneo de los contingentes.

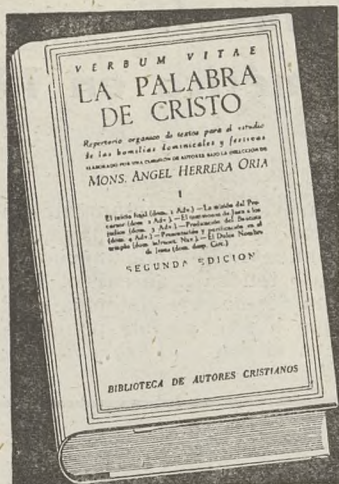
A las razones de puro procedimiento se unen otras de no menor alcance. La emigración, no sólo en España, sino en el resto del mundo, se ha convertido en intercam-

bio—así es exactamente—de medios de cultura humana, de conocimiento. Por ello mismo el Instituto tendrá a su cargo, de la misma forma, los sistemas crediticios que hagan posible poner en marcha el con- (Pasa a la pág. 49.)



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

LA PALABRA DE CRISTO



Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilias dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga.

Indispensable para la predicación, la meditación y el estudio del Evangelio.

ACUERDO DEL CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
EN SU ULTIMA REUNION DE BOGOTA:

«El Consejo Episcopal Latinoamericano recomienda al Venerable Clero secular y regular de la América latina el libro LA PALABRA DE CRISTO, como manual el más moderno y completo de predicación.»

ESTRUCTURA DE LA OBRA

Todos los textos para preparación de cada homilía están ordenados siguiendo un plan uniforme, que facilita su rápida utilización.

Índice para cada homilía:

Sección I: Textos sagrados.

1) Epístola. 2) Evangelio. 3) Textos concordantes.

Sección II: Comentarios generales.

1) Situación litúrgica. 2) Apuntes exegético-morales: a) Epístola. b) Evangelio.

Sección III: Santos Padres.

Los textos de los Santos Padres, seleccionados, van precedidos de unas líneas que explican la idea fundamental desarrollada.

Sección IV: Teólogos.

Esta sección está elaborada, con los mismos criterios que la de los Santos Padres.

Sección V: Autores varios.

Especialmente los grandes maestros de la ascética y la mística.

Sección VI: Textos pontificios.

Se transcriben los de más directa y actual aplicación al texto evangélico.

Sección VII: Miscelánea histórica y literaria.

Comentarios diversos, textos literarios, hechos históricos, anecdotario, etc.

Sección VIII: Guiones homiléticos.

No son sermones preparados, sino guiones esquemáticos de ideas. En cada dominica son 20 los que figuran, clasificados en cuatro series: 1) litúrgicos; 2) sobre la Epístola; 3) sobre el Evangelio, y 4) de actualidad social.

Cada tomo contiene, además, un índice completísimo de ideas.

Obra ingente, utilísima y de fácil manejo, que aborda los problemas del mundo actual a la luz del Evangelio.

Verdadero vademécum de la sabiduría y la espiritualidad cristiana.

INDICE DE LOS DIEZ VOLUMENES

Tomo I. ADVIENTO Y NAVIDAD: *El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y Purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 972 págs. (BAC 97).

Tomo II. EPIFANÍA A CUARESMA: *La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la Pasión y el ciego de Jericó.* 1315 págs. (BAC 119).

Tomo III. CUARESMA Y TIEMPO DE PASIÓN: *Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén.* 1248 págs. (BAC 123).

Tomo IV. CICLO PASCUAL: *La resurrección del Señor. «¡Señor mío y Dios mío!» El Buen Pastor. «Vuestra tristeza se volverá en gozo.» La promesa del Paráclito. «Pedid y recibiréis.» Persecución y martirio.* 1299 págs. (BAC 129).

Tomo V. PENTECOSTÉS (1.º): *La venida del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad. «Sed misericordiosos.» La gran cena. La oveja perdida. La pesca milagrosa.* 1124 págs. (BAC 133).

Tomo VI. PENTECOSTÉS (2.º): *Reconciliación fraterna. Segunda multiplicación de los panes. Lobos con piel de oveja. El mayordomo infiel. Llanto sobre Jerusalén. El fariseo y el publicano. El sordomudo.* 1325 págs. (BAC 138).

Tomo VII. PENTECOSTÉS (3.º): *El buen samaritano. Los diez leprosos. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» Resurrección del hijo de la viuda. La curación del hidrópico. El más grande y primer mandamiento. El paralítico de Cafarnaúm.* 1268 págs. (BAC 140).

Tomo VIII. PENTECOSTÉS (4.º): *La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo.* 1400 págs. (BAC 107).

Tomo IX: Fiestas (en preparación).

Tomo X. Fiestas e índices generales de toda la obra (en preparación).

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DEL MUNDO

OBSEQUIE CON LIBROS DE LA "BAC" EN PIEL

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - Alfonso X', 4 - MADRID

España ha creado un instrumento eficaz para regular la emigración

(Viene de la pág. 47.) tingente emigratorio aparte de dotarle de los utensilios de trabajo indispensables para su futura tarea.

CONVERSACION CON EL DIRECTOR DEL INSTITUTO

Con motivo de un próximo viaje que ha de realizar don Carlos María Rodríguez de Valcárcel, director del Instituto de Emigración, ha concedido una entrevista a MUNDO HISPÁNICO. Algunas de sus respuestas merecen especial atención. Sobre todo aquellas que sirven para dar muestra del enorme cambio que se ha producido con relación al emigrante.

—Nuestro propósito principal —dice— es ordenar el movimiento emigratorio de una manera conforme a las exigencias de nuestro tiempo. Para ello se precisa una acción unitaria sobre todo el conjunto, ya que, en el fondo, es necesario sistematizar la empresa y hacerla acorde con los dos países. En otras palabras, no sólo queremos que la emigración tenga la altura necesaria para que sea perfectamente valorada, sino que, por supuesto, suponga el acierto en dos direcciones: que proporcione trabajo y prosperidad a los emigrantes y promueva, al tiempo, nuevos cauces de utilidad y progreso en las naciones que los acojan.

Una de las grandes preocupaciones del Instituto queda, por tanto, bajo el ideal de la preparación del emigrante.

—Hay que realizar una política incesante de previsión y protección que oriente la capacidad técnica y profesional del emigrante, para situarle, de una manera rápida y certera, en contacto con las necesidades de las naciones abiertas a la emigración española.

Un tema interesante es el del ahorro y el de la protección a las familias que quedan en España. ¿Se pretende algo en ese terreno?

—El Instituto no se conforma sólo con fomentar y atender la ocupación de las personas, sino que quiere orientar al capital en sus inversiones. La organización del crédito al emigrante, el encaminamiento del ahorro, la protección a los planes de reagrupación familiar y la asistencia a las familias que quedan en España son hoy preocupaciones primordiales del Instituto. A ellas podríamos

añadir aquellas comprendidas en la suscripción de convenios internacionales, vigilancia de los viajes de emigrantes, y, como es natural y adecuado para proteger al resto, persecución de la emigración clandestina.

La conversación tiene muchas facetas interesantes y nuevas. No se trata sólo de si es mucha o poca la emigración española, sino de su orientación hacia nuevos horizontes.

—Ahora se pretende con mayor fuerza planificar de forma más racional las emigraciones. No se precisa hacer alarde de ninguno, porque el exceso demográfico no es alarmante. Lo que sí se está estudiando con interés es la posibilidad de abrir nuevas rutas de emigración, que vendrían a añadirse a las tradicionales. Pensamos, naturalmente, en Australia y Canadá, pero también en otros países africanos.

España no es el único país de emigración en Europa. El de mayor número de emigrantes es Italia. El director del Instituto explica ahora las relaciones que existen entre los dos países.

—En Italia he encontrado durante mi último viaje toda clase de colaboraciones oficiales, incluidos los Ministerios y el Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, al que también, como es sabido, pertenece España. Muy en breve también entraremos en contacto con Holanda, que, aunque su cuota de emigración es muy baja, posee una organización magnífica en este sentido.

El viaje a Hispanoamérica de un español es siempre un viaje importante. En el caso del director del Instituto de Emigración, mucho más aún.

—Mi propósito sería visitar el Brasil, donde vive un gran número de españoles, pero por necesidades del Instituto me veré obligado a limitar mi visita, probablemente, a tres o cuatro países, seguramente la República Dominicana, Colombia y Venezuela.

Será, pues, importante, su presencia en Hispanoamérica, donde, por razones al alcance de todos, crece, unida a los países del otro lado del Atlántico, la voluntad, semilla y tradición de mucha y considerable parte de la emigración española.



En el corazón de España..., Madrid
En el corazón de Madrid...

CAFETERIAS California

M A D R I D



SAN SEBASTIAN

¡Preferidas por nuestros
amigos de América!

Desde el desayuno a la cena ligera...,
en un grato ambiente cosmopolita



Servicio desde las ocho de la mañana
hasta medianoche



Salud, 21
Plaza del Callao, 7
Avenida de José Antonio, 49
Marqués de Valdeiglesias, 6
Goya, 21



Hotel MADRID

EL MAS TIPICO DE SEVILLA

SELECTO SERVICIO DE RESTAURANTE
BAR AMERICANO
BANQUETES • BODAS • FIESTAS

BARCELONA



AVENIDA PALACE

Dirección telegráfica: AVENIDOTEL
Teléfono 22 64 40

AVENIDA DE JOSE ANTONIO
PASEO DE GRACIA

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno centro de la Ciudad Condal

250 habitaciones con baño, ducha y radio
Aire acondicionado

Servicio de cocina a la gran carta



HOTEL ORIENTE

Dirección telegráfica: ORIENTOTEL
Teléfono 21 41 51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros del puerto

200 habitaciones con baño y máximo confort

EL CORTIJO

(TEMPORADA DE VERANO)

Restaurante-Jardín y Salón de Fiestas

Instalación puramente andaluza, en el mejor emplazamiento de la ciudad

Espectáculo típico español e internacional



TARRAGONA

HOTEL EUROPA

ALEGRIA Y FRESCOR EN VERANO · REPOSO Y TIBIEZA EN INVIERNO
BIENESTAR TODO EL AÑO

LE BRINDA EL



HOSTAL DE LA GAVINA
S'AGARÓ

EL HOTEL DE LUJO DE LA COSTA BRAVA
YACHTING · TENNIS · BAÑOS · PATINAJE · PESCA SUBMARINA

CERVERA, un pueblo...

(Viene de la pág. 17.) Magdalena, en cuyos labios ponen los autores alguno de los fragmentos más literarios de la obra. Las tres señoritas que han representado primeramente este papel se han hecho monjas. Entre otros personajes han surgido también vocaciones religiosas. Es que realmente, como al principio dijimos, la Pasión de Cervera vale por el mejor sermón y por la mejor procesión de Semana Santa.

DETALLES DE LA REPRESENTACION

La obra en sí consta de treinta y seis cuadros, diecinueve de ellos representados por la mañana. Comienza con la tempestad en el lago de Genezaret y termina con la resurrección del Señor, pasando por las tentaciones en el desierto, la Samaritana, la Magdalena, la resurrección de Lázaro, el centurión, los mercaderes del templo, el Domingo de Ramos y todos los episodios de la Pasión propiamente dicha. Los autores introducen de su cosecha breves momentos líricos o cómicos de veta popular, pero el conjunto de la obra sigue fielmente los textos evangélicos. La Santa Cena, la muerte de Judas y la Resurrección dan ocasión a buenos juegos de luces y tramoya. Hay incluso un pequeño ballet de demonios, con luz negra, para recibir el alma del traidor. Una discreta música subraya las escenas. La flagelación y la crucifixión se representan con un discreto verismo, que soslaya los peligros más obvios con verdadera eficacia.

El texto y su representación cuentan, por supuesto, con la aprobación de las autoridades eclesiásticas, que

asisten siempre a la función y la bendicen cada año. Desde un punto de vista lingüístico, no deja de tener interés el hecho de que representen en castellano este drama sagrado tantas personas que en su vida diaria hablan corrientemente el catalán. En honor a la verdad, lo hacen de una manera correctísima. El acento que subraya sabrosamente sus palabras no es menos grato que el tonillo de los aragoneses o el seseo de los andaluces e hispanoamericanos. La lengua española es la mejor para hablar con Dios, según dicen que dijo Carlos V, y es bella en boca de todos los hispánicos.

BELLEZAS DE LA CIUDAD

Alrededor de su teatro y de su «misterio», la ciudad de Cervera tiende un prestigioso escenario de historia y de arte. Fué durante la Edad Media uno de los mejores castillos del rey de Aragón, y aun guarda restos de sus murallas y las callejuelas de su barrio judío. Se adorna con una bellísima iglesia gótica, con un Ayuntamiento barroco y con un soberbio edificio neoclásico, que fué Universidad por obra y gracia de Felipe V y se honró con los estudios del genial Jaime Balme.

Pero lo mejor de Cervera es su pueblo, sus vecinos laboriosos y románticos, como suelen serlo los catalanes, capaces de trabajar todo el año en los campos de la Segarra—haciendo verdad aquello de que «el catalán de las piedras saca el pan»—y de emocionarse todos los domingos de la Cuaresma representando ellos mismos, para su propia devoción, la vida y la muerte del Redentor del mundo.

LOS ESQUIMALES

(Viene de la pág. 36.) misionero. Así sucedió con el asesinato y con el terror a los espíritus malignos, que van desapareciendo paulatinamente.

En 1900, unos pocos nativos habían adelantado tanto en su instrucción religiosa, que el misionero juzgó oportuno bautizarlos. Poco a poco aumentó su número, y en 1922 fué bautizado el último de los pananos.

Ellos acuden con regularidad a la iglesia y asisten a todos los servicios religiosos que pueden. También hacen lo humanamente posible por seguir el credo de la fe cristiana.

A su llegada el misionero estableció una escuela en la región, empezando con aquellos que manifestaron el deseo de ser bautizados. En 1906 comenzaron con regularidad las clases para todos los niños, y luego de poco tiempo se hizo obligatoria la asistencia de todos los niños entre seis y catorce años de edad, asistencia que, por supuesto, tendría la regularidad que les permitiera la errante vida de los padres. Al comienzo los maestros vinieron desde Groenlandia occidental, de cuyo seminario habían regresado. Más tarde se consideró conveniente preparar para maestros a algunos jóvenes destacados de Anamaassalik. En 1935 se fundó la escuela destinada a este fin.

En la actualidad hay nueve escuelas en la región, y la gran mayoría de los individuos entre doce y cuarenta años de edad pueden leer y escribir bastante bien, hacer cuentas y tienen nociones de geografía e historia. Se enseña algo de danés en las escuelas, y un cierto número de esquimales, especialmente aquellos que trabajan en la sección principal de la colonia, lo hablan bastante bien y ocupan puestos de importancia bajo la supervisión del director.

Antiguamente la existencia de los ancianos era muy dura, pero en la

actualidad son cuidados en un «Hogar para Ancianos». Reciben una pensión pasados los cincuenta y cinco años; ésta es una donación que el Gobierno danés hace a todos los groenlandeses. En el hogar pueden pasar una vida anacórica, sin constituirse en una carga para sus familiares.

También los huérfanos son tomados a cargo de la administración o por daneses amigos de los esquimales. Los sufrimientos que solían padecer niños y ancianos en los días de antaño son ya cosa del pasado.

Años atrás se envió a la colonia una enfermera, con el objeto de ayudar a combatir las enfermedades de la población. Desgraciadamente, éstas han aumentado desde el comienzo de la colonización. La más grave es la tuberculosis, que parece aumentar en proporción directa con el uso de alimentos importados.

Se estableció además una pequeña clínica donde pudieran ser tratados los casos más graves. Allí jóvenes esquimales ayudaban como enfermeras o parteras. Algunas de estas jóvenes han recibido su instrucción en Groenlandia occidental y otras en Dinamarca.

Cuando la población creció se estableció un médico para la región, donde actualmente se construye un hospital moderno con 40 camas. Cuando esté terminado, podrá atender las necesidades de todos los enfermos de la región durante largos años.

Los nativos de Anamaassalik viven hoy en 16 colonias esparcidas por el distrito. Actualmente se han presentado problemas que no se podían prever cincuenta años atrás; por ejemplo, aumento de población, que, naturalmente, tiende a concentrarse

alrededor del establecimiento principal, atraída por sus comodidades, almacenes bien provistos, servicios remanentes, escuelas, comunicaciones radiotelegráficas, comercio marítimo. Esta concentración de esquimales en un mismo lugar hace que ya sea insuficiente para sus necesidades la cantidad de focas existentes. Estos animales, especialmente los de gran tamaño, disminuyen año a año. Esto se debe a la caza que el hombre blanco realiza en los lugares situados fuera del alcance de los esquimales. Esta disminución tiene una influencia directa en las posibilidades de subsistencia de los nativos.

La única solución posible sería una protección internacional de las focas en alta mar y la descentralización del viejo distrito de Angmagssalik, ubicando a sus habitantes en distintas zonas, a lo largo de las extensas costas, en sitios donde nadie ha vivido por generaciones.

La primera tentativa de descentralización fué hecha en 1924. En esa fecha se estableció una colonia principal en el lejano Scoresbysund, poblada por nativos de Angmagssalik. En ese sitio no se había realizado un censo de caza por generaciones.

Este desplazamiento resolvió por algunos años el exceso de población de Angmagssalik, pero pasó el tiempo y el problema reapareció, recrudesciéndose en estos últimos años. En 1938, unos 150 individuos emigraron hacia la bien conocida región de Kangerdlugssuak por la abundancia

de caza, donde hasta la fecha les va bastante bien. Esto resolvió parcialmente el problema, y es necesario seguir descentralizando para evitar que falte alimento a la creciente población.

Los nativos se dan perfecta cuenta de esto, pero son muy conservadores y no les agrada abandonar el lugar natal.

Hay que inducirlos a marchar, tentándolos con la abundancia de caza y las mejores condiciones de vida. Pero ellos exigen ante todo y sobre todo que se establezcan primero una escuela y un almacén. Esto es natural, pero cuesta bastante dinero, especialmente el transporte para abastecer estas nuevas colonias, tan lejanas de las antiguas.

Sin embargo, es una necesidad para el bienestar de la población de Groenlandia oriental y debe ser llevado a cabo en el porvenir.

* * *

Los cambios sufridos en sólo cincuenta años han sido muy grandes, pero los esquimales los han tolerado y parecen no haber sufrido daño psicológico en esta rápida transformación desde la Edad de Piedra a lo que son hoy: una comunidad de cazadores de características marcadamente europeas.

Del interesante trabajo publicado por Ejnar Mikkelsen en el *Boletín de Estudios Geográficos* de la Universidad Nacional de Cuyo (República Argentina).

Moros y Cristianos en...

(Viene de la pág. 41.) sería. Los vistosos trajes de moros y cristianos arrebatan los colores de la más audaz de las paletas pictóricas: verdes lívidos, como los que soñó en sus frenesies dionisiacos Modigliani; amarillos trepidantes de Van Gogh, púrpuras calientes de Matisse, azules rabiosos de Picasso; todo el color furioso del «fauvismo» más desesperado se da aquí una cita única; no hay más que colores y más colores de contrastes violentos, agresivos, sometidos todos a la unidad y al ritmo de la gracia. Las comparsas, con sus arlequines quiméricos, ponen un estallido inextinguible de plasticidad en el rubio topacio de la tarde...

La pólvora.—He aquí otro de los elementos esenciales de la gran parada, del gran ballet que es «Moros y Cristianos» de Alcoy: la pólvora. Cuando llega la hora de la pólvora —la voz grave de la muerte—, Alcoy se conmueve bajo la grave pesadumbre de la Historia. Todo es pólvora, fuego, ruido impar. El humo asalta, invasor, los muros místicos de la plaza y, como el espectro de una llama muerta, se eleva al cielo de cristal de abril. Las comparsas avanzan desgarrando los ecos dulces del día con la pólvora fabulosa de sus anacrónicos mosquetones. Crepita por todas partes el fuego del que el sarmiento en la hoguera del vivac. Un tremendo solo de mil tambores alucinantes gravita sobre la ciudad ennegrecida por las descargas, mientras la pólvora calabaza atronadora sobre las calles...

LA SINFONIA DE LA FIESTA

La «gloria».—Las fiestas empiezan con la «gloria» el día de Pascua Florida. Un cortejo integrado por representantes de todas las comparsas recorre las calles al ritmo de las alegres melodías festeras. Es el pregón de la fiesta que pocos días después va a comenzar. Es también la iniciación de la clásica costumbre de las «monas», en las que cada comparsa sale al campo, celebra su comida tradicional y entra en la ciudad, en correcta formación, al son de las marchas, mitad lamento árabe, mitad garboso pasodoble. Hay un paso espe-

cial en las comparsas que hay que ensayar cuidadosamente antes de los desfiles: paso lento, en el que toda la «filada», es decir, la hilera de once festeros, va íntimamente pegada unos a otros, siguiendo un difícil y tradicional ritmo.

Después de la «mona»—llamada así porque se come una torta que recibe este nombre—llega la tradicional «noche de los músicos», es decir, la noche anterior al primer auténtico día de fiestas, en el que entran en Alcoy más de treinta bandas de música, que han de acompañar a las comparsas en sus desfiles. Esa noche todas las comparsas, reunidas cada una con sus músicos, celebra la «noche de la olla», plato clásico de Alcoy: habichuelas, cardo, carne y toda clase de vísceras. La mayor parte de los participantes en la «noche de la olla» se traslada seguidamente a la plaza, donde está instalado el castillo de madera que han de asaltar moros y cristianos. Allí se celebra una misa, y el capitán de los cristianos—cada año es designado para este puesto un representante de cada comparsa—reza devotamente el Angelus. Sobre el castillo ondea la bandera cristiana...

Las «entradas».—En la mañana del primer día se celebra la «entrada» de los cristianos en Alcoy. Se conmemora así el hecho histórico que refiere cómo, ante las noticias de la marcha de Aladrach sobre la ciudad, se refugiaron en ella los cristianos que vivían en los alrededores. Es un desfile brillantísimo. En la dulce mañana aparece la ciudad rodeada de una campaña de primavera, como un navío en medio de un mar de esmeralda. El desfile se inicia por el capitán cristiano, vestido de fúlgida armadura; tras él va el alférez y otros hombres de armas montados a caballo; después van pasando las doce comparsas de cristianos, precedidas cada una de ellas por su banda de músicos, vestidos también a la usanza medieval. Carros adornados de flores acompañan a los cristianos en su brillante desfile. Es todo un trozo de historia lo que se revive ante los ojos del espectador en el marco de una belleza impresionante.

Por la tarde se celebra la «entra-

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

LIBROS ABIERTOS

ESPAÑA, CASTILLOS Y ALCAZARES.—José Ortiz Echagüe. Ediciones Ortiz Echagüe.—Madrid, 1956.—312 páginas.

De las artes gráficas españolas surgen, en ocasiones propicias, muestras extraordinarias de belleza, de altas calidades plásticas, de bello material de encuadernación mimada. Libros para el asombro, no sólo por lo que tienen de alarde tipográfico, sino por la sorpresa de su contenido. Esta correlación—riqueza del volumen, riqueza del contenido—no suele darse frecuentemente. La adecuación del primer y de la exuberancia tipográficas, de un lado, y de la noticia que transportan, de otro, suele reservarse a los libros de bibliófilo sobre piezas clásicas, olvidadas o no. Pero en esta obra que comentamos, el primer y la riqueza tipográfica comportan una carga artística que supera con mucho la riqueza del libro y su aparatosidad. Abierto el volumen, no hay lugar para la duda: cada página nos da una noticia, y con la noticia, una sorpresa. Casi podríamos decir que cada página es en sí una pieza de arte, en una sucesión de variaciones sobre un mismo tema, pero con la peculiaridad de que el artista creador va ofreciendo, página a página, unos hechos diferenciales que no están sólo en los matices geométricos de la arquitectura sometida a su mirada, ni siquiera en los encuadres, con ser todos distintos, sino en un prodigioso acento especial—el adecuado—, que el autor ha sabido colocar en el paisaje sujeto a su genial interpretación. El castillo, así, no es una mera teoría de piedras coronando la loma o el picacho en actitud indiferente, sino el elemento protagonista de un paisaje, al que Ortiz Echagüe ha dado, con su arte, un destino histórico dramático. No hay quietud alguna en estas trescientas fotografías insospechadas, no hay tiempo detenido en un punto... Todo gira y circula y pasa en torno al castillo protagonista. Todo está pasando aún: el tiempo, las nubes, los rayos limitados del sol caminante, este carro del primer término campesino, la tormenta, el drama y hasta la historia...

Cada una de estas láminas—trescientas veintiséis—es un ejemplo de la maestría artística de Ortiz Echagüe, sin duda alguna el primero de los fotógrafos españoles, y, por de pronto, el hombre que con mayor acierto y más decisión ha sabido liberar el objetivo fotográfico de las finalidades ciudadanas para aprehender y fijar—e interpretar—el drama y la belleza del paisaje peninsular. ¿Cuántos días de guardia ante cada uno de los doscientos castillos vivificados en este volumen? ¿Cuántas caminatas a la redonda, como el jefe de las mesnadas encargadas del asalto, buscando el punto exacto para el ataque fotográfico? ¿Cuántos cerros y sierras y quebradas medidas paso a paso? ¿Cuántas nubes esperadas y desechadas? ¿Cuánto arte, cuánto acento personal en cada una de estas sorprendentes fotografías, en las que cada castillo es como es: distinto de como lo conocíamos por otras fotografías, en que surgía indiferente al tiempo, a la historia y al paisaje, y no—como tras la retina de Ortiz Echagüe—viviendo su drama?

El volumen lleva un prólogo del autor sobre la historia y la situación actual de los castillos de España, y una amplia tabla, en que se informa sobre cada uno de los doscientos castillos fotografiados. Forma el tomo IV de la serie del mismo autor (I: *España, tipos y trajes*; II: *España, pueblos y paisajes*; III: *España mística*...), y es, desde luego, uno de los libros más importantes publicados en España en este último año. (A él corresponden las fotos que cubrieron las páginas 29 a 33 del anterior número de MVNDO HISPANICO.)



«MUSICA EN LA NOCHE»

CINE

El estreno de la película mexicana *Música en la noche*, en el Palacio de la Música, de Madrid, importa no sólo por sus valores intrínsecos, sino también y fundamentalmente porque viene a confirmarnos la existencia de un propósito renovador en la cinematografía mexicana, del que ya nos había sido dado advertir ciertos atisbos en anteriores producciones. Así, tras la etapa que tuvo como denominador común la exhibición de un folclorismo superficialmente tratado para hacerlo asequible al gran público, y de la que pueden citarse innumerables títulos, desde *Allá en el Rancho Grande* hasta la casi totalidad de las películas en que intervino Jorge Negrete, y tras una segunda etapa, en la que las verdaderas esencias del folklórico se plasman cinematográficamente por obra y gracia del binomio Indio Fernández-Figueroa, nos llega ahora una nueva tendencia, que si carece de la ambición artística y envidiable calidad técnica de la segunda, evidencia una neta superioridad sobre la primera, y aun dentro de su intrascendencia, ofrece incuestionables logros en su realización.

El director y guionista de *Música en la noche* ha acertado a prescindir de todo intento de una trama coherente para presentarnos esta producción de Alfonso Patiño, para «Alianza Cinematográfica», como lo que en verdad es: una revista musical, con todas las características del género, esto es, incluso con sus obligadas limitaciones. Para ello ha contado con un grupo de excelentes colaboradores, entre los que debemos mencionar destacadamente a Alex Philips, cuya fotografía en Eastmancolor posee un sugestivo cromatismo. Dignas de cita son igualmente la dirección musical, de Sergio Guerrero, y la coreografía, de Chelo La Rue y Tito Leduc.

Con *Música en la noche* se ha querido hacer, en fin, una película amable en la que la variedad, el buen gusto y un bello fondo escenográfico contribuyesen al logro de tal (*Pasa a la pág. 54.*)

Los LECTORES también describen

En el número de MVNDO HISPANICO correspondiente a noviembre último, al referirse a mi persona, hay un error de bulto.

Se dice allí que he practicado cerca de 2.000 operaciones. En los cuarenta y seis años que llevo de trabajo, resultaría una operación por semana.

Además, tengo cuatro hijos y no tres. Cuando volví de operar al padre del Presidente Vargas, vine en avión y no en barco. Y el auto de regalo no llegó hasta pasados tres meses.

Lástima que en casos como el mío no nos inviten a corregir el texto y evitar errores como el de las 2.000 operaciones, cuando llevo hechas unas 20.000.

Doctor ARRUGA.

Barcelona.

Expresamos nuestras disculpas al eminente oftalmólogo español. Sirvan los párrafos de su carta, copiados más arriba, como rectificación.

Leo su revista, que es la única que refleja el estado actual de mi espíritu, y no renuncio a expresar las siguientes consideraciones, movido por circunstancias que acaecen aquí, en mi patria.

Menéndez Pelayo y Pereda han sido los maestros de mi juventud y continúan siéndolo: dejaron en mí una huella indeleble. Ahora puedo leer a Kierkegaard y Heidegger en alemán, pero no dejo de leer a los dos santanderinos. Santander (que no he visto) es, pues, casi la patria de mi espíritu.

Vivo en un país devorado de piojos. Si tiene remedio esto, Dios lo sabe. Pero si lo hay, España entra en él como uno de los elementos capitales. ¿Qué puede hacer España por nosotros? Lo que hizo Menéndez Pelayo.

El gigante santanderino, ¿no puso orden en la literatura argentina con una historia básica de ella (ornada de una benevolencia quizá excesiva, pero simpática), destacando los módicos valores verdaderos y de hecho conquistando de nuevo intelectualmente a Sudamérica? Unamuno «descubrió» el «Martín Fierro», aquí desdénado entonces, y suscitó su reconocimiento. Aguilar editó los poemas de Lugones, que aquí no se han editado... Celia vino aquí e hizo unos cuantos juicios capitales, que aquí nadie se atrevería a formular... Esta obra de «caridad» habría que proseguirla.

Madrid es el meridiano cultural de la

Argentina, nuestro mentor cultural y nuestro ejemplo.

Actualmente nuestra cultura está en una crisis y una confusión espantosas; hay que sufrirla para conocerla. Hay una especie de «máquina de fabricar falsos valores», manejada por masones y liberales—no sin ayuda de poderes extranjeros—, y una verdadera y deliberada persecución a los valores reales: a los escritores que osan tocar la realidad argentina, que tienen vocación de maestros. Esto ha llegado ahora a términos casi monstruosos.

¿Puede esta confabulación destruir la herencia hispánica? Hasta ahora no la ha podido. El pueblo es decididamente antiliberal, y la estrechura que soportan hace de los buenos escritores argentinos buenos hombres, heroicos incluso a veces; pero su «mensaje» es detenido y obstaculizado.

Pedro CESAR ZAPIOLA.

25 de Mayo, 188. Buenos Aires (Argentina).

Soy suscriptor de «M. H.» y quiero referirme al número 103 (octubre de 1956). Viene en él un artículo de Richard Gilman, «España en América», que ustedes reproducen vertido al español y con el encabezado de «América cumple 464 años».

En la página 18 se dice: «Por el tratado de Guadalupe, firmado en 1848, Hidalgo se vió obligado a ceder a los norteamericanos...»

Don Manuel Hidalgo y Castilla fué fusilado el 30 de julio de 1811 (véase el tomo III de «México a través de los siglos», capítulo XIII; «Historia de México», de Lucas Alamán, y «La patria mexicana», de Gregorio Torres Quintero).

Por tanto, si estaba muerto en 1811, Hidalgo no pudo en 1848 verse obligado a ceder nada.

Quien hizo tal cosa en 1848, la hizo el 2 de febrero, a las seis de la tarde, jueves, siendo Presidente Peña y Peña.

J. MARTINEZ MIGURA.

Miguel Cerdo, 135. Veracruz (México).

Efectivamente, en el texto citado se deslizó un error. En 1848 se firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo, por el que México se vió obligado a ceder a los norteamericanos las amplísimas zonas del norte de su territorio a que se alude en el artículo. Nada tuvo que ver con este tratado el prócer de la independencia don Manuel Hidalgo, que había muerto en el año 1811.

da» de los moros, que con su capitán y alférez al frente, vestidos de riquísimas galas islámicas, recuerdan la llegada a Alcoy de las huestes de Aladrach. Todos los vestidos de las comparsas están perfectamente adaptados al tiempo de la hazaña. Los moros también llevan sus músicos, que tocan incansables marchas, transidas de nostalgia y melancolía... Floridos carros, trofeos de guerra, odaliscas, esclavas cristianas, pasan por las calles en el más majestuoso y alucinante de los desfiles. Casi dos mil personas forman en las «entradas» de moros y cristianos, presenciadas anualmente por más de setenta mil espectadores...

«Embajada» y «asalto».—Al día siguiente, por la mañana, se celebra la «embajada» y el «asalto» al castillo por los moros. Al pie de la fortaleza, en la que ondea la bandera cristiana, llega un moro emisario montado a caballo y exige, en sonoros versos endecasílabos de inmemorial tradición, la rendición de la plaza. El capitán cristiano, que está acompañado por un personaje vestido de sacerdote —contrafigura de mosén Torregrosa, el que dirigió el combate en 1276—, rechaza despectivamente la propuesta. Poco después, por la calle de San Nicolás, inician su marcha las comparsas moras, acrobizando los aires con los estampidos de sus espingardas tragicómicas. Cada escuadra, como en un paso de baile de gigantesco ballet, va separada cincuenta o sesenta metros de la siguiente y avanza hacia el castillo, vistiendo a la ciudad con un velo de pólvora. Todo es descarga horribunda, que hiere en estrías hondas los vientos de la Mariola. Con la seguridad de lo fatal, las escuadras musulmicas se van acercando al castillo, mientras las cristianas se retiran, sin dejar de dispa-

rar sus medievales mosquetes. Al fin llega el capitán moro al castillo. Seguido de sus hombres, lo asalta. Sobre los muros sigue la lucha a espada y se ve cómo el capitán cristiano, mosén Torregrosa y los demás valientes son vencidos y tienen que retirarse. Poco después el verde banderín del Profeta entrega su mensaje victorioso al aire de la mañana.

Por la tarde los papeles se invierten: los cristianos mandan su embajada pidiendo la rendición del castillo y el capitán moro se niega. Entonces las comparsas cristianas avanzan, a través de toda la ciudad, disparando sus fusiles con estampidos terribles, hacia el castillo. La fiesta se transforma en una batalla metafísica entre el bien y el mal. Es casi un auto sacramental. Vuelve la pólvora a reinar tiránicamente sobre la ciudad y vuelven los aires a desgarrarse en mil heridas. Por último, el castillo es asaltado por las huestes cristianas y el emblema de la cruz florece prodigiosamente sobre las almenas.

Apoteosis.—Hay después un gran silencio. La Historia ha terminado con su bagaje de recuerdos inextinguibles. Pero la tradición y el espíritu religioso, consustancial con la historia de Alcoy, exigen la culminación de todo el ballet heroico con la apoteosis de la fe.

La noche se ha arrojado sobre la ciudad y se han apagado las llamadas de las últimas descargas. El castillo hierve de soldados cristianos que otean desde las almenas. De pronto una luz vivísima ilumina las torres, y en medio de una explosión de luminarias y bengalas, aparece a caballo San Jorge el vencedor. Después todo se apaga y una vez más la fiesta se transforma en recuerdo.

JOSÉ ANTONIO CORTAZAR

Castiella, ministro hispánico

(Viene de la pág. 13.) mente embajador de España en Washington.

El nuevo ministro español es, ante todo, un universitario. En 1935 ganó por oposición la cátedra de Derecho Internacional de la Universidad de La Laguna. Desde 1939 es titular de la cátedra de Estudios Superiores de Derecho Internacional de la Facultad de Derecho de Madrid. Ha sido el primer decano y el organizador de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la misma Universidad. Castiella ha consagrado toda su vida al estudio de las cuestiones internacionales. Realizó su preparación de 1929 a 1934, en el Institut des Hautes Etudes Internationales, de la Sorbona; en las Universidades de Cambridge y Ginebra y en la Academia de Derecho Internacional de La Haya. En 1931 fué elegido por sus compañeros presidente de la Association des Etudes Internationales, de la Universidad de París. Invitado por el Secretariado de la Sociedad de Naciones, siguió las labores de la Asamblea General reunida en Ginebra en 1930 y las de la Conferencia del Desarme en 1932. En Ginebra preparó su tesis doctoral: «La función consultiva del Tribunal Permanente de Justicia Internacional». Desde 1939 es miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje Internacional de La Haya. Fundó en 1949, junto con sus colegas los profesores Antonio de Luna y Federico de Castro, la Revista Española de Derecho Internacional, cuya dirección aun ostentan los mismos catedráticos.

Hombre de profunda fe católica, Castiella fué en su juventud vicepresidente de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de España. Discípulo y colaborador del actual obispo de Málaga, monseñor Herrera, Castiella, hasta el momento de estallar la guerra civil, fué editorialista de política exterior del gran periódico católico de Madrid *El Debate*. En 1945 Castiella publicó un importante

estudio sobre *El problema internacional en la mente del Papa*.

El señor Castiella, que nunca ha pertenecido a un partido político, figuraba, en los años anteriores a la guerra civil española, entre los intelectuales que se agrupaban en torno a don Ramiro de Maeztu—gran escritor de la generación del 98, fusilado por los rojos—, que dirigió la revista, de tendencia monárquica, *Acción Española*. Perseguido en Madrid durante el período revolucionario, se refugió en la Legación de Noruega. Un buen día abandonó el asilo diplomático para poder disfrazarse de soldado rojo y pasar a la zona nacional por el frente de Toledo. Después de nuestra guerra, en 1941-42, participó como soldado voluntario de Infantería en la campaña anticomunista de Rusia, a las órdenes del general Muñoz Grandes, en las filas de la División Azul.

La preparación de Castiella en materias internacionales ha quedado plasmada en la famosa obra *Reivindicaciones de España*, completo y documentado estudio sobre la política exterior española. Durante la última guerra, cuando la suerte del estrecho de Gibraltar y del norte de África, frontero a la Península, se encontraba a merced de los vencedores del momento, Castiella y Arellano, apoyándose fundamentalmente en fuentes francesas e inglesas y en una documentación impresionante, precisaron, frente a aquéllos, las legítimas aspiraciones de una potencia neutral que esperaba se le hiciera justicia sin recurrir a la fuerza de las armas.

Los derechos de España eran defendidos en esta obra con una clara visión del futuro. Por ejemplo, en la página 501 se afirma rotundamente: «Si otras tierras africanas pueden servir de base eficiente a la expansión de nuestra raza, Marruecos no. El Imperio xerifiano es en nuestro pensamiento exterior factor de distinta naturaleza, campo de acción de una

SOCIEDAD ANONIMA DE CONSTRUCCIONES AGRICOLAS

FABRICACION DE MAQUINARIA AGRICOLA DE ALTA CALIDAD
PROYECTOS E INSTALACION DE RIEGOS POR ASPERSION



S. A. C. A.
SEVILLA

NUESTRAS MAQUINAS SE SUMINISTRAN CON CERTIFICADO DE GARANTIA

OFICINAS Y EXPOSICION HERMOSILLA, 31 TELEF. 36 34 38 MADRID	FABRICA AVENIDA JEREZ TELEF. 31800 SEVILLA	OFICINAS Y EXPOSICION MENDEZ NUÑEZ, 23 TELEF. 27885 Apart. 446 SEVILLA
--	---	---

gran política española: la de señalar rumbos históricos nuevos al pueblo marroquí. De aquí que podamos proclamar muy alto que—las siguientes palabras aparecían subrayadas en las ediciones de 1941—*nuestra patria no reivindica Marruecos.* España, conforme se decía también textualmente, sólo reivindicaba una altísima misión: la de «devolver al imperio de Marruecos su unidad, triplemente quebrantada» (zona internacional de Tángier, Protectorados francés y español).

y ayudarle, «dentro de la más exquisita comprensión del alma marroquí», a rescatar su independencia.

Estas reivindicaciones españolas fueron instrumento precioso para que la hábil política de Franco preservara la neutralidad ibérica. Poniendo alto el precio de un hipotético apoyo de España a quienes entonces dominaban Europa, se obtuvo el resultado, previsto y querido por Franco, de mantener la paz y la neutralidad en la Península.

El arte de los «calvarios»

(Viene de la pág. 18.) queñas figuras de la Pasión—muy semejantes a las de los «nacimientos»—que el Domingo de Ramos se celebra en Valencia al amparo de la sombra de la catedral. Allí pueden verse, ingenuamente interpretadas en barro cocido, la «Samaritana», el «Ece-Homo», «Jesús cargado con la cruz»... También en Palma de Mallorca ha existido algo parecido, si bien con menos raigambre que en la capital levantina. En la «Fira del Ram», que tenía lugar frente al convento de la Concepción de Palma, además de juguetes y otros utensilios de alfarería, se vendían figuras de la Pasión. Otra costumbre relacionada con la tradición del «Calvario» es la que todavía existe en Mataró en la festividad de la Santa Cruz. En este día los niños de la población recorren las calles con unos pequeños tabernáculos o plataformas adornadas de ramaje, y en las que hay una rudimentaria representación del monte Calvario, a base de corcho y arena, con las tres cruces y ambientado con figuras de «belén», por carecer de otras más apropiadas.

Sin embargo, es entre los cultivadores del «nacimiento» donde, como hemos señalado, encuentra el «calvario» su principal apoyo. En nuestra patria esta tradición adquiere importancia cuando en 1863 se constituye en Barcelona por primera vez una asociación de belenistas.

En esta época se construyeron en la ciudad condal gran número de artísticos y espectaculares «calvarios». Merecen destacarse los del escultor Domingo Talarn, famosos por el tono grandilocuente y teatral—muy en carácter con los tiempos—que el artista les imprimía; los de la parroquia de San Agustín, de grandes proporciones y con extraordinario aparato de truenos y rayos; los del escultor Miguel Tusquelles, y muchos otros no menos importantes.

Pasado este período de esplendor, no desapareció del todo el «calvario» del ambiente barcelonés de fin de siglo y principios del actual. Fueron varios los belenistas que se mantuvieron fieles a la tradición de construirlo. Posteriormente la Asociación de Belenistas de Barcelona le dió nuevo impulso, facilitando su expansión por Cataluña. Desde 1940 esta entidad construye cada año, por Semana Santa, el «calvario» social. Entre sus cultivadores más señalados citamos a Antonio Arranz, José María Garrut y Pedro Queraltó, y entre los imagineros a Castells, Muns y Campuzano.

Castilla, tan rica en tradiciones de Semana Santa y tan próxima, por su estilo y espíritu, a los «calvarios», ofrece un marco excepcional a esta magnífica manifestación de piedad y de arte.

PEDRO TORRES MORELL

“¿Dónde vas, Alfonso XII?”

(Viene de la pág. 30.) plir. Los del Norte carlistas eran, también, por Don Carlos.

A Francia llega Cánovas del Castillo, que va a ser el hombre de la Restauración. Dice a Isabel II: «Será para hacer un distinto reinado.» Duras palabras, exactas, inexcusables. «Los políticos», dirá la reina con no mucho respeto, pero inclinada ante Cánovas.

En el entretanto, estampa, cañamazo, dulce hilo del tiempo juvenil. París es gran puente amigo. Prima de Alfonso es la hija de los duques de Montpensier. Hermana de Isabel II, la madre de la infanta Mercedes. Pero Alfonso XII no mide las diferencias familiares, aunque los caminos políticos separan a Isabel II de su cuñado, Antonio de Orleáns. La firme, obstinada y recia voluntad de Alfonso decide el destino. Cuando la Restauración no era aún pensable, Mercedes le decía: «Entrarás en Madrid en un caballo blanco...»

A finales de 1874, Alfonso XII era proclamado rey de España. Un 6 de enero, día de Reyes, de 1875, embarcaba en Marsella en una fragata española que llevaba este bello nombre: *Navas de Tolosa*.

El 6 de diciembre de 1877, Don Alfonso daba a conocer oficialmente sus propósitos de casarse con Doña María de las Mercedes. El ciclo amoroso de la adversidad se cerraba. En las Cortes había protestas: quién más, quién menos, recordaba que Antonio de Orleáns, «el Montpensier», que diría Isabel II, había trabajado lo suyo

para destronarla. Pero a Don Alfonso nada pareció importarle: «Me caso.»

Día de mucho frío—23 de enero de 1878—cuando la Restauración se convirtió en matrimonio de amor. La infanta había acertado en que Don Alfonso entraría en Madrid en un caballo blanco. No había acertado en su destino. Mientras tanto, hubo toros. Allí estuvieron, vueltos y revueltos hacia el testuz, los nombres de la fama aun fresca: *Lagartijo*, *Cara Ancha*, *Frascuelo*...

Faltaba el *Tato*, aquel torero caminante, caballeresco, popular y curioso al tiempo, que en la obra de Juan Ignacio Luca de Tena visita a la familia real exilada en Francia. Con el *Tato* viene a ver a las princesas una gitana alegre, alborozada, echadora de buenaventura. El personaje, de hondo calado, es representado en la escena por Pastora Imperio, un personaje, también, que llena una época de la vida artística española, dentro de su manera especialísima.

Los corresponsales extranjeros, igual que siempre, no entendían nada. Publicaban artículos sobre la *España de la pandaneta*, y a Cánovas del Castillo lo pintaban en sus dibujos llevando coleta de torero.

Pero la historia es de pocos meses. Por la feria de mayo de aquel año, Don Alfonso y Doña María de las Mercedes salían juntos del palacio de Oriente. Un mes después, el 24 de junio, la reina cumplía dieciocho años. A sólo dos días estaba de esa fecha cuando murió. (Sigue en la pág. sig.)

estafeta

«BELINDA». Padre Isla, número 70. León.—Señorita de treinta años, formal, desea correspondencia con caballero católico de cualquier nacionalidad.

STEFAN COLER. F. Primavera. San Martín, 432. Caracas (Venezuela).—Ingeniero europeo desea correspondencia con señorita española o extranjera, de edad de diecinueve a veinticinco años; me gustaría que fuera taquimecanógrafa.

MANUEL PIZON DOMINGUEZ. Avda. de Italia, 35. Huelva.—Desea correspondencia con filatélicos de España, Portugal, Andorra, Filipinas y América, en español, francés o inglés.

HERCTOR E. KINEN. Librería «El Cruce». Unquillo (Córdoba, Argentina).—De trece años de edad, desea correspondencia con jóvenes de doce a catorce años de cualquier parte del mundo.

MARIANO PEREZ REALTS. General Mola, 3. Granollers (Barcelona).—De treinta años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de diecisiete a treinta años, de Colombia, Brasil o Venezuela.

SIMONE DUMAS. 18, rue du Bourg. Thiers-Puy de Dôme (Francia).—Desea correspondencia con jóvenes de diecisiete a veintidós años de edad, en español, francés o inglés.

FRANCISCO GONZALEZ GARCIA. Hernán Cortés, 18. Sama de Langreo (Asturias).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de quince a veinte años de edad.

RAMON GALLART COLL. Balmes, 7, 2.º Lérida.—Desea correspondencia con jóvenes de dieciocho años de edad de cualquier parte de América.

TOMAS DE GRACIA CLIMENT. Carretera de Aragón, 52. Madrid.—Desea correspondencia con señoritas españolas o extranjeras, en español.

JOAQUIN MASOLIVER RODENAS. Calle Tejá. (Torre Masnou.) Barcelona. Desea correspondencia con señoritas de todo el mundo de habla hispana, de catorce a dieciocho años de edad, aficionadas a la literatura, la pintura, etc.

MANUEL PINO ARROYO. Alonso de Solís, 27. Sevilla.—Desea correspondencia con personas de cualquier parte del mundo, en español o francés.

JORGE MONLLOR MOLINA. Juan Pérez, 22. Cieza (Murcia).—Desea correspondencia con señoritas extranjeras.

MARINA MOLINA CABEZA. San Diego, 935. Dpto. G. Santiago de Chile.—Desea correspondencia con caballeros de treinta y cinco a cincuenta años de edad, de habla española.

RINA CORTES SANCHEZ. San Diego, 935. Departamento G. Santiago de Chile.—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a cuarenta años, en español.

FRANCISCO GONZALEZ MEDINA. Carril de San Diego, 13. Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).—De quince años de edad, desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

CHISTIANE SEGRE. Sabin. Loir-et-Cher (Francia).—Desea correspondencia con jóvenes de dieciocho a veinticinco años de edad de cualquier parte del mundo, en inglés, español o francés.

VIRGINIA C. WONG. Francisco de Zela, 2626. San Isidro (Lima, Perú).—De diecisiete años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo.

RODOLFO PUIG-FLECA BARBER. San Francisco, 19. Sabadell (Barcelona).—De quince años de edad, desea correspondencia con señoritas, en francés o español.

MARIA DOLORES PERALES. Matías Perelló, 25. Valencia.—De diecinueve años de edad, desea correspondencia con jóvenes franceses de veintidós a treinta años de edad.

RAMON FIFÓ TELLO. San Ignacio de Loyola, 21. Valencia.—De diecisiete años de edad, desea correspondencia en español con señoritas de cualquier parte del mundo.

GABRIELA GARCES CORREA. Envigado (Antioquia, Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo para intercambio de ideas, costumbres, etc.

NIDIA NARANJO LOPEZ. Girardot, 62-73. Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier lugar del mundo.

MANUEL CONESA ALCARAZ. Rua Marmeiro Leao, 399. Sao Paulo (Brasil).—Desea correspondencia en español con señoritas mayores de veinticinco años de cualquier lugar del mundo.

G. GOMES DE ESTAVILLO. 7 Norte, núm. 1408. Puebla (México).—Desea correspondencia con personas de cualquier lugar del mundo, en inglés, español y francés.

GLORIA CASTAÑO OCAMPO. Kra. 30. 27-55. Palmira-Valle (Colombia).—Desea correspondencia en español con jóvenes de uno y otro sexo, de veinticuatro años en adelante y de cualquier lugar del mundo.

FLORENCIO LEIVA GONZALO. Avenida Bailén, 2. Logroño.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, en francés, inglés o español, canadienses, australianos o colonias inglesas o portuguesas en África, sobre literatura, avicultura y agricultura.

ROGER MAS. Caixa Postal, 2. Rio do Sul. Santa Catarina (Brasil).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo, en español, alemán o portugués.

NILVA WIEDEMER. Caixa Postal, 142. Rio do Sul. Santa Catarina (Brasil).—Desea correspondencia con jóvenes de diecinueve a veinticinco años, en español o portugués.

FORTUNATO APONTE. Lista de Correos. Valera (Venezuela).—Desea correspondencia en español con señoritas de veintitrés a veintiocho años de edad, españolas e hispanoamericanas.

MARIA ISABEL VERA. Avenida de Selgas, 10. MARIA LUISA GALLANA. Avenida José Antonio, 38. MARIA DEL CARMEN AGUSTI. C. Trobad, 10. MARI SEFA MOLINA. Avenida José Antonio, 30. Játiva (Valencia).—De diecisiete años de edad, desean correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad.



HOTEL CRISTINA

SEVILLA




Único Hotel en Sevilla dotado de esta moderna instalación.

AIRE ACONDICIONADO

EN TODAS LAS HABITACIONES Y SALONES

PARRILLA DEL CRISTINA

Bailes andaluces durante todo el año

TERRAZA JARDIN

Comenzaba el dolor. Recogiendo este tiempo, los niños cantaban:

¿Dónde vas, Alfonso XII;
dónde vas, triste de ti?...

Todavía pudo ver y oírle decir a Cánovas del Castillo que se había firmado la Paz del Zanjón, la Paz de Cuba. «Sois el Pacificador», decía el ministro.

Una década. Diez años. Atentados. Nobles impulsos. El 25 de noviembre de 1885 falleció Alfonso XII. Tenía veintiocho años. Otra vez, nuevamente, la incertidumbre.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, EL POLITICO DE LA RESTAURACION

En la obra, en la escena, en el pincel de Juan Ignacio Luca de Tena, Cánovas del Castillo aparece lleno de vigor y lealtad. A veces, como un ligero atisbo, se perfila, suavemente, el político de los juegos múltiples. El actor, Francisco Pierrá, ha vuelto a poner en pie su figura, la triste expresión, el bigote ancho y entrecano.

Alguien, a mi lado, decía: «Pero si es igual.»

No tenía edad suficiente la señora que lo dijo para haberle conocido. Pero demostraba un interés grande, curioso. Además, su expresión era cierta. «Se parecía», «Se parece», porque en el teatro sigue poniéndose el cartel de «No hay localidades».

El hecho cierto es que Don Antonio Cánovas del Castillo es el cerebro de la Restauración. El más inteligente político de una época no supo, se ha dicho, ir más allá de una generación. Gobernar sin crear. Este andaluz, noble, testarudo, señorial, apasionante, movió la rueda de la Historia sin poner en ella la chispa y la lumbre necesaria para prolongarla en otras manos. ¿Pesimismo?

Cánovas es un símbolo. Tras sus pasos erguidos, llenos de calma, se despiertan las horas de conversación agrídulce en su casa del paseo de la Castellana, de Madrid, a la sombra de los árboles. Las horas de paz antes de la dramática muerte: el sino de la violencia y el desaliento.

EL DUQUE DE SEXTO, CORTESANO, SEÑOR DE LA SIMPATIA

Madrid es tierra ancha de Castilla la seca, la ardiente, la de secano y pan de agosto. Redondas las cortezas del melón, aromática siembra de la sed: sangría de vino, agua, limón y azúcar. Corre por la meseta caliente, y luego helada, un don importante:

el de la simpatía. La gente cree en él. José Isidro Osorio y Silva Zayas Téllez Girón era así: alegre, pintiparado para cazar la dulce caza de la risa.

Juan Ignacio Luca de Tena le apunta en ese oficio de sembrador de voluntades sonrientes. Político activo, fino, inteligente, asomaba el donaire bajo la capa. En la obra dice—no sé si es verdad, pero merece serlo—estas bellas palabras: «Si la reina se opone a vuestra boda y conseguimos que los políticos se opongan también, el pueblo español tomará vuestro partido y os casaréis.» Aunque las palabras no son textuales, ése es el fondo. Fino conocimiento de la madeja caliente que guarda el español bajo el pecho, deseo de encontrar justa lid, siempre gustoso de emprenderla...

Este personaje, maltratado a veces, convertido en pura lumbre de anécdotas, cuyo influjo en los días de la Restauración fue verdaderamente notable, tiene por hacer la gran biografía: su lado enigmático y grave, su tensión interna, profunda y diamantina, su célebre reserva y su obstinación alegre, enteriza, de hombre. Tal cuando tuvo que vencer a los que no querían aconsejar a Isabel II que abdicase. A veces su dinero amparó los malos días de Isabel II, que no quiso o no pudo ser administradora.

Su palacio de Alcañices—era marqués también de este título—, en Madrid, se levantaba donde lo hace hoy el Banco de España. Por sus puertas, con los grandes de España, entró Frascuelo, que así era en la hora de entonces el reloj de la sociedad. Pero este ser anecdótico, respuesta aguda y descarnada, tardaría mucho tiempo en encontrar el momento oportuno de la boda. Se hablaba de Eugenia de Montijo. Pero se casó con la duquesa Sofía. Cuando el tiempo sopló sobre las cosas, se supo que había gastado una fortuna, sin una palabra de más, en la empresa de la Restauración.

Más personajes, nombres, quimeras, esperanzas, viven con los niños que cantan los romances de la calle en la obra de Juan Ignacio Luca de Tena. Cada uno de ellos tiene sobre la presencia física, dormida, anquilada, la activa vida despejada del recuerdo. Seres humanos, prestos a la muerte, percederos. Cada uno en su historia, en el libro, en el silencioso y último compás de las palabras. Todos vivos, pues.

* * *

Roberto Carpio ha dirigido el montaje de la obra. Está en el escenario, inclinado, mirando el espacio vacío de las tablas. Hasta las once, las luces se apagan. La eterna pero breve cantinela de cada tarde.

E. R. G.

Diálogo de Alfonso XII y el transeúnte

(Viene de la pág. 31)

TRANSEÚNTE.—¿Y hace pocos días que está usted en Madrid?

ALFONSO.—Sí, señor; muy pocos.

TRANSEÚNTE.—Entonces, no habrá visto usted todavía a nuestro rey.

ALFONSO.—Pues no; aún no.

TRANSEÚNTE.—¿Yo sí!

ALFONSO.—Le vería usted muy de lejos...

TRANSEÚNTE.—Le aplaudí el día que llegó, desde un balcón de mi casa. Y grité... ¡Cristo! Grité más que el día que echamos a la madre.

ALFONSO.—¿Vaya!

TRANSEÚNTE.—Dicen que por las noches se escapa de Palacio, y se dedica a pasear por Madrid, completamente solo.

ALFONSO.—No haga usted caso. ¡Habladurías de la gente!

TRANSEÚNTE.—Y hasta dicen que corre sus aventuras. Se habla de cierta taberna en... (Le habla al oído.) ¿Eh...? ¿Eh...?

ALFONSO.—¿Je! ¡Ah!, ¿sí?

TRANSEÚNTE.—Pero ahora sentará la cabeza. Dicen que se casa.

ALFONSO.—¿Ah!, ¿sí?

TRANSEÚNTE.—¿Sí, hombre, sí! Con la princesa Mercedes de Orleans, una hija de aquel mal bicho de Montpe sier.

ALFONSO.—Pues no había oído nada. Y a usted... ¿qué le parece esa boda?

TRANSEÚNTE.—Pues, mire usted, la verdad... ¡a mí, muy bien, aunque la novia sea hija de ese franchute ambicioso! Dicen que la muchacha es preciosa.

ALFONSO.—¿Ah!, ¿sí? A lo mejor, no tanto.

TRANSEÚNTE.—¿Sí, hombre, sí; qué me va usted a decir a mí! Es preciosa. Y encantadora. Y dicen que muy inteligente. Y además, española, de Sevilla.

ALFONSO.—No, señor; nació en Madrid.

TRANSEÚNTE.—¿No, hombre, no, que nació en Sevilla! ¡Si lo sabré yo! ¿Y no le parece a usted mejor, a que nos traigan una reina de extranjería? Y además, católica. Y muy piadosa.

ALFONSO.—¿Vamos, que lo reúne todo!

TRANSEÚNTE.—¿Todo! Y además...

ALFONSO.—¿Todavía tiene más cualidades?

TRANSEÚNTE.—Para mí, la mejor. (Dándole en el codo.) Dicen que la reina Isabel está furiosa con la boda. ¡Ja, ja! Y a Cánovas, parece que tampoco le gusta. ¡Ja, ja, ja! (Se dobla de risa.)

ALFONSO.—(Sin poderse contener.) ¡Pepe Alcañices es genial!

TRANSEÚNTE.—¿Cómo dice usted?

ALFONSO.—Nada, nada. Reflexiones mías.

TRANSEÚNTE.—Bueno, caballero, pues ya hemos llegado. Esta es la plaza de Oriente. He tenido mucho gusto en conocerle...

ALFONSO.—Y yo le quedo muy agradecido por haberme acompañado. (Presentándose.) Alfonso XII... Aquí, en Palacio, tiene usted su casa.

TRANSEÚNTE.—(Sin inmutarse.) ¡Muchas gracias, hombre! Yo, Pío IX, en el Vaticano, a su disposición...

La palabra, la imagen, la letra...

(Viene de la pág. 51.) propósito; para que esté se lograra plenamente ha faltado tan sólo un mayor rigor en la selección de las figuras y conjuntos vocales o coreográficos que en su realización participan, y de ello se resiente la película, originando a veces un sensible descenso de calidad con respecto a la tónica general, marcada por las felices intervenciones de los *ballets* de Katherine Dunham, Lupe Serrano y John Kriza, Chelo La Rue y Tito Leduc, nuestra Carmen Amaya, el cantante francés Georges Ulmer, Evangelina Elizondo y su orquesta, el Mariachi México, Tito Guizar, Los Briones, Verdaguer...

JUAN EMILIO ARAGONES

Iberoamérica en Sevilla

(Viene de la pág. 8.) instalaciones de industria, minería, fomento, instrucción pública, cartografía aeronáutica, sala del submarino *Peral* y otras muchas. Se construyeron además el pabellón de Marruecos, el del Ejército, el de la Marina, el de Guinea, a cuya puerta dos grandes papúes ambientaban sobre lo que dentro se exhibía; pabellón de la Prensa, con sus exposiciones de prensa antigua y moderna y sus servicios para los informadores, llegados de todo el mundo; pabellón de Agricultura e Industrias Derivadas... En todos ellos se exponía lo más destacado de cada rama, ofreciéndose también interesantes aspectos y estudios, que llamaron la atención a los propios visitantes españoles. Figuraban además numerosos pabellones contruidos por diferentes empresas, como la Constructora Naval, con la exacta reproducción interior de uno de sus más importantes buques; el pabellón de las Minas de Peñarroya, el de Domecq y otros muchos. Y en el Sector Sur estaban enclavadas las galerías comerciales en gran extensión, con exposición de los productos de las más importantes firmas españolas.

En este mismo lugar funcionaba un parque de atracciones importantísimo, con instalaciones de categoría internacional.

LAS REGIONES

Nota de unidad en la variedad de la patria fué la presencia de las regiones españolas. Todas las capitales andaluzas construyeron sus pabellones propios, y lo mismo hicieron otras importantes. Las demás se agrupaban en regiones. Cada pabellón—como el de Navarra, con su casa solariega, o el de Castilla la Vieja, con su gran palacio; el de Galicia, el de Extremadura, etc.—exhibía su arquitectura característica de la tierra e igualmente los productos más destacados se brindaban al visitante. Asimismo durante todo el certamen hubo un desfile de las principales agrupaciones folklóricas, que actuaban en las respectivas semanas de cada región.

En los pabellones de la plaza de América se exhibían obras valiosísimas de nuestro tesoro artístico, y en el Real, carrozas y armaduras de reyes, una reproducción exacta del interior de la Casa del Príncipe e incluso la litera de Carlos V, entre otros históricos objetos.

CONGRESOS

Con motivo de la Exposición celebráronse numerosos Congresos, tales como los de Oleicultura, Historia y Geografía, Arte Retrospectivo, Postal, Comerciantes Españoles de Ultramar, Carretera, de Prensa y del Café (en éste el delegado americano pidió que se constituyera un organismo internacional permanente para regir el mercado mundial y que dicho organismo tuviera su sede en España, pero no prosperó esta resolución por oponerse el representante francés). Se celebraron también los centenarios de Magallanes y Juan Sebastián Elcano. También es de destacar que el primer abrazo oficial entre Chile y Perú, después de años de hostilidad, tuvo lugar en el Casino de la Exposición

en octubre de 1929 con motivo del banquete ofrecido por Chile. La proposición de paz fué llevada de Chile al Perú en ocasión del vuelo histórico del avión español *Jesús del Gran Poder*, y, como decimos, el primer abrazo de paz fué entre las delegaciones de ambos países en la Exposición.

LA EXPOSICION Y LA SEVILLA DE HOY

Fuó clausurada la Exposición por el príncipe de Asturias el 21 de junio de 1930, en el teatro Lope de Vega, en ceremonia que, ¡ay!, no revisió la brillantez augural de la inauguración.

El coste del certamen en total se cifra en cien millones de pesetas, incluyendo la adquisición de terrenos y la reforma del parque, cantidad que se considera inferior a la de otros certámenes de análoga importancia.

Es indudable que la Exposición fué como hemos escrito, un gran paso para Sevilla. Si no ha tenido la continuidad de misión que el ilustre general Primo de Rivera vislumbró, se ha debido a las agitaciones que sufrió España en tristes períodos demoledores, que paralizaron su acción. Pero Sevilla, como correspondencia a su esfuerzo, ha heredado una serie de bellezas más que añadir a las naturales que poseía: una mayor categoría artística y una honda transformación urbana.

Por lo que se refiere al aspecto práctico, el lector podrá deducirlo por lo antes escrito. La Exposición, físicamente, permanece. Su área geográfica está en igual estado. Si de pronto se pensase en volver a celebrarla, no harían falta precisamente veinte años para verla como aquella mañana esplendorosa de 1929. Sólo las galerías comerciales y los pabellones regionales desaparecieron. Los demás, incluso algunos de casas comerciales, continúan, si bien éstos fueron cedidos al Ayuntamiento. En la plaza de España están la Capitanía General, el Gobierno Civil y numerosos organismos, como la Delegación y Magistratura del Trabajo, Delegaciones de Industria, de la Vivienda, de Obras Públicas, Confederación del Guadalquivir, etc. En el antiguo pabellón de México, la Casa Municipal de Maternidad; en el de la Argentina, el Instituto Femenino Murillo, con su bella capilla dedicada a la Virgen de Luján; Escuela Náutica, en el de Colombia; cuartel de Intendencia, en el del Brasil, y asimismo, afectos al Ministerio del Ejército, los de Chile y Uruguay. Los pabellones de la plaza de América están dedicados a Museo Arqueológico, exposiciones de pinturas y permanente de Realizaciones del Nuevo Estado; el estadio de Heliópolis, en funcionamiento, y la próxima instalación de la Feria de Muestras se hará en pabellones de la Exposición. Esta fué, pues, no sólo un bello sueño. También un abrazo de paz y amor a los pueblos que nos aman y que amamos. Fué una afirmación de fe y esperanza en el destino común. Y para Sevilla, ocasión de participar de nuevo en tareas de Hispanidad, a la vez que exaltaba su propia belleza y su nombre de Ciudad de la Gracia.

JUAN JOSÉ GÓMEZ

ESPAÑA VISTA POR CAMILO JOSÉ CELA

Si Camilo José Cela ha sido considerado por muchos como el primer novelista español contemporáneo, hay lectores suyos que prefieren, entre toda su obra, los libros de viajes. Camilo José Cela se ha echado a andar múltiples veces por los caminos de España, y, en efecto, sus relatos, llenos de vigor y de agudísima y castiza visión, constituyen una verdadera joya literaria. El escritor ha hecho que en sus páginas la tierra española haya cobrado una ternura y una entidad poética que acaso no tenga precedentes. Pero además, sobre ella discurre la baraja de los tipos que el novelista elige y que se alzan con personalidad que los hace inolvidables.

Del Tajuña al Cifuentes

El viajero, a la caída de la tarde, baja hasta el río. A la izquierda, Tajuña arriba, va el camino de Masegoso y de Cifuentes; a la derecha, Tajuña abajo, el de Archilla o el de Budia. El viajero está indeciso y se sienta en la cuneta, de espaldas al pueblo, de cara al río, a esperar el momento de la decisión. Recostado sobre la mochila, está cómodo y descansado. La mochila le coge justo la espalda, hasta los riñones, y le hace un respaldo alto, acogedor, un poco duro quizás.

Por poniente cruzan, lentas, alargadas como culebrillas, unas nubecitas rojas, de bordes precisos, bien dibujados. Dicen que las nubes de color de fuego, a la puesta del sol, presagian calor para el día siguiente. El río corre rumoroso, rápido, por la vega, y a su orilla silban los pajaritos de la tarde, croan las últimas ranas de la tarde. Se está fresco, sentado al borde de la carretera, a la sombra de un olmo, después de un día caluroso en el que se han caminado algunas leguas y se ha pateado, de un lado para el otro, un pueblo grande y recién descubierto. Cruza, con su vuelo cortado, un caballito del diablo. Pasan dos chicas jóvenes subidas en un burro manso, castrado, que anda despacio, con la cabeza inclinada hacia adelante. Van muy juntas, riéndose a carcajadas, con el pelo adornado con amapolas. Algún campesino que se ha pasado el día trabajando la tierra—cavando las judías, escardando el cebollino, regando las lechugas—vuelve, camino de Brihuega, con la azada al hombro, la tez curtida por el sol y el aire, la noble, antigua frente, sudorosa. Ante el viajero, al borde del río, una mujer corta juncos con un cuchillo. La mujer llegó con una niña pequeña de la mano. La niña va descalza, con los brazos al aire y lleva un lazo morado, grande como un murciélago, sobre la despeinada cabeza rubia. Al llegar a la orilla, mientras la madre apila las varitas de junco, la niña corta lirios en silencio. Llega a tener un montón tan grande como ella misma, un montón con el que no podrá cargar. Zumban los enjambres dentro de las colmenas, en el colmenar que hay a diez pasos del viajero, y el campo huele con un olor profundo, penetrante, distante, casi hiriente.

Al viajero le pesan los párpados. Quizás, incluso, haya dormido algún instante, con un sueño ligero, sin darse cuenta. Está inmóvil, a gusto, sin sentir las piernas, en la misma postura que tomó al sentarse. No hace ni frío ni calor.

Un perrillo de rastrear conejos pasa por la cuneta. El viajero enciende un puro que compró en Guadalajara. El humo sube despacio, derecho, formando a veces tenues volutas azules. Un gato rubio mira al viajero desde un árbol. No se mueve una brizna de aire.

Por la cuesta abajo viene, con calma, distraídamente, un hombre que camina detrás de un burro. El hombre anda como un caballero en derrota. Lleva la cabeza erguida y el mirar vago, como perdido. Tiene los ojos azules. El burro es un burro viejo, con el pelo gris y el espinazo en arco. Fijándose bien, podría verse una sangrante matadura, negra de moscas, en el cuello afelpado.

Al viajero le da un salto el corazón en el pecho. Al acercarse el viejo, le grita:

—¡Eh!

Y el viejo, que lo ha reconocido, para el burro con la voz:

—¡So, «Gorrión»!

El burro se para y el viejo se sienta al lado del viajero.

—Buena tarde quedó.

—¡Ya, ya!

El viajero ofrece su petaca al viejo.

—¿Un cigarro?

—Eso nunca se desprecia.

El viejo lía un pitillo grueso, abundante, un pitillo de amigo, que envuelve parsimoniosamente, como recreándose. Está callado unos momentos y, mientras apaga con los dedos la larga mecha color naranja, pregunta, casi indeciso:

—¿Va usted a Cifuentes?

—No sé; no acababa de echar a andar. ¿Usted sí?

—Sí, allá me acercaré. Cifuentes es un pueblo bueno, un pueblo con mucha riqueza.

—Eso me han dicho.

—Pues es la verdad. ¿Usted no ha estado en Cifuentes?

—No; no he estado nunca.

—Pues véngase conmigo; son buena gente para los que andamos siempre dando vueltas.

El viejo pronunció sus palabras mirando vagamente para el horizonte.

—¡Buen tabaco!

—Sí; cuando se tienen ganas de fumar, no es malo.

Los dos amigos echan un trago de la cantimplora y se levantan. El burro «Gorrión» lleva la mochila del viajero. Caminan hasta la noche, poco ya; comen un bocado, y buscan, con las últimas temblonas luces de la tarde, un sitio para dormir.

Sobre la hierba, al pie de las tapias de adobe de una harinera—la manta gris de algodón del viajero, debajo; la gruesa manta de lana a cuadros del viejo, por encima—, los amigos se echan

boca arriba, hombro con hombro, con la boina puesta y las cabezas reclinadas sobre el morral y la alforja. El viejo tiene un olor que alimenta, un olor tibio, pastoso, que hace propicio el sueño. El burro «Gorrión», con las manos trabadas con una correa, está inmóvil, igual que muerto, indiferente, como una estatua perdida entre las sombras de un jardín.

Cantan los grillos y un perro ladra sin ira, prolongadamente, desganadamente, como cumpliendo un mandato ya viejo. Por la carretera pasa un carrito tirado por una mula ligera que va al trote, haciendo sonar las campanillas. Se oye, distante, la aburrida esquila de una vaca mansa. Un sapo silba desde la barbechera, al otro lado del camino.

El viajero se duerme como un tronco hasta la madrugada, cuando cantan los gallos por primera vez, y el viejo le despierta pasándole unas hierbas por la cara.

—Ave María.

—Sin pecado concebida.

—¿Andamos?

—Bueno.

El viejo se levanta y estira los brazos. Dobla la manta con cuidado, la carga sobre el burro y bosteza.

—Yo siempre ando después de las doce, cuando canta el gallo. Parece que se va mejor, ¿no cree usted? Yo digo que la mañana se ha hecho para andar y la noche para dormir.

—Sí, eso pienso yo.

Es aún noche oscura. Hace fresquito y se camina bien.

—Y si hemos dormido una noche bajo la misma manta, cambiando los colores, es que ya somos amigos, ¿no le parece?

El viejo se para, cuando añade:

—Vamos, ¡digo yo!

El viajero piensa que sí, pero no responde.

—Porque ¿usted sabe de fijo cuándo nos vamos a separar?

—No.

Los amigos comen, mientras marchan, un bocado de pan y chorizo. El viajero va en silencio, oyendo al viejo, que canta, en voz baja, un aire alegre y despreocupado que empezaba: «Moza de Torrebeleña, moza de Fuencemillán...» El burro «Gorrión» va unos pasos adelante, suelto, moviendo las orejas a compás. A veces se para y arranca con sus dientes inmensos un cardo o una amapola de la cuneta.

El viajero y el viejo hablan del burro.

—Para bestia es ya tan viejo como yo para hombre. Pero sólo Dios sabe quién ha de morir antes.

En la oscuridad, con la manta por los hombros, el viejo filosofa, con la voz ligeramente velada y el aire fantasmal.

—Y siempre va suelto, ya lo ve usted, y unos pasos delante.

El viejo aprieta un brazo del viajero.

—Y la noche que me quede, igual que un perro, tirado en el camino, le diré con las fuerzas que aun me resten: «¡Arre, "Gorrión"!», y el «Gorrión» seguirá andando hasta que el día ven-



ga y alguien se lo tope. A lo mejor todavía dura cuatro o cinco años más.

El viejo se calla un instante y cambia la voz, que ahora tiene unos agudos extraños.

—En la albarda lleva cosido un papel que dice: «Cógeme, que mi amo ha muerto.» Me lo escribió con letra redondilla el boticario de Tenebrón, cerca de Ciudad Rodrigo, dos años antes de la guerra.

Se callan otro rato y el viejo suelta una carcajada.

—Echemos un traguito, que por ahora aun estoy muy duro; aun nadie ha de leer la letra del boticario.

—¡Que sea verdad!

—Y usted que lo vea.

Un perro sale gruñendo de unas huertas. El viejo le tira unas piedras y el perro huye. Tenía la cabeza gorda y llevaba una carlanca de clavos, sobre la que sonó, fuerte como una herradura sobre el empedrado, uno de los cantazos del viejo.

—Ahí queda Barriopedro, a la orilla de ese arroyo. A veces trae algo de agua; ahora vendrá bien, lo más seguro. Nace en unos terrenos que llaman del Villar.

Poco más adelante, cerca de la carretera, queda Valderrebollo.

—De aquí sale un camino que lleva a Olmeda.

Está amaneciendo. El cielo se aclara sobre unas lomas secas, de color tierra, casi rojizo, que quedan por detrás de Valderrebollo.

—A esas les dicen las Morras.

Los amigos llevan andando ya un largo rato—un largo rato de tres o cuatro horas—cuando cruzan por Masegoso.

—Por mí nos quedamos; yo no tengo prisa.

—¿Se cansa?

—No, yo no. Si quiere, vamos hasta Cifuentes.

Masegoso es un pueblo grande, polvoriento, de color plata con algunos reflejos de oro a la luz de la mañana, con un cruce de carretera. Los hombres van camino del campo, con la yunta de mulas delante y el perrillo detrás. Algunas mujeres, con el azadillo a rastras, van a trabajar a las huertas.

El burro «Gorrión», el viejo y el viajero cruzan el puente sobre el Tajuña. Un pescador pasea por la orilla del río. El pueblo queda a un lado, con el sol por detrás.

Los amigos, a eso de las ocho y media o nueve, hacen un alto, a la vista ya de Moranchel. Moranchel queda a la izquierda del camino de Cifuentes, a dos centenares de pasos de la carretera. Es un pueblo pardo, no hecho para estar rodeado de campos verdes. El viejo se sienta en la cuneta y el viajero se acuesta de espaldas y queda mirando para unas nubecillas, gráciles como palomitas, que flotan en el cielo. Una cigüeña pasa, no muy alta, con una culebra en el pico. Unas perdices se levantan de un tomillar. Un pastorcito adolescente y una cabra pecan, con uno de los pecados más antiguos, a la sombra de un espinillo florecido de aromáticas florecillas blancas como la flor del azahar.

Tumbado boca arriba, el viajero se duerme al sol pensando en el Viejo Testamento.

Pasa un camión estruendoso, sucio, deforme, que levanta una nube de polvo. El viejo, cuando el viajero se pone en pie, está cosiendo un botón de la chaqueta.

Al mediodía los amigos entran en Cifuentes, un pueblo hermoso, alegre, con mucha agua, con mujeres de ojos negros y profundos, con comercios bien surtidos que venden camas niqueladas, juegos de licorera y seis copas con bandeja de espejo, y cromos saludables, gozosos, de cien colores, que representan la Sagrada Cena o un molino del Tirol rodeado de altas cumbres nevadas.

Atrás se ha quedado el cerro de la Horca, un altozano que termina en una meseta lisa como un plato. Según le explican al viajero, antiguamente, cuando para entretener a las gentes sencillas, que lo que piden es un poco de sangre, aun no se habían inventado las corridas de toros, se usaba la mesetilla del cerro de la Horca para ajusticiar a los condenados a muerte. El viajero piensa que el sitio no está mal elegido; sin duda alguna, el cerro de la Horca tiene una hermosa perspectiva. El viajero piensa también que es lástima que en el cerro de la Horca no se levante un rollo; hubiera hecho muy hermoso.

A la entrada del pueblo, cerca del río, está la albardería del «Rata», un taller pequeño, abigarrado, lleno de encanto; un taller medieval, optimista y abierto a todos los vientos como un mercado. El «Rata» se llama Félix Marco Laina. El «Rata» es un hombre de talento, un hombre que supo aprovechar un apodo, exprimirlo como un limón. En su tienda, rodeado de bastas, de enjalmas y de aceruelos, el «Rata» es un cónsul de la Alcarria y su casa un registro general del ir y venir de las gentes. Las gentes, tarde o temprano, siempre acaban pasando por la albardería del «Rata» en busca de una cincha o un lomillo, de-

tras de un ataharra, en pos de un debajero o una cangalla.

El viajero regala una carona de almohadilla al burro «Gorrión», y el burro «Gorrión» mueve el rabo, nervioso como un niño, mientras lo visten.

Los amigos tiran por la vega, en sentido contrario del pueblo. Van a comer y echarse después un ratito de siesta en la fuente del Piojo, que tiene un agua clara, muy fresca, famosa en la comarca. Entre la fuente del Piojo y el río verdean las huertas. Por encima de la carretera de Gárgoles se ven los muros de un castillo en ruinas. El viejo no sabe de quién fué el castillo. Una mujer que pasa tampoco lo sabe.

—Ahora es de una señora marquesa.

El viajero, a las tres de la tarde, vuelve sobre sus pasos y entra en Cifuentes, donde tiene un amigo al que quiere visitar. El viejo se queda en la fuente del Piojo, haciendo la digestión a la sombra.

—Luego nos vemos.

—Bueno.

El amigo que el viajero tiene en el pueblo se llama Arbeteta. Arbeteta es un hidalgo recio, cin-



cuentón, ya sesentón quizás, fornido, lleno de salud, con media docena de hijos más que mozos y una casa con tres balcones franceses, airosos como plateas de un teatro de ópera.

—Cifuentes es la capital de la Alcarria. La Alcarria se distingue por la miel, y donde más miel se da es en el partido de Cifuentes, en Huétor, en Ruguilla, en Oter y en Carrascosa.

El amigo del viajero habla con orgullo de Cifuentes. Mientras pasean por el pueblo, le va explicando su antigüedad. El viajero aprende que el castillo lo hizo don Juan Manuel y la iglesia una querida de Alfonso el Sabio que se llamaba doña Mayor. El viajero recuerda, vagamente, que en un libro que leyó, hace años, llamaban a don Juan Manuel turbulento y pendenciero. De doña Mayor, el viajero no había oído hablar en su vida.

En el pueblo hay muchas puertas con herrajes bonitos, muy artísticos, con aldabones y picaportes de hierro negro, con ojos de cerradura que forman dibujos: un corazón, un trébol, una flor de lis, un arabesco.

El río Cifuentes nace de debajo mismo de las casas. Nada más nacer mueve un molino; el pueblo está levantado sobre un manantial. El Cifuentes es un río precoz, de poco tamaño y mucha agua, que va a caer al Tajo en Trillo; no tiene mucho más de dos leguas de curso, pero

va lleno de agua; más lleno, sin duda, que muchos ríos más largos. En el corto camino que corre, el Cifuentes va de cascada en cascada: salta lo menos medio centenar de veces por encima de las piedras.

En la balsa del molino se baña una bandada de patos domésticos, graciosos, que tienen una plumita arqueada y brillante en la cola, una plumita de color gris con reflejos verdes y azules y colorados. Algunos patos duermen en la orilla, unos de pie y otros echados, con la cabeza escondida en el ala. Otros pasean graznando y moviéndose para los lados, como marineritos. El viajero se asoma al pretil del puente, a vara y media del agua, y les echa unas migas de pan. Los patos acuden, presurosos, batiendo las alas sobre el agua. Los patos de la orilla, los patos que dormían, se despiertan, se esponjan, miran un instante y se echan también a nadar.

Arbeteta va contando al viajero, mientras van por el pueblo de un lado para otro, la leyenda de la fuente del Oro, al pie del cerro de San Cristóbal, en el camino de Ruguilla. Es una historia, muy literaria, demasiado literaria quizá, de moros y de cristianos, de pepitas de oro grandes como cerezas y de princesas vírgenes, bellas, blancas y misteriosas como la luna. La historia tiene un hermoso sabor de fábula, y el viajero piensa, en contra de su costumbre, en los juglares de la Edad Media, que tocaban el laúd en el patio de las Damas, en cada castillo, y eran azotados hasta la sangre, en el patio de los Caballeros, cuando desafinaban.

Un niño enfermo lee, sentado al sol, los cuentos de Andersen en un libro hermoso, encuadrado en cartón. Cuando pasa el viajero, levanta la cabeza y mira. Es un niño moreno, de pelo rizo, con los ojos oscuros, la tez pálida y la sonrisa elegante, prematuramente amarga. Está baldado de cintura abajo, sentado siempre en su silloncito de mimbre. El viajero le dice que qué tal está y el niño le responde que bien, muchas gracias, que tomando un poco el sol. La madre sale a la puerta. El viajero pide agua y la madre del niño enfermo le invita a pasar y le ofrece un vaso de vino. Después le explica que el niño se llama Paquito; que nació muy bien, muy lucido, pero que pronto se torció, que tiene parálisis infantil, y que algunas noches, cuando lo meten en la cama, se le oyó llorar en voz baja, durante mucho tiempo, hasta que se duerme. Le explica también que ella procura llevarlo lo mejor posible, pensando que es una cruz que el Señor le envió.

—Otros dos tuvimos y los dos murieron, ya mayorcitos. Mi marido dice que qué pecado habremos hecho.

La mujer tiene los ojos tristes. Se queda mirando fijo para la pared, y añade:

—Después de todo, ésta es la que me ha tocado.

Al llegar a la plaza, el viajero ve a su amigo el viejo con el burro «Gorrión» al lado.

—Le estaba esperando.

—¿Sí?

—Sí, señor, quería despedirme.

—Pero ¿adónde se va usted?

—No me voy, me quedo. Me ha salido una chapuza y me quedará hasta que termine, tres o cuatro días. Usted, me figuro que seguirá andando.

El viajero está un momento indeciso.

—Sí, yo seguiré andando; a mí no me ha salido ninguna chapuza.

El viejo habla fingiéndose distraído, mirando para la cabeza de «Gorrión», como para quitarle importancia a sus palabras:

—Poco es; pero si usted quiere, la mitad es suya.

—No, se lo agradezco igual; no están los tiempos para repartir.

—Como guste.

El viejo y el viajero se miran.

—¿Hacia dónde va a tirar?

—Había pensado bajar a Trillo.

El viejo y el viajero se dan la mano y se dicen adiós.

—A ver si nos vemos.

—Será lo que Dios quiera.

—Y si no nos vemos...

—Si no nos vemos, que haya suerte.

El viejo, que se había levantado, se sienta de nuevo mientras el viajero sube, ¿por qué no decirlo?, un poco pesados, por una calleja por donde van dos mujeres con sus cantarillos al brazo.

El amigo de Cifuentes le pregunta al viajero:

—¿Quién es éste?

Y el viajero le responde:

—Un antiguo amigo mío, buena persona. Se llama Jesús, es de la parte de Belmonte, de un pueblo que dicen Villaseca, y anda a lo que vaya saliendo, como ahora ando yo.

En la parroquia del Salvador hay un púlpito de jaspe, o de alabastro, que debe valer un dineral; es un púlpito de mucho mérito. Tiene unas esculturas muy cuidadosamente esculpidas y

lo remata, por abajo, una cabeza con dos caras, como la de Jano, sólo que de hombre y mujer. El cura le cuenta al viajero la última historia del púlpito.

—Después de la guerra me costó mucho trabajo encontrarlo. Fué a aparecer en Madrid, en un museo. Al principio no querían dármele, querían darme otro en vez. Un día me fuí con un vecino que tiene una camioneta, me planté a la puerta del museo y les dije: «Venga ese púlpito, que es mío.» Lo cargué en la camioneta y ahí lo tiene usted.

El cura es un cura valiente, decidido, un cura simpático y trabajador, que está orgulloso de su púlpito, y en cuanto lo encontró, se lo trajo y en paz.

La iglesia tiene una puerta que da a un patio con un emparrado y algunos árboles. El patio da también a la casa del cura.

—Así estoy mejor. ¿Que quiero tomar un poco el fresco? Pues me doy un paseo por aquí y no tengo que salir a la calle más que en caso de necesidad.

La casa del cura es limpia, clara, con los suelos de tabla bien fregada y las paredes pintadas de cal. El cura acompaña al viajero hasta la puerta. Hay que bajar bastantes escaleras, porque el terreno tiene desnivel; la puerta a ras del patio coincide con las ventanas del primer piso por el lado de la calle. A la puerta se despiden.

—Bueno, señor cura, adiós; tanto gusto.

—Adiós, hombre, no es para tanto; el gusto es el mío; que le vaya bien.

El viajero se aleja con su amigo y al doblar la esquina vuelve la cabeza. El cura, en medio de la calzada, le dice adiós con la mano.

Un perro husmea en un montón de basura. Dos inmensas tinajas de barro están tumbadas en el suelo, vacías, en una rinconada, a pleno sol.

—Ahora vamos a merendar, si le parece, y después iremos a la casa que dicen de la Sinagoga. Es muy antigua, ya la verá usted.

Al viajero, como era de esperar, le parece muy bien lo de la merienda. Tiene hambre y en casa de Arbeteta se toma un vaso de leche espesa, de color de manteca, y un pedazo de pan blanco,

macizo, tierno, de dos palmos de tamaño. Con la barriga llena, el viajero se torna sentimental. Lo nota y corta por lo sano.

—¿Vamos a lo de la Sinagoga?

—Vamos, si usted gusta.

El viajero empezaba a pensar, después de la merienda, en pajaritos silbadores, mariposas gentiles, niños errabundos y otras zarandajas. Las panzas llenas es lo que tienen: que pueblan la mente de ideas de señorita catequista.

La casa de la Sinagoga es una casa de dos plantas, con las ventanas más bien pequeñas y un patio de columnas. En el patio hay un pozo de alto brocal, tapado con unas tablas. Unas gallinas pican el estiércol, mientras un cerdo hoza el suelo, gruñendo.

El amigo del viajero llama, en voz alta:

—María, sal, que venimos a ver tu casa.

El ama sale, secándose las manos con el delantal.

—Poco tiene que ver. Es muy pobre esta casa, ya ve usted.

Unas golondrinas cruzan, veloces como rayos, el aire del patio. En las vigas y debajo de los capiteles de las columnas tienen sus nidos. Hay también, un poco más arriba de la media pared, las señales de otros nidos que un día, sin que nadie los empujara, se vinieron abajo.

—Es que las golondrinas son como las personas: que las hay listas y tontas. ¡Mire usted como esos otros nidos no se cayeron!

El ama, después de explicar lo de las golondrinas, saca de dentro dos banquetas para que se sienten el viajero y su amigo. Al fresco de la tarde se está a gusto, sentado en un patio, fumando, de charla con la dueña de una sinagoga.

—¿Usted sabe que esto estuvo en otro tiempo lleno de judíos?

—Es mi pena, ¡mal rayo los parta! ¡Los verdugos de Nuestro Señor!

El viajero, como siempre, se da cuenta de que ha metido la pata cuando lleva ya el agua por el vientre. Entonces piensa, para consolarse, que la mujer no puede ignorar que a los de Cifuentes—y a los de Alovera, a los de Taracena, a los de Torija y a los de Uceda—llaman en la comar-

ca judíos por mal nombre. Y perjuros, que es todavía peor, a los de Romancon. El viajero piensa también que, cierto o no cierto, ésa es la costumbre.

Se levanta y habla entonces de la cosecha, que este año es buena conversación; del tiempo que hace y de lo hermosas que encuentra a las gallinas, que van ya de retirada, subiendo por unos palos hasta el gallinero. Dos palomas descansan en lo alto de un montón de leña. Un niño entra, con la cartilla debajo del brazo.

—¡Niño, saluda a este señor!

—Buenas tardes tenga usted.

El viajero, para congraciarse un poco, le da una perra gorda al niño.

—Niño, ¿qué se dice?

—Muchas gracias tenga usted.

El niño está a un palmo escaso del viajero, mirándole fijamente, respirándole encima. Su aliento huele a ternera fresca, a ternerillo mamón.

—¿Sabes las letras?

—Sí, señor.

—¿Qué letra es ésta?

—Una e.

—¿Y ésta?

—Una eme.

—Muy bien. ¿Sabes las reglas?

—No, señor, las reglas no las sé.

Ya en la calle otra vez, la luz es otra. El sol se ha puesto por las lomas de más allá de la fuente del Piojo, y las casas empiezan a tomar un tono más tenue, más opaco. Atado a la argolla de un portal, moviendo el rabo con alegría, está el burro «Gorrion», que hoy lleva un día bastante descansado. Por el abierto portalón se ve el patio donde el viejo con el que el viajero se topó en Brihuega, comiendo pan con sardinas ahumadas al pie de una columna de los soportales, vacía un pozo negro: la chapuza.

La noche cae, con bastante rapidez, sobre Cifuentes. Encima del pueblo se recorta, solitario, el cerro de la Horca. La campana del Salvador, en la torre que una bomba partió por la mitad, como un cuchillo, hace ya rato que tocó a oración. El viajero piensa que mañana será otro día.

(Viaje a la Alcarria.)

De Peñafiel a las puertas de Segovia

EL vagabundo, a media mañana, salió de Peñafiel por la carretera de Valladolid, y se metió, aún entre casas, por el camino de Cuéllar por Campaspero, el pueblo que no sabe de qué color son los árboles.

El día estaba fresquito, y el vagabundo, con la cabeza clara, se sintió con fuerzas para echar la cuenta de las leguas de Duero que anduvo desde San Esteban de Gormaz, y que, si no se confundió, resultan veinte.

El vagabundo, de espaldas al Duero, el río que tardará en caminar otra vez, lleva intención de volverse a meter por tierras segovianas, por los pardos paisajes en los que, entre tanta sequedad, se siente dichoso como el pez en el agua.

No lejos de Peñafiel, y aún en su término, el vagabundo cruza el lugar de Aldeyuso, minúsculo y gracioso, pero sin más que ver.

Molpeceres, cerca de Aldeyuso, es aldea que pertenece a Torre de Peñafiel, de la que está a una legua por el monte y a dos larguitas por donde el vagabundo marcha. Molpeceres se sienta sobre terreno pantanoso y no muy sano. Hacia el sur, dejando a poniente los altos de la Mula, y por un camino que va haciendo revueltas, el vagabundo se mete hasta Fompedraza, que antes se escribía, con más propiedad, con «n» en vez de con «m», pueblecillo montado en un cerro y rodeado de piedras que echan a perder todo el terreno del término, del que sólo se salva la escasa docena de obradas del vallecillo.

En Fompedraza, el vagabundo, en lugar de bajar a Campaspero y meterse en Segovia por Cuéllar, tira a la izquierda, hacia Canalejas de Peñafiel, con idea de entrar en la otra provincia por Sacrame-

nia o por Laguna de Contreras. De Valladolid a Segovia puede pasarse por diecisiete caminos más, pero el vagabundo piensa que no ha de ser necesario nombrarlos todos, quizás por aquello de que, siendo tantos, a nadie ha de resultar difícil el tropezarlos.

Canalejas de Peñafiel pronto se encuentra. El vagabundo, que es hombre a quien se le dan bien los tontos, quiere dedicar un recuerdo al tonto de Canalejas de Peñafiel, Quiquito Esteban, garzón babosillo y servicial, escurrecido de carnes y harto de mataduras, que le ofreció una rebanada de pan de trigo salmerón untada de aceitejo alperchín, un pajarito vivo y un lazo de alambre para cazar conejos.

Canalejas de Peñafiel está situada en un altozano que navega entre dos valles. En el de Olmaz está la ermita de la Virgen. Canalejas de Peñafiel es pueblo rico

en aguas y en leña, que cría ganado lanar, pesca cangrejos, cosecha cereal y vende rubia.

El vagabundo, saliendo de Canalejas de Peñafiel, contesta a lo que le pregunta Quiquito Esteban, que se brindó a acompañarlo hasta el camino de Torre, poco antes de llegar al Duratón.

—¿Tiene usted novia?

—No, hijo, que tuve una, pero se me murió.

Quiquito Esteban tenía cara de gorrión con piojillo.

—¿Y qué le pasó?

—Pues ya ves, que le dieron las fiebres.

—¡Vaya!

Quiquito Esteban, al saber que al vagabundo se le había muerto la novia, se puso triste como un gazapo empanzado, y pensativo igual que un niño con hambre.

—Yo tampoco tengo novia, yo nunca la tuve...

—¡Hombre, tú aun eres joven!



Ya tendrás tiempo de tenerla.

—No, señor, yo nunca tendré novia... A mí no me dejan arriar las mozas... Ni me quieren por galán, ni tampoco que las baile...

Los ojos de Quiquito Esteban brillaban con una extraña mezcla de honesta lujuria y de acobardada y espantable crueldad. El habla de Quiquito Esteban se había hecho entrecortada, y en su voz se posaron, como pájaros negros y de mal agüero, unos broncos sonos de animal y cruel sentido.

—¡Ya ve cómo son!

Quiquito Esteban, de repente, se puso a llorar como una Magdalena, se volvió y salió corriendo por la cuesta arriba, camino de Canalejas de Peñafiel, el pueblo donde las mozas, ¡con cuánta inútil falta de caridad!, no le quieren por galán.

Con el sol brillándole en la boquilla capona, los hombros encogidos y los cueros sin gracia, Quiquito Esteban, galopando de huida, tenía el aire siniestro y desconsolado de los flacos canes malditos que rondan, incluso sin esperanza, los mataderos.

En el cruce de Torre el vagabundo se sentó a comer de su fardel, mientras los pájaros del cielo se amaban estruendosamente, el macho de la rana piropeaba, croando, a la rana mocita en edad de merecer, y el paciente escarabajo de la cuneta, con su mejor coraza de oro, amasaba, lleno de amor y parsimonia, la bolita de estiércol que ofrecería, a la caída de la tarde, y con su más gentil sonrisa, a la hembra que ya sabía dónde la esperaban.

El vagabundo comió sin apetito. El vagabundo tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse. El vagabundo, de haberse dejado llevar por su voluntad, habría vuelto so-



bre sus pasos y en Canalejas de Peñafiel hubiera dado a su amigo Quiquito Esteban, el doliente doncel en desamor, un hondo, inexplicable y prolongado abrazo contra su corazón.

Pero el vagabundo se metió a la derecha, de espaldas a Quiquito Esteban y a las altivas mozas de su pueblo, aguas arriba del Duratón, y en busca de Torre de Peñafiel, pueblo de valle y de encinar y robledal, por el que pasa mustio como alma en pena.

Más allá de Torre y a menos de media legua, el vagabundo se mete en Rábano, su último pueblo vallisoletano, hasta que vuelva a verlos, si no se tuerce, después de caminar el campo de Segovia y la alta tierra de Avila.

Rábano está en un llano a orillas del Duratón, en terreno de bosquecillo y praderío. De Rábano salen tres caminos, el que trajo y el que tomará el vagabundo, y otro, por la margen derecha del río, que lleva, sin más rodeos, a Peñafiel.

Al pasar el vagabundo por Rábano, el sol va de caída. El vagabundo, que hoy prefiere dormir al raso, a ver si espabila la tristeza, quiere acercarse, por la orilla del río, a la linde de la provincia, que no puede andar lejos.

A los tres cuartos de hora de andar, el vagabundo, a quien la noche le viene de frente, se tropieza con un mojón, más alto que los demás, que, por la cara de acá, dice: «Provincia de Segovia», y por la contraria, «Provincia de Valladolid».

El vagabundo comió un bocado, se fumó un pitillo, desdobló su manta y se tumbó a dormir en la cuneta, arrullado por las bodas del Duratón con el arroyuelo Contreras, que a sus espaldas, y eternamente, se casaban.

Al vagabundo, antes de la amanecida, lo levantó el desaforado ladrar de un gozquecillo de pastor, de sucias lanas y destemplada voz, que se puso a alborotar como un endemoniado.

El vagabundo, al llegar al cruce, dejó el camino del Duratón por el de San Bernardo, el río que baña a Sacramenia, donde almorzó unas copejas de aguardiente y un pan que le dieron por sujetar a una yegua asustada.

Sacramenia, en la falda de un cerro, es pueblo que reza a Santa Marina en la parroquia y a Santa Ana en la ermita. Sacramenia es un pueblo de frutal y álamo blan-

co, de pasto y de cajiga, de chaparro y encina hueca y fantasmal.

En el término de Sacramenia aun se ven los restos del despojado de Aldealfeleón. ¿Qué soplo misterioso habrá azotado a estos pueblos que murieron, igual que una res, en el medio del monte? ¿Qué remota fiebre los habrá diezmado? ¿Qué maldición los secó?

De Sacramenia, que tiene un camino a cada viento, el vagabundo sale por el de Fuentidueña, donde volverá a encontrarse con su amigo el río Duratón.

A medio andar de Fuentidueña, el vagabundo, a quien ya le venían dando latigazos las muelas desde Peñafiel, quién sabe si de los productos alimenticios de primera calidad, a los que no estaba acostumbrado, notó que el dolor le subía a galope, como las riadas, y se sentó al borde del camino a gritar a gusto y sujetarse la cara con las manos, a falta de mejor remedio, y a esperar a que el tiempo, la providencia o un sangrador le sacaran de apuros, que buena falta le hacía.

Cuando el vagabundo, desesperado ya, vió que ni el tiempo pasaba ni la providencia le hacía el anhelado quite, acertó a presentarse un varón membrudo y de barba de chivo que, al reparar en el desconsuelo del vagabundo, le habló con unas palabras llenas de sabiduría y de buen sentido.

—¿Por qué grita usted con esas desaforadas voces de loco?

El vagabundo, que no estaba para remilgos, le respondió:

—Pues sepa usted que grito, hermano, porque me da la gana y, además, porque la muela del juicio se me convirtió en basura y para mí que va a terminar pudriéndose toda la calavera.

—¿Y tanto le duele?

—Sí, señor, tanto y aun más todavía, y si supiese cómo echarla fuera, le juro que ya la habría escupido lejos de mí; tan lejos que no hubiera podido volver a verla jamás.

El hombre se sentó al lado del vagabundo, prendió la yesca para encender su requemada colilla, puso la cara científica y habló:

—Pues ya le digo a usted que el dolor lo aguantaba porque no quiere ponerse en manos de quienes oficiamos en las artes de la cirugía. ¿Usted me entiende?

—Sí, señor, sí que lo entiendo.

—Pues a eso vamos. Si usted tiene dos pesetas y quiere gas-

társelas en sanar, yo me comprometo a sacarle la muela en algo más que canta un gallo, pero siempre en menos de una hora. En el macuto llevo la herramienta, en la bolsa el libro donde hago los estudios, en la cabeza la ciencia y en las manos la energía y la habilidad. ¿Quiere usted gastarse las dos pesetas?

El vagabundo se quedó un ratillo pensativo, pero después se decidió.

—Sí, me parece que va a ser lo mejor. No me viene muy bien gastarme dos pesetas, pero la verdad es que así tampoco puedo seguir. Ahora le doy a usted sus cuartos y que Dios me ayude.

—Sí, hijo, Dios le ayudará; Dios nos ayudará a los dos.

La totovía cantaba en el barbecho; el ciempiés bullidor cazaba a la espera la torpe mosca del to-millo; el alcotán espiaba la primer salida medio larga del gazapo; el asno de todas las decoraciones rumiaba, en medio del yermo, sus nutricios recuerdos de la primavera, y una nube liviana que semejava una señorita en camisón, volaba, casi con desmayo, hacia Fuenteso y Valtiedades, los pueblos de donde venía el sangrador.

El hombre extendió con mimo un papel de «El Adelantado de Segovia» sobre el suelo ilustre, sujetó sus cuatro puntas con cuatro cantos y sacó del macuto la herramienta, una herramienta sólida y vetusta como los pensamientos que el viento hace rodar por debajo de las encinas, o al borde de los flacos alamillos, o por encima de los riscos en cueros.

El descarnador y el pulicán, el gatillo y la gatilla, la dentuza, el botador y los alicates—quizás un hierro por cada uno de los siete pecados capitales—, enfriaron el frío aire del camino con su aire frío, siniestro y circunspecto.

—Así, con frío, salen mejor las artes. Lo dice el examinador mayor del Real Protobarberato, el señor don Ricardo le Preux, que es talmente un sabio. Puede usted leerlo en este libro mientras yo doy aliento a la herramienta.

El libro que dieron al vagabundo es un libro breve y no muy antiguo—un libro de hace ciento veinticinco años—, encuadrado en tripa y titulado «Doctrina moderna para los sangradores, en la cual se trata de la flebotomía, arterotomía; de la aplicación de las ventosas, de las sanguijuelas, y de las enfermedades de la dentadura que obligan a sacar dientes, colmillos o muelas, con el arte de sacarlas». El libro está compuesto por don Ricardo le Preux, primer cirujano y sangrador que fué del rey Don Luis I, alcalde y examinador mayor del Real Protobarberato. El libro está impreso en Madrid, con las debidas licencias, por la viuda de Barco López.

—Y además, amigo mío, esta herramienta es de lo mejor, es la herramienta que uso para los pacientes de primera, para los señores y para todos aquellos que, sin serlo, me pagan dos pesetas por extracción, como me pagan ellos. Esta herramienta está hecha con hierros que fueron del Santo Oficio, y estos hierros vieron ya tanta sangre, que ahora espantan la sangre y cortan las hemorragias. ¿Quiere usted darme las dos pesetas?

—Sí, señor; tómelas usted.

—Muchas gracias, y al bote con ellas. ¿Quiere usted sentarse aquí, en este hoyo?

El vagabundo estaba muerto de miedo y con menos sombra que un mimbre. Además, y para colmo, la muela parecía ya molestarle menos.

—Bueno, hermano, como usted guste.

El cirujano limpió el descarnador en el sobaco.

—¿Me deja usted que lo amare?

—¡Hombre, si es obligación! El sangrador era hombre ecuanime.

—Pues verá. Obligación, lo que se dice obligación, no es. Pero sí es muy saludable. Algunos clientes tiran patadas, ¿sabe usted?

El vagabundo notó algo así como si la nubecilla en forma de señorita en camisón, que ya andaba lejos, llorase con lágrimas amargas y desconsoladas.

—Bueno, amárreme...

El sangrador le amarró. Después cogió el descarnador. Después le puso una rodilla en el pecho al vagabundo.

El gerifalte del cielo salió huyendo, desfavoridamente, camino del horizonte.

El vagabundo tardó dos días enteros en sanar, tiempo durante el cual, la verdad sea dicha, el sangrador no se apartó ni un solo instante de su lado.

En estos días, el vagabundo, al que el humor le volvió quizá por el sitio que antes ocupara el dolorido, supo que quien le había sacado, con la muela podrida, las castañas del fuego, se llamaba don Fabián Remondo y Larangas, natural de Valdepinillos, aldehuela de guinda y nuez dependiente del ayuntamiento de la Huerce, provincia de Guadalajara, hombre que había sido sacristán en Arroyo de las Fraguas (Guadalajara), zorra de botargas en Duruelo de la Sierra (Soria), pregonero en Quintanillo de Nuño Pedro, ayuntamiento de Espeja de San Marcelino (Soria) y ex combatiente de la guerra del Chaco entre la Bolivia y el Paraguay (América del Sur).

Cuando ya el vagabundo se encontró con fuerzas para seguir su camino, don Fabián, que era hombre amable, le propuso que hicieran juntos alguna jornada.

—Como usted guste, hermano, que para mí es honroso aparecer en tan discreta compañía, y pienso además buscarle clientela, a poco que la suerte me ayude, que también a mí me agrada corresponder y pagar en la misma moneda que me dan.

Don Fabián y el vagabundo se estrecharon la mano y salieron para Fuentidueña, adonde llegaron hacia el mediodía. El río Duratón, como ya se dijo, cruza Fuentidueña, y el arroyo Fuentes, como ahora se explica, nace y muere en su término, vertiendo sus cortas fuerzas en el río. El Duratón pasa por Fuentidueña bajo un puente de seis arcadas. Fuentidueña es pueblo con dos plazas y buenas fuentes, un vetusto y ruinoso castillo, en el que estuvo preso el marqués de Villena, y al que Alfonso VIII se retiró después de la batalla de las Navas; una iglesia parroquial remendada y de cierto empaque, la de San Miguel; las ruinas de los templos de Santa María la Mayor y San Martín, y no más que el recuerdo de los del Salvador y San Esteban. Fuentidueña, que perteneció al señorío del condestable Luna, fué villa murada y de cierta historia, de la que no supo guardar el recuerdo. Cerca del río, Fuentidueña tiene un Vía Crucis de piedra que va a dar a las vacías sombras del convento de San Juan de la Penitencia.

Por el camino de Calabazas, que está muy cerca, y entre álamos de los dos colores, don Fabián y el vagabundo se metieron hablando de sus cosas, y cuando se quisieron percatar, se encontraron ya en medio del pueblo y al pie de una bodega, a la que entraron a descansar un compás y beberse el par de vasos que habrían de ayudar al parvo almuerzo a bailar el suelto en la molleja.

(Judíos, moros y cristianos.)

El vagabundo, peregrino en Santa Marta

El vagabundo, entre romeros portugueses, mendigos variopintos y carpazonas de rojo sayal, marcha, corredoira arriba, camino de Santa Marta de Ribarteme, en el campo de Las Nieves, por el monte pontevedrés.

El vagabundo andaba con la salud a vueltas y había prometido un ataúd a la santa si la santa lo libraba del ataúd.

*Virxen Santa Marta,
estrela do norte,
que lle déu a vida
a o estivo a morte.*

Como el vagabundo no tiene ni amigos ni parientes, ni, por no tener nada, ni un perrito que le ladre, lleva, por entre las madresevas y los tojos del camino, su ataúd a la cabeza, igual que una cesta de frescas manzanas de esperanza.

Una mujer camina de rodillas con un niño vestido de limpio al lado. Es una mujer quizá joven todavía, con el aire pausadamente evadido y los ojos rojos de llorar.

—Que Santa Marta, ramiño de plata, nos traiga la salud con el agua del cielo y la flor de los campos.

Un viejo marinero con un ancla tatuada en la frente y cien singladuras grabadas, a golpe de galerna, en el corazón, le hace coro mientras arrastra, casi como un pecado, el cuerpo que se le fatigó antes que el alma y mucho después, ¡que San Telmo nos valga!, que la memoria.

—Que Santa Marta, flor de blanco lirio, nos traiga la salud, antes que los primeros vientos de la mar.

Y una mocita aun verde como los tallos tiernos del tierno cerezo, responde desde los hondos abismos de su pecho:

—Que Santa Marta, sol de todo el mundo, nos traiga la salud con el amor que va de camino, como la anduriña.

Los romeiros, en grupos de tres, dos mujeres y un hombre que les da la derecha, cantan hasta enronquecer detrás de la imagen que vacía torrentes de caridad y de esperanza sobre todas las cabezas:



*Virxen Santa Marta
está no seu trono
que fixo milagros
pol-o mundo todo.*

El vagabundo, con la mortaja amarilla, de un muerto amarillo de moribundo, o de máscara de ajusticiado, que se había comprado en Puente-áreas; una vela de cera de su misma alzada, y su ataúd de rosado pino de los montes de Piñor, allá donde el Cister hace quesos bajo las bóvedas de Osera, semejaba, con sus andares de hombre de los caminos, un alma escapada de la procesión de la Santa Compañía, con todos los viejos dioses de la vieja mitología celta sirviéndole, como acólitos, en su peregrinar.

En el atrio de San José de Ribarteme, donde

se venera la santa de las más hondas devociones y de los más pasmosos milagros, el vagabundo se topó con una millenta de romeros que, como él, iban en busca de la salud perdida, ese último rubí que el mendigo más pobre y desconsolado se resiste a perder sin desojarse buscándolo.

Mozas y viejos patriarcas ricos en fillos bravos—fillos d'a silveira—, matronas fundadoras de estirpe y niños que no se han de lograr, hombres maduros y mujeres que ya no lo son, forman en el cortejo.

Detrás del pendón y de los andores—unos ramos adornados con plumas, bolas de cristal de colores y roscas de azúcar y de flor de harina—marcha un Niño Jesús minúsculo a hombros de cuatro rapaces varones. Siguen dos ataúdes infantiles también llevados por niños, la Virgen del Carmen y sus marineros, un nuevo ataúd de blanca color e intención; otro—grande y de negros lutos—llevado por hombres que estuvieron a la muerte, y otro, idéntico, que descansa sobre blandos y también robustos hombros femeninos. Cierra la procesión la imagen de Santa Marta, cubierta de cera y de presentes. Detrás marchan los curas con cruz alzada.

El vagabundo, después de la procesión, comió y bebió todo lo que pudo, se templó las carnes, que halló más aliviadas, y, con los últimos solecos sobre el verde horizonte, se echó otra vez al camino, a ver en qué color pintaba el fiero naípe de la soledad, la baraja sin comodín del errabundo, las cartas que asomaban la sota a la ventana, muy de mañana.

Sobre los aires, como una blanca paloma, aun se escuchaba el canto del romero de retirada, del hombre que había conseguido empujar con vino a la ilusión:

*Virxen Santa Marta,
adiós non lle digo;
si posible fora
levab-a connigo.*

El ruiseñor de la zarza se calló mientras los romeros, camino de sus lejanas aldeas, atemorizaban su rizado corazón.

(Del Miño al Bidasoa.)

A la sombra del Apóstol, en el camino de Santiago

Con el rumbo en la estrella Polar y a las espaldas el cariñoso y cauteloso paisaje de las Rías Bajas, el vagabundo, que va en son de peregrinaje a Compostela, a pedir al Apóstol que acabe de curar el mal que comenzara a sanar Santa Marta de Ribarteme, se detiene en el vetusto Padrón a rezar por su alma y por sus dolientes carnes ante la piedra santa—el Pedrón—donde, hace ya muchos años, unos extraños navegantes amarraron la barca que traía el cuerpo muerto de nuestro señor San Yago, el de la concha de vieira.

Detrás se quedaron ya, como permanentes vigías, las románticas y legendarias Torres del Oeste, pobladas de gaviotas y de recuerdos y habitadas por las más ilustres brujas del Occidente.

El vagabundo, al llegar a Padrón, se dirige a la taberna del «Cuco», para quien trae unas palabras de presentación.

—Santas y buenas nos las dé Dios y el señor Apóstol, que voy preguntando por el «Cuco» y pienso que ya estoy ante él.

El «Cuco», con su aire de trago guitarrero, se quedó mirando para el vagabundo con sus ojillos picardeados y a los que el vino ya les había prestado su color.

—Pues sí, señor caminante, que ante él estáis, y para que veáis que soy el mismo «Cuco» y el amo de la bodega, ahora mismo nos vamos a beber un cuartillo de vino del Ribeiro cada uno y para empezar, que de esta casa, gracias a Dios, no salió seco ningún amigo de don Camilo, que para eso es hombre de fiar y de buena ley, si las hay, y hasta tiene

una plaza en el pueblo que lleva su nombre.

El «Cuco» y el vagabundo, ante sus tazas de vino, hablaron, según las viejas reglas, de todo lo humano y de casi todo lo divino. Si alguien, desde debajo del mostrador o desde detrás de la puerta, hubiera podido escuchar lo que decían, a buen seguro que se hubiese instruido.

A la sombra de Rosalía de Castro, la mujer que logró convertir el llanto en orballo y el orballo en poesía; de la mano del amador, Macías, novio doncel, y guiados por el recuerdo de Juan Rodríguez de la Cámara o del Padrón, galán que hacía florecer con su palabra las más adustas rosas de la primavera, el vagabundo, después de beberse su vino, quiso marchar a oler las flores de los raros nombres, las flores que vinieron del fin del mundo para que los vagabundos que cruzaran las rúas de Padrón pudieran sentir descanso oliéndolas.

Antes, el «Cuco» y el vagabundo hablaron del señor don Nicasio Pajares, novelista padronés y conquistador del trópico, autor de un libro

muy famoso que se llamaba con el raro y científico nombre de *Atorrán-tida*.

Un aire anciano y todavía lozano retozaba por la ladera del viejo monte Meda arrastrando el aroma silvestre del tojo hasta las aguas ilustres del Sar, hasta las bravas aguas del Ulla.

—Se está bien en el jardín, y a gusto...

—Sí, señor, que este jardín se puso para que dijieran lo mismo todos los hombres que van de camino.

Sobre el cementerio de Adina, que cantó Rosalía en verso estremecido y cadencioso, vuela la paloma. Entre la madreseva florecida y la hermética y ofendida camelia, crece el olivo funerario, el olivo que se salió de su geografía, el olivo que no da olivas, de tan aristocrático como se siente, pero que presta sombra y regala recuerdos y esperanzas.

Sobre el más viejo olivo, de pie sobre su copa, milagrosamente, crece un cerezo niño, un cerezo que, a su tiempo debido, pinta las rojas gotas de sus cerezas sobre el gris ceniciento que lo sustenta.



—Y vamos de milagro...

—Sí, señor, que milagros los hay a mares, pero lo que pasa es que no nos damos cuenta.

El vagabundo, ya no en la Iria-Flavia, de rodillas ante el altar que se levanta sobre el Pedrón, reza por sus amargas carnes y por las carnes amargas de todos los vagabundos de la tierra, de los hombres de todos los pelos, todas las alzadas y todos los mirares que viven y mueren por los caminos del mundo, esos caminos que nunca se sabe bien adónde llevan.

—Nuestro señor Sant Yago, tú que anduviste las tierras y los mares para venir a recalar, ya muerto, a esta tierra que te acogió, ruega por nosotros, los hombres que vamos de un lado para otro llevándote como patrón. Amén.

El vagabundo, después de su oración, una oración que le brotó de lo más hondo del pecho, se siente feliz y casi sano.

Por el camino que ya conoció, el vagabundo, con el alma en gozo, se vuelve a la casa de su amigo el «Cuco», el hombre que no dejaba salir seco a ningún amigo de sus amigos.

—¿Ya rezó?

—Sí, señor, y para mí que la salud ya me va más templada y mejor puesta en su sitio.

El «Cuco» sonrió, cazurro como un viejísimo pájaro marino.

—¿Hace, otro cuartillo?

Y el vagabundo, que también sabía dejarse querer, respondió, casi con solemnidad:

—Sí, señor: sí hace.

(Del Miño al Bidasoa.)

Santiago de Compostela

Sí; el gótico es el oro, y el románico la humilde, la sencilla, la bellísima plata.

El vagabundo, mientras escucha retumbar sus pasos bajo los cariñosos, bajo los entrañables, bajo los viejos arcos de Compostela, va pensando en las relaciones que pudieran existir, como por un raro milagro de Dios, entre las arquitecturas, las almas y los metales.

En la taberna del Asesino, el vagabundo, sentado a la mesa de dos besteiros de los montes de Rebordecho que se le hicieron amigos, desayuna aguardiente con rosquillas, se fuma sus cigarrillos de tabaco de la vega de Padrón, habla de la Castilla que aquellos muros no conocen y se rasca, con la parsimonia y el deleite del sedentario, el picor que invade a los caminantes de todos los países cuando se paran, en cualquier esquina de cualquier paisaje, igual que un rendido y aburrido patache sobre los misteriosos bajos de la costa.

El vagabundo, antes de meterse en la catedral, a dar gracias al santo por conservarlo vivo, un poco triste y decididor, quiere contar las incontables losas de Santiago, las piedras, una a una, de la Plaza Cuadrada, que es más bella, según los sabios, que la de San Pedro en Roma, o las de la Plaza de los Literarios, que es más entrañable, según los poetas, que la de San Marcos de Venecia.

El vagabundo, paso a pasito, recorre las rúas de cadencioso y caprichoso trazado que lo vieron caminar de niño, cuando andaba bien vestido y aun no era vagabundo, y reza, por lo bajo, la salmodia sin principio ni fin en la que se cantan las alabanzas de los santos del país, de los santos que, desde los cuatro—¿eran cuatro?—puntos de la rosa vinieron al país para no marcharse jamás del corazón, hermético y de par en par abierto al mismo tiempo, de los paisanos.

—Buenos días tenga usted.

—Buenos días, señora, y su buena planta que Dios se la conserve.



La señora sonrió, casi sin ser notada, con un mohín de ancestral y bien medida coquetería.

—Así sea y que el Apóstol le escuche, que tengo para quien tenerla.

En la catedral no es hoy día de ver fumar al botafumeiro. El botafumeiro no fuma sino en las grandes solemnidades, como las madres de familia pletóricas de virtud.

En la catedral, en una amable penumbra, rezan las viejas damas compostelanas, los viejos canónigos, los viejos hidalgos.

Todo es suave silencio, bien estudiado silencio, bajo las altas naves de la catedral. Un niño que

quisiera cantar, como un jilguero, su salvaje canción mañanera, se callaría, con un respeto millenario, un respeto que no le habría de caber en cien cuerpos como el suyo, al sentirse testigo, quizá sin saberlo, de la tumba del Apóstol.

El vagabundo, después de su confusa y piadosa oración, sale a la calle a empaparse, avaramente, con el orballo, que cae lento como una bendición: igual que un viejo y complicado amor.

El vagabundo—¡no es por nada!—quiere coger en Compostela su abundosa provisión de agua, quiere llenarse hasta el borde las cantimploras del alma, los mismos vasos que el sol secará sin remisión en cuanto vuelva a caminar la heroica, la cruel meseta.

En fin...

En Casa Negreira, en la rúa del Villar, el vagabundo, que tiene unos ahorros y le da la gana gastárselos, se mete a comer una enchenta de pimientos de Herbón, de mínimos y franciscanos pimientos de Herbón, una docenita de sardinas cabezudas y un pote nada ruin de lacón con grelos, que era el almuerzo del almirante Gelmírez y el desayuno del mariscal Pardo de Ceta, el héroe de todas las leyendas gallegas.

El vagabundo, con la panza de buen año, se aleja de Compostela por el barrio del Hórreo, camino de la iglesia de Santa María la Real do Sar, la de las columnas que juegan a simular caerse.

Por el claustro de Santa María, detrás de un caballero templario vestido de fantasma, corre con un palo en la mano un monaguillo tartaja con el pelo de la hermosa color de la zanahoria.

—¿Adónde vas, muchacho?

—Ya lo ve, mi señor, a dar dos palos a un alma en pena...

Por encima de las cabezas del monaguillo y del vagabundo pasa, casi invisible, un alma en desgracia.

(Del Miño al Bidasoa.)

Hasta Poizá, en el camino de Asturias

El vagabundo, a orillas del mar corrués, se despidió de su primo Benitiño do Chao, que arbitró dar unos conciertos de acordeón en un café cantante de la calle del Orzán, y solo, como había venido y como solía andar, tiró por el camino de San Pedro de Nos, con sus chalets y sus coches lustrados y charolados; siguió por las cuestras del húmedo Guisamo, ya la mar y sus peces a la espalda; cruzó el rústico y mínimo Costián, y fué a caer, cuestra de le Angustia abajo, sobre el vetusto y entrañable Betanzos, el pueblo donde el Atlántico vuelve a asomar.

El vagabundo, cada vez que pasa por Betanzos, y ya lleva pasadas unas cuantas en su vida, no puede evitar el acordarse de aquel acto de propaganda electoral en el que el candidato a diputado, asomándose al balcón del Ayuntamiento, preguntaba con voz tonante a la multitud:

—¡Betanceiros! ¿Qué queredes?

—¡Que suba o pan e que baixe a caña!

—Pois cando chegue a Madrid, xa falaréi con premura.

—¡Viva Premura!

Betanzos es un pueblo ilustre, antiguo, rebosante de tradición, lleno de historia. La peluquería de señoras «Avelina» cuelga su marca sobre el noble granito de una fachada con blasón. Las iglesias de Santiago, Santo Domingo, San Francisco y Santa María del Azogue son construcciones de elegante traza y cumplido porte.

Betanzos es también villa de muchas aguas. En Betanzos muere la mar y nace, entre mimbreras que la pleamar oculta, la ría de su nombre. En el mismo Betanzos se encuentran, y se saludan, los ríos Mendo o Mendo y Mendeu o Mendeo. El Mendo viene de los montes de la Tieira, regando huertas, leiras de

maíz y frescas praderas delicadas. El Mandeo nace en la Coba da Serpe, bebiendo las fuerzas de cien arroyos. Aguas arriba del Mandeo y más allá de las hiedras y de las piedras que guardaron a Churruchao, italiano arzobispicida y legendario, los árboles dos Caneiros guardan los amorosos secretos de las mozas betanceiras que se sintieron, allá por los soles de agosto, altas damas del Renacimiento.

Betanzos, hace algo más de un siglo, fué capital de provincia. El vagabundo guarda entre sus papeles un mapa de Galicia, fechado en 1816 y firmado por don Tomás López, «geógrafo que fué de los dominios de Su Majestad, e individuo de varias Academias y Sociedades», en el que el reino aparece dividido en siete provincias: Santiago, La Coruña, Betanzos, Lugo, Mondoñedo, Orense y Tuy, siguiendo el mismo orden de la leyenda.

El vagabundo, en Betanzos, siente envejecer sus carnes y llenarse de honor y de responsabilidad su espíritu. El vagabundo, que es hombre dado, quizá por pobre, a todos los conservadurismos, escucha, al pasear las calles de Betanzos, el latido gemelo de los más viejos corazones.

Por el lugar de Fontelos—atrás la feligresía de San Salvador de Collantes, ya en la cuesta arriba, y Coiros, al pie del monte Espenuca—se sube la cuesta de la Sal, lugar elegido por algunos automovilistas para despedirse de este bajo mundo, de este triste y pobre valle de lágrimas.

En Guitiriz languidecen los agüistas, en San Bêjome de Parga—cuyo patrono es el conde de Vigo—un pastorcillo se adiestra en el arte de soplar la solfa por la boquilla de la gaita, y de Baamonde, a orillas del río Parga y a la lejana sombra del Cordal de Ousá, dejando que siga la

carretera, que bien va sola y que por Rábade y Lugo llega hasta Madrid, el vagabundo se mete, a la derecha, por el ramal que lleva a las Asturias—que nunca se sabe bien cuántas son—cruzando el Eo fronterizo y misterioso.

El vagabundo, que lleva ya mucho camino andado, se sienta, a la sombra de un carballo, a descansar y a poner los pies en alto—que es una honesta y resignada y poco comprometedor manera de echar los pies por alto—, y piensa, mientras escucha a una moza cantar al tiempo que saca, en las golondrinas del cielo, en la Edad Media, en las serpientes de la mar y en otras vagas ideaciones que le confortan.

Sobre los montes, dos nubes que semejan dos manos fantasmales, señalan, con sus blandos y cambiantes dedos, la cabeza del vagabundo. El vagabundo, que, ¡no lo puede evitar!, más bien cree en las brujas que deja de creer en ellas, se tapa el mirar con la boina y espera a que el viento, ese gran aliado, se encargue de pintar otras pinturas en el cielo.

Los lugares de Torre y de Poizá, sobre el río Ladra, tienen un aire bucólico y apacible, muy de postal de joven soldado en amores que felicita el cumpleaños a su novia, niñera en la ciudad.

El vagabundo, que a veces se torna sentimental como una cocinera madura y nostálgica como un afilador en la emigración, suspende su caminar de hoy porque nota que un sosiego no demasiado frecuente le sube, igual que un lento fuego, por los vasos de la sangre.

Después de todo, mañana, si los dioses no disponen otra cosa, será otro día.

(Del Miño al Bidasoa.)



De Villalba a Mondoñedo, pasando por Abadín

VILLALBA es un pueblo grande subido en una colina. Villalba se sienta en la ladera sur de la sierra de la Carba, montes que crían una millenta de rumorosas fuentes y frescos arroyuelos. Las mil venas del agua que escurren por sus verdes cuevas forman los regatos Trimas y de la Magdalena, que, por las praderas de Boizán y las leiras de Sancobade, forman el río Ladra, que ha de caer al Parga para que se lo beba el serio patriarca Miño.

El vagabundo, a las puertas de Villalba, escucha el silbo del jilguero y la recoleta canción del ruiseñor, mientras piensa, casi con la cabeza ida, en el dulce y mínimo Francisco de Asís, que también, bien mirado, fué un vagabundo, un vagabundo que llevaba un ángel posado sobre su corazón.

Como al día siguiente es fiesta—no importa qué fiesta—, las calles de Villalba comienzan a engalanarse. Quizá por la misma razón, un loco bien parecido da unos saltos mortales increíbles en medio de la carretera, sin que nadie le haga caso; en seguida se echía de ver que el loco es un loco que se prodigó, un loco que ha abusado de sus mañas, sus ingenios y sus habilidades, un loco que ya acostumbra a todo el mundo a contemplar e incluso a olvidar—sus difíciles artes de saltimbanqui.

Por los caminos que traen hasta Villalba se acercan, despaciosos y solemnes, los campesinos que van a la feria arreando una vaca marela o llevando un cerdo color de rosa atado de una pata.

El vagabundo, que sabe por experiencia que las vísperas son aún más fecundas que las mismas fiestas, se deja querer de la caridad, y en cuanto reúne tres duros, se larga de Villalba para no caer en la tentación de gastárselos.

Por Goiriz, entre vetustos castaños de Indias, un paisano de zuecos y en bicicleta lleva el negro y cumplido paraguas a la espalda, colgado del cuello de la chaqueta. El vagabundo, al cruzarse con el paisano, le saluda:

—¡Eh! ¡El del paraguas!

Y el paisano, que no le contesta, se lleva la mano a la espalda, a ver si el paraguas sigue en su sitio, y continúa, carretera arriba, camino de donde vaya.

En Abadín, unas mujeres, duchas en el oficio del alarife, trabajan en la construcción de una casa. Según como se mire, la cosa tanto puede significar la esclavitud como el matriarcado, tanto la despótica opresión del hombre como el triunfo del feminismo liberador. Todo es cuestión de apreciaciones.

Hacia Contán—un pueblo pequeño y de distinguido y señorial aspecto—los picos de las montañas aparecen cubiertos por la niebla y el paisaje empieza a hacerse más duro o, quizá mejor, menos sentimental, dulzón y caritativo. Los campos, por esta parte del caminar del vagabundo, tienen una semejanza cierta con la traza de los últimos campos de León, dejando atrás Castilla,



o con la de los primeros de Orense, mirando a toda Galicia por delante.

Al fondo del valle, Sardónigas vive, mansamente, bucólicamente, abandonadamente, envuelta en sus praderas, y poco más adelante, San Vicente, en el mismo paisaje, agrupa sus diminutas casas al borde del camino.

Con el valle, el mirar del vagabundo se ensancha hasta la loma de Neda, sobre cuyas laderas el campo finge un curioso mosaico. Desde lejos, y entornando un poco los ojos, el campo semeja una tapicería cubista—a triángulos, cuadrados y rombos multicolores: verdes, rojos, amarillos, siena—, una tapicería para forrar los muebles de tubo de acero que estuvieron de moda hace veinticinco o treinta años. Los sociólogos y los economistas, a esta tapicería le llaman el «problema del minifundio».

Mondoñedo, el pueblo donde le cortaron la cabeza a un retatarabuelo del vagabundo, queda al final del barrio de San Lázaro.

Mondoñedo es ciudad antigua y de rancia prosapia. Mondoñedo, en el siglo pasado, también

fué capital de provincia. Mondoñedo, que perdió el gobernador civil, sigue conservando el obispo.

Mondoñedo es villa desde la que el mundo se ve despacio, como hay que verlo. El vagabundo, que ama la calma por encima de todas las cosas de este mundo, se encuentra a gusto en Mondoñedo, paseando sus calles vagamente rumorosas, bebiendo vino en sus hospitalarias tabernas y hablando de mitología celta y de los caballeros de la corte del rey Artús con don Alvaro, que es un hombre sin prisas, como su pueblo, que es un hombre que conoce las esotéricas ciencias de la espera, las revueltas y complejas artes de la espera.

El vagabundo, que no ha de cruzar de pasada sobre Mondoñedo, prefiere hilar más por menudo sus horas en la ciudad. Y prefiere también dormir de recio—y que Dios se lo perdone—a escurrirse con las últimas gotas del sueño dejando seco y yermo el vaso que podrá escanciar cuando el día levante.

(Del Miño al Bidasoa.)

El viejo Mondoñedo

El vagabundo, caminando como can sin dueño por las calles del viejo Mondoñedo—calles del Perejil y de la Princesa, de Fuentevieja y de San Roque, de la Angustia y de los Remedios—, se siente, ¡qué ilusión!, caballero medieval y tuerto en la guerra, cruzado sin Cruzada a la vista, amador sin amor, o músico mudo y derrotado.

—¿Voy bien para el Valadinares?

—Sí, señor, si no se tuerce. Pero si lo que busca es agua, ha de encontrarla tire para donde tire, y aun si se está quieto.

—Muchas gracias.

—No hay de qué darlas, hermano, que todos nos hemos de ayudar, y obra de caridad se dice que es enseñar al que no sabe.

—Y orientar al desorientado.

—Sí, señor, y decir los ríos al hombre que tiene sed. Si tira usted para abajo, se ha de dar con el Sixto, que es arroyo cativo, aunque a veces se enfurece y saca las aguas del plato.

—Sí, señor.

—Si viene usted de Compostela o de la mar coruñesa, salvó usted el Tronceda y el Pelourín, que tiene nombre de rapaz travieso.

—Sí, señor.

—Y tanto. Y si tira usted para arriba, para la Mar de Foz, se ha de toparse con el Masma, que se bebe en Vilaoalle las aguas de tres ríos.

—Sí, señor.

El vagabundo, con su cumplida orientación de las aguas de Mondo-

ñedo, prefiere apagar su sed por las tabernas, por las murmuradoras, por las rumorosas, por las vivas tabernas mindonenses o mondoñedinas, que es más claro—, donde se sirve el vino con los viejos rituales que vieron morir a golpe de hacha al mariscal don Pedro Pardo de Cela, el hombre que se enamoró de un paisaje y murió por él.

El vagabundo, a la sombra de los cuatro obispos santos de Mondoñe-

do—San Martín, en el siglo vi; San Fructuoso, en el vii; San Rosendo, en el x, y San Gonzalo, en el xi—, siente el orgullo de las viejas piedras, de las viejas hiedras, de las viejas tradiciones, de las viejas iglesias y de las viejas nubes gallegas, que rompen, casi con un misterioso silencio, los años que para tantas y tantas esquinas del mundo siguen aún vírgenes e ignorados.

Como es sábado y día de yantar de balde en muchas casas nobles que hacen la caridad, el vagabundo, puesto en la cola de la hartura, saca la panza de mal año cantando unas coplejas que aprendió de niño y que, por más tiempos que sobre ellas pasaran, jamás habrían de envejecer ni ajarse; que la hierba es siempre joven—y el cantar—porque su muerte no deja huella en el amargor de la memoria.

—¿Quieren que cante otra?

—Si no le es molestia y un patacón le vale...

—Ya lo creo que me vale, señor, y aun sin él le habría de can-



tar una cantata que sé y que habla de dos amadores que tanto se amaban que hubieron de morir de paralis.

El vagabundo, patacón a patacón, reúne los patacones bastantes para soplar dos cuartillos a la caída de la tarde y a la salud de sus benefactores, que es como se llama, en la lengua fina, a las gentes que protegen el canto y dan limosna a los trovadores.

Ya de noche, el vagabundo asiste

al concierto de bandurria que da un barbero en una rebotica con olor a pastillas de goma y aroma a malvavisco, y a las explicaciones sobre los caballeros de la Tabla Redonda que regala don Alvaro, de quien ya el vagabundo habló, un señor muy culto que es escritor, poeta y pescador de truchas, que en el país dicen troiteiros.

El vagabundo, que a veces gusta de instruirse, escucha atentamente las melodías del virtuoso de la púa,

que tienen tantos años ya, por lo menos, como la catedral, que es del tiempo de doña Urraca Alonso.

Fuera, golpeando, casi con discreción, sobre los cristales, cae la lluvia de Mondoñedo: un agua, otra agua, suave y mansa como la pespunteada hoja del culantrillo de las fuentes.

El vagabundo, que se siente casi infinitamente feliz, piensa con pena en su promesa de caminar eternamente, sin un descanso mayor del necesario, sin una pauta que cual-

quier razón la justifique menos su propia comodidad.

Y el vagabundo, para no albergar en su cabeza pensamientos malsanos, se tumba a dormir en un rincón pensando en vanos y angélicos revolares, en los revolares que se irá bebiendo, con tanta ilusión como desesperanza, por el prolongado cáliz de los caminos de España, de los caminos cuyos pasos, igual que las arenas de la mar, son incontables.

(Del Miño al Bidasoa.)

El Eo, en la raya de Asturias

A una legua cumplida de Mondoñedo, por Lorenzana ya, el vagabundo, que ha hecho su camino a la vera de una moza guapa y decidida que se llamaba, según decía, Guadalupe Baleira, cruzó el río Villanueva, con sus aguas claras y sus verdes orillas, sus zarzas espinosas y sus dulces, sus suaves, sus acariciadoras praderas.

Aunque no iba cansado, el vagabundo, quizá para sentirse aún más ligero todavía, se bañó en el Villanueva como un niño pescador o un dioscello antiguo al que echaron de su paraíso por meterse en camisa de once varas: desnudo y solo, igual que el mirlo que canta en el castaño.

Por Villamar, y por en medio de un bosque de negras sombras y de grises murmullos, el vagabundo cruza de paso en busca de las palmeras de Barreiros y de San Miguel, que se miran en las azules aguas del Cantábrico y que, según es fama, pactan con las medusas de la mar.

Dejando a babor las puntas de San Miguel y de la Corbera, el vagabundo, que va a decir adiós a la gentil y entrañable Galicia, se mete en Ribadeo por el paso a nivel del trenillo de vía estrecha que va hasta Villadrid, al pie de la sierra de Meira.

El vagabundo, que había empezado a caminar de noche, se encuentra en Ribadeo muy de mañana y con ganas de tomarse un desayuno caliente. El camino y el baño al alba, cuando con el alba se fué la moza Guadalupe Baleira camino quién sabe si del fin del mundo, le habían abierto los apetitos del estómago y las bienaventuradas aguas de la boca.

El vagabundo, en la plaza de Ribadeo, se mete en un café.

—Buenos días.
—Buenos días tenga usted.
—Se puede desayunar?
—No, señor.
—¡Ah, bueno!

Al vagabundo le cogió un poco de nuevas, un poco de sorpresa y sin preparar, la contestación del camarero, y le respondió: «¡Ah, bueno!», igual que pudo haberle respondido otra cosa cualquiera. A veces uno contesta «¡Ah, bueno!» porque no tiene a mano otra cosa mejor que responder.

Para olvidarse de su fracaso, y también para matar el hambre, olvidándola con la lectura, el vagabundo compró un ejemplar de *Las Riberas del Eo*, periódico de información galaico-asturiana, que con cierta frecuencia publica artículos muy eruditos sobre las cosas del siglo XIX de los que es autor don Dionisio, un señor la mar de culto, aunque algo chiflado, que sabe muchas cosas que los demás ignoran.

Las Riberas del Eo es un periódico viejo e importante. La Redacción de *Las Riberas del Eo* está en la calle del Viejo Pancho, que fué un poeta natural del pueblo. *Las Riberas del Eo* ha cumplido ya los setenta años de vida. *Las Riberas del Eo* es papel que se puede ver en la Argentina y en el Uruguay, en el Paraguay y en Cuba, en Méjico y en los Estados Unidos.

La primera página del número que el vagabundo lee está ocupada, de arriba abajo, por una esquela mortuoria de doña Petronila López Fer-

nández, viuda que fué de don José López Santamaría, alias «Muralla», según aclaró el papel. La esquela es una esquela que entristece, una esquela íntima y como en familia, una esquela que a todos alcanza un poco, una esquela en la que se afirman y eternizan los apodos, para que no haya dudas ni malos entendidos.

En las otras páginas, *Las Riberas del Eo* publica sonoros versos, cumplidas notas de sociedad—alegres bodas, jolgoriosos bautizos, felicisimas primeras comuniones, defunciones siempre de lamentar, viajes rendidos con buena estrella, bachilleratos terminados con aprovechamiento—y anuncios, muchos anuncios, un revuelo de anuncios marchando en tropel, como los gorriones o como los niños de las escuelas.

Los anuncios de *Las Riberas del Eo* son los más bellos anuncios de todos los periódicos del mundo. Los anuncios de *Las Riberas del Eo* aclaran todas las dudas del lector, y lo mismo sirven para un roto que para un descosido. En *Las Riberas del Eo* se anuncia una «Radio Cela», que se distingue por su buen sonido, y una «Funeraria Económica», que pregona que quien mire por sus intereses forzosamente debe acudir a esta casa, que se encarga de toda la documentación; y una bodega que se llama, casi como un poema, «La Cepa Valdeorresas»; y una academia que se titula «El Rápido», como si fuera una agencia de transportes; y un vino que se nombra «Eternidad», y...

El vagabundo, a las riberas del Eo, con *Las Riberas del Eo* en la mano y Asturias enfrente, piensa que el pueblo de Don Dionisio bien merece mirarlo con mayor sosiego.

El vagabundo, en el embarcadero de Porcillán, por las callejas de Ribadeo, va en busca del agua y de los peces del agua, de los relampaguiños que se brindan, como sacrificadas doncellas, a la paciencia del pescador.

El vagabundo, que no es un ducho, un diligente y sabio pescador, pesca seis peces en seis cuartos de hora y los vende, por seis reales, a una señora que marcha, rodeada de seis niños, por el campo de San Francisco, entre los árboles del campo de San Francisco.

—¿Quiere peces, señora?
—¿A cuánto?
—Iba a pedirle a dos reales...
—No lo pida. ¿Hacen a real?
—Hacen, sí, señora.

En la plaza de Arriba, entre la Iglesia Nueva—la iglesia que se llamaba nueva hace ya más de un siglo—y Santa Clara, entre San Francisco y el noble dibujo de la casa de los Ibáñez, el vagabundo, olvidado del mundo y de sus pompas y vanidades, se sienta en el suelo a ver pasar la gente y a tomar el sol, esa estrella que derrocha sin conocer la ruina.

Una niña juega al diávolo, como en las estampas antiguas, y un niño juega a la guerra, igual que en las dolientes estampas de siempre. La niña es una niña pálida y liviana, sentimental y del-

gadita, con los ojos azules y el delantal blanco y con vivos colorados. El niño es un niño morenuchito y también ligero, bullidor y tampoco sobrado de carnes, con los ojos de color marrón y un jersey azul con el cuello blanco y en forma de pico.

—¿Cómo te llamas?
—Me llamo Teófilo.
—Es un nombre muy bonito. ¿Y aquella niña?
—Aquella niña es mi prima.
—Bueno, ¿y cómo se llama tu prima?
—Mi prima se llama Carmelina, pero yo no me hablo con ella.
—¡Pero hombre! ¿Y por qué?
—Pues ya lo ve usted; nuestros papás tampoco se hablan.

El vagabundo, que nunca fué aficionado a los pleitos de familia, ¡y así le va!, disimula y se calla. El vagabundo—él no sabe por qué ni por qué no—piensa que la razón, probablemente, la tienen los papás de Carmelina. El niño tiene una carita muy poco razonable, una carita de cachorro simpática, sí, pero muy poco razonable.

El vagabundo, quizá para no perder la costumbre, se da una vuelta por las ermitas, por San Roque y por la Trinidad, por la Misericordia y por Santa María de Chinguinquirá, por la de la Orden Tercera y por San Sebastián, por los muros a cuyo cobijo tantos y tantos otros vagabundos habrán dormido, se habrán rascado el hambre o habrán hecho recuento de sus fuerzas, de sus fortunas y de sus calamidades.

El vagabundo pregunta por don Dionisio, su sabio amigo, pero las gentes le responden que don Dionisio está muy lejos, en Madrid quizá, ganando dinero y haciéndose célebre. El vagabundo siente no toparse en Ribadeo con don Dionisio, porque don Dionisio, amén del alma del país, es hombre dadivoso que invita a pasteles y a copitas de vino dulce.

—¿Y no viene por aquí?
—Poco, por aquí le viene poco; se conoce que tiene mucho que hacer, su oficio es de los más difíciles que hay.

—¡Vaya!
El vagabundo, para saltar a Asturias, no sabe si acercarse a los embarcaderos de Porcillán, de la Cabanela o de la Figueirúa, y pedir un hueco en el primer bote que vaya a hacer el camino, o meterse, Eo abajo, hasta el puente que lo salva. Por la ruta del agua hubiera llegado, de un salto, a Castropol. Por la de la tierra habría de encontrarse, dos leguas al sur, con Vegadeo.

El vagabundo piensa que, para mejor andarse el Eo, y puesto que Ribadeo ya ha dejado atrás, no le vendrá mal llegarse a Vegadeo, que por algo se llamará así, y se decide por el polvo de la carretera en vez de por la fresca salpicadura de la ría.

Hacia el sur, y siempre a la vera del tren de Villadrid, el vagabundo, que va a decir adiós a Galicia, se mete por un camino marinero, de bellos horizontes y aires salobres, con gaviotas en la marisma, golondrinas en el cielo y rumorosas zagalas andando por la carretera.

Enfrente, Vegadeo prospera aferrada a su banda de estribor.

(Del Miño al Bidasoa.)

